

EL PAÍS DE LA LUNA

José Manuel Cano Pavón

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual.
Esta obra se publicó en su primera edición de junio de 2005,
en Ediciones Letra Clara, Madrid, con el ISBN 84-96417-56-5.

ADVERTENCIA

Esta es una obra de ficción. Es posible que alguien piense que los personajes son reales, pero seguramente se equivoca. Sin embargo, el ambiente histórico donde se dieron los hechos que aquí se narran es completamente verídico.

A mi familia de hoy, de ayer, de mañana

*Y una mañana
todo estaba
ardiendo,
y una mañana
las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde
entonces fuego,
pólvora desde
entonces,
y desde entonces
sangre.*

*(Pablo Neruda, Explico
algunas cosas)*

*Es triste vivir en una época en la que hay que luchar por cosas
evidentes*

(Friedrich Dürrenmatt).

De: Guillermo Acosta <gllcosta@hotmail.com>

Para: Angel Castro <angelcastrxy@hotmail.com>

Enviado: November 27, 2002

Asunto: Noticias

Querido amigo Ángel: En primer lugar, buenos días. Por aquí no tan buenos, meteorológicamente hablando, porque desde el domingo no ha parado de llover. Aunque después de estar dos meses y medio por estos lares ya me estoy acostumbrando. No se puede negar que Cambridge tiene un encanto especial bajo la lluvia, salvando las distancias ocurre un poco como con Santiago de Compostela. De todas formas, la zona oeste de Inglaterra es todavía más lluviosa, así que creo que no debo quejarme demasiado.

Desde mi último emilio de hace quince días ha habido novedades. Especialmente una bastante interesante que voy a comentarte. El otro día se pasó por el departamento una señora de unos cincuenta años, llamada Mary Hopkins, que es profesora de química aquí. Resulta que su padre, que se llamaba Kevin Hayward, y que al parecer falleció hace pocos años en España, concretamente en Benalmádena (Málaga), escribió a lo largo de su vida una especie de memorias, en la que fue recogiendo hechos de su existencia. Esto en sí no tendría más interés si no fuera porque este hombre residió un tiempo en España, primero en San Roque, en la provincia de Cádiz, ya que su padre trabajaba en Gibraltar, y después estuvo como periodista en España en los años treinta, y vivió parte de la guerra civil; luego por asuntos militares (al parecer pertenecía a las fuerzas aéreas, a la RAF) estuvo en España en alguna ocasión durante la segunda guerra mundial; tenía además una novia en Málaga llamada María Luisa. Bueno, el caso es que la hija quiere publicar las memorias de su padre, y se ha dirigido a varias editoriales británicas con resultados negativos. En vista de ello ha pensado editar la parte referente a España en nuestro país, y por eso acudió a un amigo suyo, John Fell, para que localizara, dentro de los españoles que trabajan en Cambridge o que están

aquí -como yo- con una beca, a alguien que pudiera estar interesado en este tema. Y Fell, que me conoce, habló conmigo y quedamos en reunirnos con la hija del señor Hayward al día siguiente. Nos vimos en un conocido pub y estuvimos conversando con ella más de una hora. Me dejó una copia del texto escrito por su padre –afortunadamente lo pasó a máquina- y lo he estado leyendo este fin de semana. Mi sorpresa ha sido manifiesta al comprobar que el manuscrito de Hayward no es una mera sucesión de crónicas de guerra, sino que narra también sus relaciones íntimas con una mujer (en realidad con más de una) y además la estructura de sus escritos es más bien la de una novela autobiográfica. Pienso que su publicación puede ser interesante. Le he dicho a la hija, a Mary, que yo podía traducirla y modificar algo la prosa para hacerla más amena, ya que su padre era ingeniero químico y escribía con un estilo que recuerda un poco a los textos científicos; utiliza un lenguaje escueto, con pocos adjetivos y obviamente sin ningún tipo de barroquismos: demasiado seco, para mi gusto. Pero en conjunto me parece una obra de cierto mérito. Dada la mentalidad anglosajona, hemos llegado a un acuerdo previo sobre la forma de repartirnos los posibles beneficios (“business are business”) que se puedan generar con la obra, teniendo en cuenta que mi contribución va a ser importante.

Por este motivo, y dado tus conocimientos con determinadas editoriales de nuestro país, te ruego hagas las gestiones oportunas para localizar a alguna que pueda estar interesada en publicar la obra, que podría titularse como “memorias de un periodista en la guerra de España” o algo así, lo que sería un reclamo comercial de cara a su venta. Yo, independientemente del resultado de tus gestiones –que confío que sean positivas- ya he comenzado a trabajar con el texto, que me resulta muy fácil de traducir, por el estilo sobrio del señor Hayward.

Aparte de este tema que te quería comentar, no tengo apenas otras cosas que contarte. Mi trabajo en el departamento versa, como ya sabes, sobre la influencia que los técnicos y la tecnología británica tuvieron en España en la segunda mitad del siglo XIX, importancia que fue bastante grande, pero que

aún no ha sido convenientemente cuantificada. Y es que en muchos aspectos España fue colonizada en cierto modo por británicos y franceses a lo largo de dicho siglo.

Ya sabes que en los últimos años la novela histórica está teniendo un auge importante; aunque en realidad esto es una memoria personal y no una novela, creo que sin mucha dificultad podría englobársela dentro del mismo saco.

Y nada más por ahora. No dejes de escribirme cuando tengas alguna noticia del asunto que te expuesto, o cuando estés aburrido, aquí la monotonía de la lluvia termina por deprimirte, especialmente a los que estamos acostumbrados a climas más secos.

Un abrazo de tu amigo Guillermo.

De: Guillermo Acosta <gllcosta@hotmail.com>

Para: Ángel Castro <angelcastrxy@hotmail.com>

Enviado: March 14, 2003.

Asunto: Noticias de nuevo

Querido amigo: Me alegro de que todo te vaya bien; espero asistir a tu boda dentro de unos meses y a tu previa despedida de soltero. Mi estancia en Cambridge finaliza este verano. También nos hemos alegrado (y lo digo en plural porque enseguida se lo comuniqué a la hija de Hayward y a su marido el señor Hopkins) de que hayas encontrado una editorial solvente que esta interesada en la publicación de la obra, que espero tener lista antes de octubre. Mary Hopkins me ha traído también a petición mía una serie de documentos relacionados con su padre, fotografías, cartas, anotaciones de sus agendas, principalmente de la época en que estuvo en España y otros documentos complementarios relacionados con su actividad durante la segunda guerra mundial. No tiene copias de sus crónicas en el "Weekly Magazine", la publicación para la cual estuvo ejerciendo como periodista en nuestro país entre 1935 y 1937, pero confío en conseguirlas en la British Library. Con todo esto espero completar las lagunas que he observado en el texto original. Eso y tratar de darle un cierto estilo literario, porque como ya te comenté Hayward escribía muy concisamente, aunque manejaba bien el inglés y el español, al parecer muchos en España pensaban que era andaluz, aunque su fisonomía, según he podido ver en sus fotografías, era más propia de un anglosajón. Y como inglés que era, se observa en su obra un cierto intento de distanciarse de los hechos que veía, aunque los horrores de nuestra guerra incivil (creo que este término es más correcto) le impresionaron profundamente. Ideológicamente yo creo que era una persona de centro-izquierda; no me consta, pero es posible que votara habitualmente al partido laborista. En todo caso sus relatos dan una imagen bastante ajustada a mi entender de la España

que el vio, de hecho su conocimiento de nuestro país fue, como ya te he comentado, anterior al de nuestra guerra, porque pasó varios años en el Campo de Gibraltar, allí aprendió español y se fue familiarizando con nuestras costumbres, incluso en aquella época sus mejores amigos eran adolescentes españoles, por lo general de clase media, con los cuales se fue iniciando en los secretos de la vida.

Por otra parte, la obra del señor Hayward puede considerarse también como una bella historia de amor, que transcurre un poco al margen de los acontecimientos bélicos, pero que indudablemente estuvo muy influida por la guerra. Una historia de amor entre él y María Luisa (aunque en ocasiones se refiere a ella por el nombre de Louise), por la que sintió una pasión muy intensa, que yo creo que no llegó a sentir por su esposa Rose, a pesar de los años que estuvieron casados. También tuvo un breve romance con una chica sevillana, Reyes, durante los primeros tiempos de la guerra civil.

Es curioso que Hayward fuera a morir a Benalmádena, cerca de Málaga, lugar en el que vivió María Luisa; a su muerte (su esposa, Rose ya había fallecido) donó su cuerpo a la Facultad de Medicina de allí, a lo mejor con el subliminal deseo de estar cerca de su gran amor. Cualquiera sabe. Hay quien me ha sugerido un motivo más prosaico: que al donar su cuerpo se ahorraba los gastos de entierro o de los un posible traslado de sus restos a Inglaterra. Pero me parece esto demasiado trivial como para ser tenido en cuenta.

Convendría que concretaras con la editorial el asunto de la extensión de la obra; hay material en abundancia para publicar un volumen de por lo menos trescientas páginas, aunque es posible que quizás les interese una versión más corta. La obra tiene un evidente interés historiográfico, a pesar de la enorme cantidad de textos que se han publicado sobre nuestra guerra incivil, que marcó la historia de España durante gran parte del siglo XX; sin embargo, aparte de los estudios históricos serios que han aparecido (de Hugh Thomas, de Preston, por ejemplo) una gran parte de las obras adoptan el punto de vista de un bando o de otro; es difícil encontrar libros suficientemente neutrales, aunque la neutralidad absoluta en el campo histórico es una quimera. El texto

del señor Hayward podría considerarse como la historia escrita desde abajo, que ahora está tan de moda al decir de muchos. No es que esta tendencia sea tampoco de una gran originalidad, pero en todo caso creo que debe resultar más atractiva para los lectores que un estudio histórico serio y con abundante bibliografía.

Bueno, no te canso más; hoy no llueve –tampoco lo hizo ayer- y es un espectáculo ver a los estudiantes de esta maravillosa ciudad en el césped de los colleges a pesar del frío, e incluso en los prados de las afueras. Algo que en España no le damos importancia hasta que tenemos que vivir por estos pagos. Y es que no se valoran las cosas hasta que dejamos de tenerlas.

Un abrazo.- Guillermo.

Guillermo Acosta regresó de Cambridge a primeros de septiembre con un voluminoso equipaje, en el que traía el texto que había escrito a lo largo del curso, en base al manuscrito y a las documentación complementaria de Kevin Hayward que le había suministrado su hija Mary Hopkins. En la tranquilidad de su habitación, viendo desde la ventana el lento fluir del río Cam entre los prados verdes, había trabajado intensamente en la traducción y en la transformación del manuscrito original, que a veces más parecía un cuaderno de laboratorio que una autobiografía algo novelada. Hacia mediados de mes quedó con su amigo Angel Castro en la Residencia de Estudiantes de la calle Pinar de Madrid. Ángel había obtenido hacia unos meses una plaza de profesor titular en la Universidad de Alcalá de Henares, mientras que Guillermo se había reincorporado, tras el año pasado en Cambridge, a una plaza similar en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, donde compartía un despacho con un compañero en el edificio de Humanidades, en la calle Senda del Rey, calle tan recóndita –a pesar de estar situada en la Ciudad Universitaria madrileña- que cada vez que tomaba un taxi tenía que ir dirigiendo al taxista hasta la puerta del edificio.

Guillermo estuvo esperando a Ángel un rato, paseando por los pequeños jardines situados en la parte delantera de la Residencia. No le gustaba la reforma que habían hecho en el edificio, sustituyendo la decoración viscontiana y decadente de sus salones por otra moderna y funcional, suponía que las habitaciones habrían mejorado, pero se había evaporado el encanto y el lujo austero de la época en que allí vivieron Lorca, Dalí, Buñuel y tantos otros; pensó que –como decía el texto de Hayward- aquello fue durante los años veinte y treinta un centro elitista y progre en un país de bajo nivel cultural, graves problemas económicos y mentalidad retrógrada en gran parte de la población. ¿Vivían los residente las realidades del país o aquello era una isla de vanguardias y ensoñaciones en medio de un océano encrespado?. Más bien lo segundo que lo primero. Pero seguramente, aquellos genios se

consagraron y brillaron por eso, por ser un centro elitista; en otras condiciones seguramente no habrían fructificado.

Cuando llegó Ángel se saludaron efusivamente, no en balde llevaban muchos años de amistad, desde su época de bachillerato. Luego, tomando café en el salón principal de la Residencia, Guillermo le entregó una copia del texto que había elaborado para que Angel lo corrigiera, así como un pequeño librito escrito por Hayward en los años treinta.

- Léete este parte y luego hablamos, porque hay cosas que me gustaría comentar antes de ensamblar el conjunto del texto. Lo que te he traído comprende desde la época en que Hayward llegó a Gibraltar, hacia 1925, hasta que abandonó España en 1933, y posteriormente sus actividades durante los veranos de 1935 y 1936, hasta que regresó a Inglaterra en marzo de 1937. También he traído un ejemplar del libro que publicó en 1935 sobre la situación en España.

- Ahora estoy muy liado con los preparativos de la boda –dijo Ángel– pero lo prometido es deuda, antes de final de mes te lo devuelvo y hablamos cuando esté todo listo, luego se lo haremos llegar al editor de Barcelona que se ha comprometido con la publicación. Y si todo va bien se podría firmar el contrato con los herederos del señor Hayward antes de Navidad.

- El texto original es algo más extenso, pero yo creo que los detalles de su vida en Inglaterra después de la segunda guerra mundial, las fluctuaciones de la fábrica en la que estuvo trabajando, en Leicester, y los problemas domésticos no tienen mucho interés para los lectores actuales, su hija está de acuerdo conmigo. Por eso lo que he traducido y adaptado ha sido la parte que ambos hemos creído más interesante. Hay quizás algunas lagunas que he tenido que rellenar, tu me dirás si las suprimo o las modifico.

- Si lo has escrito tú estará bien –dijo Ángel.

- No estés tan seguro. Hay otra cosa: el libro debe ser bautizado, a la hija de Hayward no le parece bien llamarlo “Memorias de un inglés en España”, en todo caso eso podría ser más bien el subtítulo.

-¿Y se te ha ocurrido algo mejor?

- No estoy seguro de haber acertado, el otro día estuve dándole vueltas al asunto y al final se me ocurrió uno: "El país de la Luna".

-¿Y eso?

- No sé si te acordarás, pero cuando el rey Amadeo I volvió a Italia en 1873 tras abdicar la corona española, le dijo a sus íntimos "parece que volviera del país de la Luna", refiriéndose a la casa de locos que dejaba aquí.

- Ah, si –dijo Luís- ya me acuerdo. Después se proclamó la Primera República, porque no había más soluciones.

- Pues la visión que se puede sacar de las memoria de Hayward es algo parecido, aunque cuando él regreso a Inglaterra éste era más el país de la sangre que el de la Luna.

- Entonces o algo después había sangre en casi toda Europa.

- En efecto...¡Qué años tan terribles vivieron aquellas generaciones!

- Años que pueden volver, aunque de otra manera.

- No creo que en España vaya a producirse ahora una nueva guerra civil – dijo Guillermo.

- Nunca se puede decir eso, Guillermo. Este país se está crispando cada vez más.

- Más los políticos que el pueblo.

-Si, pero como pasó en la España de los años treinta, los políticos son los que conducen al pueblo. No olvides que, en alemán, führer quiere decir guía.

-Ahora existe una clase media fuerte que antes no existía; la gente no se lanza a aventuras cuando tiene bienes que perder, el piso, el coche y cosas así.

Tras hablar largo rato sobre la situación española, sobre los nacionalismos periféricos, sobre los asuntos mundiales, el terrorismo, la globalización, la antiglobalización, la contaminación ambiental y el cambio climático, se despidieron y Ángel se llevó a su casa el texto compuesto por su amigo, el cual fue leyendo en los ratos que pudo sacar de los preparativos de su boda y de sus clases. La obra estaba fragmentada en capítulos y seguía

una línea narrativa lineal, cronológica, sin saltos ni vueltas atrás en el tiempo. – “Tenemos gustos distintos –se dijo Ángel- yo la hubiera ordenado de otra manera, pero al fin y al cabo el traductor es Guillermo y la supervisora de la ortodoxia de lo que aquí se dice es la hija de Hayward, que en cierto modo representa a la familia y es depositaria de la palabra y de la letra de su padre, en realidad esto es como una especie de testamento vital que debe ser respetado”. Y por otra parte estaba la editorial, que quería tener un texto claro y directo para que pudiera llegar a un público más amplio. Tras varios días de lectura Ángel llegó a la conclusión de que aquello que estaba leyendo era en realidad una historia desde abajo, al margen. o en todo caso en paralelo con la historia escrita desde arriba o desde los lados.

Le llamó la atención el contenido del librito titulado “The current face of Spain” que Hayward había conseguido publicar en Londres en 1935, en una pequeña editorial sin grandes pretensiones; al parecer se hizo una tirada de tres mil ejemplares, aunque lo más probable es que no tuviera de entrada mucha difusión. Según le había dicho Guillermo, la mayor parte de los libros se vendieron a partir de julio de 1936, cuando la guerra civil hizo que España saliera en la cabecera de los periódicos británicos, algo que no era muy habitual. Al parecer se amplió la tirada posteriormente, no fue una segunda edición propiamente dicha; se decía -esto era solo un rumor, según Guillermo- que el mismo Churchill, entonces en una discreta oposición dentro del partido conservador, elogió mucho la obra. A Ángel le sorprendió la lucidez como analista político, sociológico e incluso económico del autor y sus profecías acerca de la trágica evolución de los acontecimientos en España, algo que se cumpliría inexorablemente. Y pensó que Hayward era un hombre perspicaz y que además estaba bien informado. Era posible que las opiniones de su amigo Paco del Pino –según manifiesta en sus escritos referidos a esa época- le influyeran notoriamente; este muchacho, Paco, era un chico muy politizado y preocupado por la evolución de los acontecimientos de su país, aunque desde una óptica marxista. La lectura de “The current face of Spain” le hizo cambiar la imagen que inicialmente se había formado de Kevin Hayward, que inicialmente

le pareció –a tenor de sus propias confesiones- un joven algo frívolo y superficial, más dado a la acción que a la reflexión. En el librito expresa unas ideas muy claras acerca de la situación de la República española en aquel momento, y de la bipolarización que se estaba observando en el país, del carácter tan especial de su economía, con un sector moderno y otro muy anticuado, algo que posteriormente los historiadores españoles del último tercio del siglo XX llamarían una economía “dual”, así como de las contradicciones en que se movía aquella sociedad que él pudo observar desde una clara posición de imparcialidad, a la usanza británica.

PRIMERA PARTE
(1925-1933)

1

El mar me fascinaba, aquellos dos días y medio que vivimos a bordo del *City of Bath* se me hicieron cortos. Me pasaba las horas mirando como un vigía desde la barandilla de la cubierta superior, situada inmediatamente debajo del puente de mando, observaba como la proa del navío iba hendiendo las olas grises o ligeramente azuladas del Océano Atlántico siguiendo un rumbo suroeste al principio, para luego cambiar a sur cuando llegamos a la altura del cabo Finisterre, que avistamos a considerable distancia. Según me contó un contramaestre con el que trabé cierta amistad, aquella zona es siempre peligrosa por el oleaje y por los acantilados que jalonan la costa, que al parecer se llama la Costa de la Muerte, porque muchos buques han terminado estrellándose contra las rocas, especialmente si hay una mar fuerte del oeste y el piloto se equivoca en sus cálculos. Mi padre me acompañaba algunas veces, con su inevitable pipa que generalmente terminaba por apagarse mientras me iba contando cosas de los viajes que había realizado, a estas alturas pienso que muchos de ellos eran imaginarios y me los relataba para distraerme, creyendo posiblemente que el traslado que estábamos haciendo desde nuestro pueblo del condado de Kent hasta la lejana colonia de Gibraltar iba a traumatizarme. Quizá no se diera cuenta de que todo aquello, a mis diez años recién cumplidos, era una aventura fascinante y que no sentía ningún tipo de trauma, sino todo lo contrario. A veces creo que mi padre durante aquel viaje estuvo atenazado por las dudas, por el paso atrevido que había dado sin ser una persona realmente aventurera. Lo que pasaba era que las condiciones

económicas que le ofrecían en Gibraltar como médico internista del hospital de la colonia eran notoriamente mejores que las que tenía ejerciendo en un pueblo, donde además sus horizontes profesionales eran muy limitados. Como médico rural se ocupaba de nuestra pequeña aldea de Beult River, una comunidad que tenía una especie de centro donde se agrupaban algunas viviendas y algún comercio, la parroquia con su campanario puntiagudo donde en alguna ocasión cayó un rayo, el cementerio adjunto con sus viejas lápidas, muchas del siglo XVIII, la escuela primaria y el pequeño dispensario donde él trabajaba, aunque realmente la mayor parte de su actividad la desarrollaba yendo a visitar enfermos o asistiendo algún parto por las granjas de los alrededores. Primero hacía los desplazamientos a caballo, pero luego terminó comprándose un pequeño automóvil procedente de una subasta de los excedentes del ejército, que era conocido por todos los vecinos por su ruido característico, consecuencia más del infame trato que había recibido de los militares que de los años que tenía el bólido; el hecho sin embargo es que nunca llegó a sufrir una avería seria.

Mi padre llegó a Beult River después de la guerra europea, seguramente en 1919, cuando dejó el ejército, donde había alcanzado el grado de comandante del RAMC, que eran las siglas con las que se conocía al Royal Army Medical Corps. Durante la guerra estuvo destinado en Oxford, en un hospital para militares enfermos y convalecientes; se casó precisamente cuando lo enviaron allá, en noviembre de 1914. Mis padres eran los dos naturales de Reding, y él había estudiado medicina en Londres, al parecer terminó sus estudios hacia 1910 y hasta que comenzó la guerra estuvo trabajando en el St. Mary's Hospital, especializándose como internista. En dicho hospital conoció a Alexander Fleming, que era algo mayor que él y trabajaba en el departamento de microbiología que dirigía el prestigioso doctor Wright;

ambos tuvieron una buena amistad, aunque seguirían rumbos profesionales diferentes.

Yo nací en agosto de 1915, obviamente en Oxford, aunque mi recuerdo de aquel periodo es bastante escaso, perdido entre las brumas de la mente. Habitábamos una casa de dos plantas, no lejos del centro de la ciudad, de la que apenas conservo algo en mi memoria. Quizás lo que he guardado con mayor nitidez es el día en que se anunció el final de la guerra con el armisticio que se firmó en noviembre de 1918; la gente cantaba por las calles y llevaban banderitas, e incluso se unieron a la celebración muchos de los convalecientes del hospital. Mi padre dijo – parece que lo estoy oyendo todavía- que ya no iba a haber más guerras en Europa (yo no sabía aún por donde caía ese lugar) y que en todo caso Inglaterra no intervendría. Supongo que la vivencia del dolor, el sufrimiento y la muerte que vio en aquellos años tuvieron que impresionarle bastante. Aunque destinado en Oxford, en algunas ocasiones –según me contaría años después- tuvo que desplazarse con su equipo a zonas próximas al frente, como ocurrió con la desastrosa batalla del Somme, en la que la flor y la nata del ejército británico murió absurdamente sin conseguir alcanzar los objetivos que los sabiondos generales de los estados mayores habían previsto. Las terribles heridas, las infecciones que no podían controlarse, las amputaciones inevitables, los estados de *shock* de muchos heridos o incluso de algunos que no habían sufrido ningún rasguño le impresionaron mucho, a pesar del tiempo que llevaba ejerciendo la medicina en hospitales.

En realidad los recuerdos mas coherentes que conservo corresponden ya a la época en que vivíamos en Beult River, donde mis padres alquilaron una pequeña casa de campo, a una distancia de media milla del centro de la aldea. Desde los cinco años, chispa más o menos, comencé a ir a la escuela, en unión de tres compañeros de las granjas

próximas; en aquella escuela, que llevaba una maestra que se llamaba Anne Costner y que era una mujer soltera, de edad imprecisa -nosotros la veíamos muy mayor, pero seguramente no tendría más de treinta y cinco años- coincidíamos unos veinticinco alumnos, en su mayoría hijos de granjeros, yo era una de las excepciones y al principio me miraban como a un bicho raro, a pesar de que mi padre era ya muy conocido. Íbamos los cuatro amigos andando a través del campo, en invierno el frío era helador y mi madre me daba un par de patatas recién cocidas que me calentaban las manos y al mismo tiempo me servían de desayuno. En la escuela disponíamos cada uno de una taquilla, en la que siempre nuestros padres procuraban que tuviéramos una muda de ropa por si llovía muy fuerte y llegábamos calados, a pesar de nuestras prendas impermeables. Esa forma de vida me sirvió para hacerme un andarín incansable y de paso para habituarme al maravilloso mundo rural, a los cambios de las estaciones, a la observación de los fenómenos de la naturaleza, a veces cogíamos ranas, aunque no podíamos entrar con ellas en clase, porque a la señorita Costner le daban auténtico horror, cosa que no entendíamos, porque a los niños nos parecían unos bichos inofensivos y saltarines. Las ranas brotaban como las flores, en la primavera y comienzos del verano, y desde mi casa se oía algunas veces su croar inconfundible.

En la escuela de Beult River estuve unos tres años, y de allí pasé, junto con varios de mis compañeros, a la de mayor nivel que funcionaba en Headcorn, que era la población importante más cercana de nuestra aldea, estaba a unas tres millas, y en muchas ocasiones teníamos que ir y volver andando, aunque otras veces mi padre nos alargaba en su coche, lo que no ocurría todos los días, porque los horarios de un médico rural son impredecibles y en cualquier momento podían avisarle para una urgencia. En ocasiones nos llevaba algún vecino que iba a dejar cereales

u hortalizas en la estación de Headcorn, situada en la línea que va desde Londres a Folkestone y Dover, línea por donde marcharon al continente los miles y miles de *tommies* que lucharon en la guerra, muchos de los cuales regaron con su sangre joven los campos de Francia. El nivel de aquella escuela era bueno, y ya tuvimos profesores especializados en distintas materias. Yo me había acostumbrado a aquel mundo y a aquella rutina, en realidad era una comarca tranquila, donde no ocurría nada en especial, salvo lo que estaba previsto que ocurriera. De hecho, cualquier visitante extranjero que acudiera a Inglaterra con la idea de encontrarse con un país industrial seguramente quedaría sorprendido si se hubiera pasado entonces -o aún hoy día- por nuestra comarca, esencialmente rural, con modestos granjeros que cultivaban sus productos para consumo propio o para enviarlos a los mercados de Londres; hubiera tenido que llegarse hasta Maidstone, a diez millas al noroeste, para encontrarse con algo que se pareciera a una industria digna de tal nombre.

Aquel lugar, que para los niños era delicioso, para mi padre –y en menor medida para mi madre- resultaba bastante aburrido; mi padre era un hombre culto, y allí no había casi nadie con quien poder sostener una conversación sobre literatura, música o arte. La gente sólo hablaba de sus problemas agrícolas, de las fluctuaciones de los precios, del tiempo que hacía y de algunos chismes de los vecinos, generalmente intrascendentes. Mi madre, por su parte, no tenía una profesión especial, salvo la de ama de casa, aun cuando había adquirido una cierta cultura en su ciudad natal, Reding, donde estudió música y solfeo; tocaba aceptablemente bien el piano, al menos así me lo parecía, aun cuando normalmente su repertorio fueran baladas populares o como mucho el *Para Elisa* de Beethoven. De todas formas, las tareas domésticas le llevaban mucho tiempo, aunque por las mañanas una tal señora

Campbell venía a ayudarla en las labores más penosas. También estaba a veces con nosotros su madre, la abuela Mary, una mujer que nos regañaba bastante, aunque yo tengo de ella muy buenos recuerdos porque tenía una predilección especial por mí; vivía habitualmente en las afueras de Londres. En nuestra familia éramos cuatro hermanos, después de mí nacieron Anthony, Mary y Andrew, éstos dos últimos viviendo ya en Beult River.

Lo cierto es que un día, a fines de agosto o primeros de septiembre de 1925, mi padre nos anunció que había conseguido una plaza en el hospital de Gibraltar, con unas condiciones económicas bastante buenas. Además, la vida en aquel lugar era barata al parecer, ya que los precios de la vivienda y la comida en la comarca española que lindaba con la colonia eran bajos en comparación con los salarios que disfrutaban los británicos. Por otra parte Gibraltar está relativamente próximo a Gran Bretaña, podía incluso hacerse la mayor parte del camino en tren si se prefería viajar por tierra, mientras que un destino en otro lugar, como la India, suponían muchos días de viaje en buque. Mi madre no pareció muy convencida, y algunas noches los oí discutir en el salón después de habernos mandados a la cama. Hablaban sobre las ventajas e inconvenientes de aquel traslado, que mi madre estimaba innecesario. 'Te podrías colocar en un hospital de Londres -decía mi madre-, o irnos a otra ciudad, pero Gibraltar es otro mundo, una colonia'. Mi padre le decía que en todo caso era un traslado sólo por unos años, con el objetivo de ahorrar para que luego pudiéramos estudiar una carrera en una universidad prestigiosa. El caso es que mi madre, mujer que no tenía una voluntad de hierro precisamente, terminó por avenirse a la idea del traslado y ella misma organizó las cosas, de forma que parte de nuestras pertenencias fueron a parar al amplio desván de mi abuela Mary, de donde las rescataríamos años después.

Para ir a Gibraltar la mejor combinación que encontró mi padre fue la de tomar un barco en Plymouth. Para ello tuvimos que ir en un taxi hasta Londres (mi padre había vendido ya su coche a un vecino) y luego tomar el tren en la estación de Paddington. En Plymouth estuvimos un par de días en un hotel situado frente al mar, que a mi me pareció maravilloso, y que se llamaba Grand Hotel. Me gustó mucho Plymouth, su calle principal, la Armada Way, siempre animada en las horas de comercio. Mi padre me llevó al barrio de Barbican, un lugar frecuentado por los marineros, donde abundaban las tabernas, los restaurantes de comida barata y los prostíbulos, aunque yo no reparé en dichos establecimientos, cuidadosamente disimulados para no herir la sensibilidad de nuestra clásica moral victoriana. Mi padre me dijo que Gibraltar era algo parecido, aunque allí –esas fueron sus palabras- la temperatura era mejor y hasta se podía uno bañar en el mar en invierno. Yo veía desde las ventanas del hotel la inmensidad del Océano, más allá de la ensenada que forma allí la costa y que hacen de Plymouth un puerto excelente, desde donde habían partido tantos emigrantes a la búsqueda de un futuro mejor en otras tierras. A pesar de la proximidad de nuestro viaje y de lo desconocido que para mi resultaba el futuro, no me consideraba propiamente un emigrante, sino un aventurero que iba a explorar nuevos territorios. Había leído un libro donde se narraban las expediciones del capitán Cook en el siglo XVIII y me consideraba un digno heredero de este esforzado marino, no sólo de Cook, sino de Colón, de Vasco de Gama, de Magallanes, de Elcano y de Drake, e incluso del mismísimo Robinson Crusoe.

2

Nuestra llegada a Gibraltar debió tener lugar a fines de septiembre o primeros de octubre. Recuerdo que me llamó la atención la imponente y escarpada montaña a cuya falda se asentaba la ciudad, de ahí el nombre de la Roca, que también le daban sus habitantes. El puerto estaba muy animado y el cielo era muy azul, sin nubes; la temperatura era muy agradable, tal como mi padre me había dicho. Tras unos días en un hotel en la calle principal, mi padre, aconsejado por algunos compañeros del hospital alquiló una casa a la entrada de una población llamada San Roque, ya en territorio español. Aunque teníamos que ir diariamente a Gibraltar, él al hospital y nosotros al colegio, nos compensaba aquella lejanía porque la casa era amplia, rodeada por una pequeña huerta, con agua abundante, y según decían, el clima era allí más saludable que en la Roca, donde la gente vivía más apiñada. Mi padre compró un automóvil de segunda o tercera mano, más amplio que el que tuvo anteriormente, y en él hacíamos todos los días el trayecto de ida y vuelta, pasando a través de una población que está pegada a la frontera y que se llama La Línea, situada en el istmo que une la Roca con España. San Roque está en alto, en una colina, por lo que todas sus calles suelen estar en cuestas, salvo las transversales. Era entonces una población con casas muy blancas, en la cual el ejército español tenía un cuartel bastante grande, aunque los soldados, en su mayoría de origen campesino, mostraban escasa marcialidad y, según me pareció, bastante poco entusiasmo por estar allí. Luego, tiempo después de mi llegada, me enteré que en España el servicio militar era obligatorio, pero había una diferencia de trato bastante grande según el nivel económico que

tuvieran los reclutas. Los más pobres eran los que nutrían las tropas que estaban destinadas en el Marruecos español, un lugar al que llamaban algunos el Protectorado, y que estaba a pocas millas de Gibraltar. Desde San Roque se veían perfectamente las costas de aquel lugar que eran ya parte de África, continente que para mi estaba lleno de misterios fascinantes y donde –pensaba- quedaban muchas cosas por descubrir.

El colegio de Gibraltar estaba situado en un edificio de cierta prestancia, en una zona elevada desde la que se veía el puerto. Tenía unas instalaciones deportivas aceptables, aunque pequeñas por la limitación de espacio que tiene la colonia, que en aquel momento funcionaba principalmente como una base naval, a la vez que poseía un comercio activo y desde la cual –según nos dijo mi padre en voz baja- se practicaba un contrabando descarado hacia España. Al colegio acudían hijos de militares y funcionarios destacados allí, así como los de comerciantes y personas que ejercían profesiones liberales de forma habitual en la pequeña ciudad. También había algunos alumnos españoles, por lo general de poblaciones de los alrededores, aunque como tenía internado había otros de lugares más alejados, como Cádiz, Málaga y Sevilla. La disciplina en aquel centro era algo dura, aunque sin caer en los excesos de algunos afamados colegios británicos de corte más aristocrático, como el de Eton, por poner un ejemplo. Quizás la luminosidad del cielo y la dulzura del clima habían suavizado las costumbres docentes de los profesores, muchos de los cuales eran naturales de Gibraltar. Obviamente la enseñanza era en inglés, pero en los recreos y a la salida y entrada muchos alumnos hablaban en español, o bien mezclaban ambos idiomas con la mayor naturalidad. Yo comencé a defenderme en español a los tres o cuatro meses de estar allí, y al final del curso lo hablaba, modestia aparte, aceptablemente bien.

Al llegar el verano ya me había integrado en un grupo de niños de mi edad, que vivían relativamente cerca de mi casa de San Roque, y cuyos padres eran por lo general de clase media; de todos ellos tenía más amistad con Luis Serrano, Francisco del Pino, Pepe Santamaría y Jesús Hernández. El padre de este último era médico y trabó también amistad con mi padre, con el que comentaba en inglés asuntos profesionales, aunque a medida que fueron intimando comenzaron a hablar de política y de otros temas. Como el inglés del padre de Jesús no era muy perfecto, y los conocimientos de español de mi padre dejaban todavía bastante que desear, en muchas ocasiones recurrían a mí para que les ayudara a entenderse. Así, de esta forma, casi sin querer, me fui enterando de cosas que por entonces no me interesaban para nada, en realidad mi distracción favorita era escaparme con mi grupo de amigos por las afueras del pueblo y perdernos por los campos de los alrededores o a veces llegarnos a la playa de las Urcas, que estaba casi siempre solitaria, y allí bañarnos desnudos con precauciones, porque decían que tenía cierto peligro cuando el mar estaba crecido y había resaca.

Don Adolfo, que así se llamaba el padre de mi amigo Jesús, era una persona de ideas liberales y amante del progreso, y se quejaba continuamente del gobierno. Para él el sistema británico era el más perfecto, algo con lo que mi padre -como buen inglés- coincidía del todo, aunque también admiraba el sistema norteamericano. Para don Adolfo el gobierno español, que presidía entonces un general llamado Primo de Rivera, no debía haberse metido en la aventura africana, después de la mala experiencia de las guerras de Cuba. España se había lanzado a la conquista del norte de África tras un acuerdo en 1912 con otros países con el objetivo de constituir un protectorado, pero sin utilizar muchos medios para dicha empresa, con poco dinero, pocos soldados y escaso armamento, y así le había ido; tras varios años de escasos avances, un

general llamado Silvestre había lanzado una ofensiva en la parte de Melilla, en la zona oriental del Protectorado, ofensiva mal planeada que se había convertido en un desastre tras una batalla que había tenido lugar en un sitio llamado Annual, en la que habían muerto varios miles de soldados en un solo día y que estuvo a punto de provocar la caída de Melilla. Luego se había conseguido recuperar el territorio perdido, y el año anterior, en combinación con las tropas francesas, se había terminado por conquistar toda la zona del Protectorado. Pero se habían gastado muchos recursos en toda aquella aventura. “Y mientras –se quejaba el padre de mi amigo- la situación en España es bastante mala, al menos aquí por el sur”. Refería que el suministro de agua a muchos pueblos y ciudades era escaso, que la asistencia médica dejaba mucho que desear, los hospitales eran deficientes y a ellos sólo iban los pobres de solemnidad, la mayoría de la gente que enfermaba no se movía de sus casas y los médicos como él tenían que estar todo el día de un lado para otro. La mortalidad infantil era muy alta, debido sobre todo a la falta de higiene y a la pobreza; en muchos pueblos del interior no había ni siquiera médicos, y la gente acudía a curanderos o a remedios caseros completamente ineficaces. Don Adolfo le reconocía algunos aciertos al gobierno de Primo de Rivera en su afán por mejorar las comunicaciones y por enderezar la economía del país, pero decía que era un régimen sin futuro, porque había surgido de un movimiento militar que se produjo en 1923 y que acabó con el sistema parlamentario. Mi padre le decía que cuando cayera el gobierno volvería de nuevo el régimen parlamentario, pero don Adolfo opinaba que había que hacer importantes reformas en el sistema. Le explicó a mi padre –aunque la verdad es que no sé si llegó a enterarse del todo- que el sistema político español hasta que llegó Primo de Rivera no había sido representativo, aunque lo pareciera.

- La diferencia más importante con Gran Bretaña radica en que ustedes eligen a los parlamentarios, liberales, conservadores o laboristas y de acuerdo con la composición de la Cámara de los Comunes así se forma el gobierno, si los conservadores tienen mayoría, el gobierno será conservador, si son los laboristas, el gobierno será laborista. Eso es lo lógico. Pero aquí no funciona así, aunque teóricamente debería ser igual. Aquí la costumbre es que el rey nombre a un jefe de gobierno, y una vez constituido éste se hacen unas elecciones amañadas en la que el partido del gobierno es el que obtiene la mayoría parlamentaria. El amañar las elecciones se consigue por mecanismos diversos, desde la compra de votos hasta amenazas a candidatos y votantes, pasando por la falsificación de los resultados de las elecciones y así. Eso ocurre especialmente en el medio rural y en pequeñas ciudades; en las grandes, pongamos Madrid, Barcelona y otras, no se atreven a hacer esa ilegalidad, y ahí es donde se dan los resultados más fiables. En resumen, míster Hayward –decía- aquí lo que hemos tenido ha sido un régimen falsamente representativo, en el cual los parlamentarios, salvo excepciones, no representaban a la población. Y desde 1923 lo que tenemos es una dictadura, que ha conseguido una cierta estabilidad, pero es una estabilidad falsa que cualquier día se vendrá abajo.

Para que yo no estuviera ocioso, mi padre, admirado por mis conocimientos de español, me hizo ir durante aquel verano y el siguiente a dar clases de gramática española a casa de un profesor particular que se llamaba don Gabriel. Iba un día si y otro no, por las mañanas. Don Gabriel tenía fama de severo, aunque la verdad es que conmigo se comportó siempre muy amablemente, mejor que la mayoría de los profesores del colegio de Gibraltar. Luego tenía todo el día libre para hacer lo que quisiera, tiempo que yo aprovechaba para estar con mis amigos. Por las noches nos íbamos a dar vueltas por un lugar que se

llamaba la Alameda, y que era un paseo con árboles, que se llenaba de gente de la población y de militares del cuartel.

Mi padre también fue hablando español, aunque con menos soltura que yo; su acento inglés era inconfundible. En cambio mi madre sólo aprendió algunas palabras o frases aisladas, buenos días, buenas tardes, hasta luego. Ella no estaba a gusto allí, siempre protestando del calor, del viento o de cualquier otra cosa por nimia que fuese, y mantenía pocas relaciones con los habitantes del lugar, incluso yo tenía que servir a veces de intérprete con Lola, la criada que trabajaba en casa, una mujer cuarentona, que chapurreaba un inglés muy elemental, como muchos de los habitantes de aquella zona, especialmente de San Roque y La Línea, que eran los que estaban más en contacto con los llanitos (o sea, con los nacidos en Gibraltar y que habitualmente vivían allí) y con los británicos –en su mayoría militares y funcionarios- de la Roca. Mi madre había ido adoptando con el tiempo, desde que nos trasladamos allí, una actitud *colonial*, aunque no se si esta palabra sería la más adecuada. Desplegó una imagen de superioridad frente a las personas del pueblo que venían a trabajar en nuestra casa, como albañiles y pintores e incluso con el jardinero que se dejaba caer por las tardes para sacar adelante nuestra huerta, y con el que yo trabé pronto una cierta amistad, ayudándole en algunas de las tareas menos dificultosas, algo que mi madre me censuraba, “no debes mezclarte con la servidumbre o con los nativos” me decía, aunque yo no le hacía mucho caso. En el fondo lo de la servidumbre era un eufemismo, porque la única criada que tuvimos en todo aquel tiempo fue Lola, y las otras personas que venían a arreglar alguna cosa o a pintar las habitaciones sólo estaban un tiempo limitado y luego se iban a otras casas. No se si aquel aislamiento voluntario en que vivía mi madre la hizo delirar un poco y creerse poco menos que era la esposa de un lord acaudalado, con sus criados

imaginarios y su mayordomo para que le subiera el *Times* por las mañanas con el desayuno, después de quitarle las arrugas al periódico con una plancha. Bueno, el *Times* si lo recibíamos; en realidad lo traía mi padre de Gibraltar, pero llegaba con varios días de retraso. A mí la actitud de mi madre no me gustaba, y por lo general mis amigos no solían venir a mi casa, era yo el que iba a las casas de ellos; me daba miedo que mi madre les hiciera un desaire y que ellos se sintieran ofendidos y que se alejaran de mí. Porque en Gibraltar no tenía apenas amigos, sino compañeros del colegio, con los que no llegué a intimar demasiado, en realidad los hijos de funcionarios británicos se iban renovando continuamente, aunque los de los llanitos sí eran los mismos; entre estos había varios chicos judíos, cuyos padres eran por lo general comerciantes. Muchos de los alumnos llanitos tenían apellidos que no eran británicos, no eran infrecuentes los apellidos italianos, malteses, franceses, griegos e incluso algunos de fonética árabe, como Hassan. En el colegio de Gibraltar eran habituales los paseos, en realidad pequeñas excursiones, a diversos lugares de la colonia, a la Europa Point, a Catalan Bay y al Moorish Castle; otras veces paseábamos por la zona del puerto o visitábamos algún buque de guerra atracado en algunos de los muelles. Mi mayor expectación fue la visita a un submarino, que hicimos en grupos pequeños; me entusiasmaron esos navíos que podían sumergirse a mucha profundidad y pasar inadvertidos, aunque algunos de mis compañeros decían que eran muy agobiantes y sentían claustrofobia al rato de estar dentro; en el submarino que visitamos por primera vez, y en algún otro en años posteriores, siempre había un olor especial, mezcla de sudor, comida, aceite de máquina y fuel. Y me imaginaba que cuando llevaran varias horas sumergidos el olor tendría que ser todavía mucho más intenso, aunque supuse que los marineros que estaban destinados en aquellos artefactos ya habrían perdido el

sentido del olfato. Todas estas experiencias se las contaba luego a mis amigos de San Roque, que se quedaban asombrados y me hacían mil preguntas sobre los mecanismos, los motores, el periscopio, los tubos para lanzar los torpedos y cosas así. Supongo que la curiosidad y la inocencia de los niños no debe estar contemplada en los manuales de los servicios de inteligencia.

3

Mis amigos españoles se portaron muy bien conmigo y me acogieron sin ningún tipo de reparos en el seno del grupo que formaban. Con ellos me veía sólo por las tardes cuando regresaba del colegio, pero durante los fines de semana y las vacaciones pasábamos juntos casi todo el tiempo. Cada uno tenía su propia personalidad. Luís Serrano era hijo de un funcionario que estaba destinado en los servicios aduaneros; no era una familia de muchos recursos, aunque fueron posiblemente los que más veces me invitaron a comer a su casa. Sus padres eran madrileños y sus proyectos eran poder volver a Madrid en cuanto hubiera una plaza adecuada; Luís era de mi edad, y su hermano Jorge, que era el primogénito, tenía como dos años más que nosotros. Entre los dos hermanos había notorias diferencias, así como Luís sólo pensaba entonces en jugar y en hacer excursiones, Jorge era más reconcentrado y hablaba con frecuencia de temas políticos; hostil al Gobierno, se consideraba de izquierdas y tenía sus propias ideas sobre los problemas de España. Sin embargo, las circunstancias de entonces le impedían cualquier tipo de actividad política, que sus padres por otra parte, conservadores en el fondo, no hubieran visto con buenos ojos.

También comenzaba a despuntar en el terreno de las preocupaciones políticas Francisco del Pino, Paco para nosotros. Su padre tenía una pequeña fábrica de harinas y una huerta grande, y vivían aceptablemente, aunque sin grandes lujos. Paco era el menor de tres

hermanos, y sus padres se lamentaban de que era un chico algo rebelde, en su opinión por haber tenido con él muchas contemplaciones al ser el pequeño, “a este le hace falta mano dura”, decía su padre cuando se enfadaba. Sin embargo era un muchacho serio y responsable, que veía las injusticias sociales en conjunto y que como Jorge creía que había que solucionarlas lo antes posible.

Pepe Santamaría en cambio era un chico algo introvertido, que prefería mantener una cierta independencia frente a los demás; su padre era agricultor acomodado, vivían en una casa bastante grande, en la que Pepe había organizado un pequeño laboratorio, en realidad era más bien un museo de ciencias naturales, había conseguido hacer preparaciones microscópicas siguiendo los libros de Cajal, al que admiraba, y sus inclinaciones se centraban hacia el campo de las ciencias médicas. Le gustaba en realidad más la investigación que la práctica rutinaria de la medicina. Pero Pepe no era sólo un intelectual o un aprendiz de científico, le entusiasmaba el deporte, nos repetía muchas veces lo de *mens sana in corpore sano*, nadaba muy bien, aunque en realidad su especialidad era el submarinismo, que entonces se practicaba a pulmón libre; él pescaba con frecuencia de esta forma. Era un chaval alto y espigado, y tenía entre los otros miembros del grupo una cierta aura de superioridad, aunque él era especialmente modesto en todas las ocasiones. Tenía de la investigación científica una idea muy romántica; mi padre le dijo en muchas ocasiones que en la realidad las cosas eran más prosaicas.

Por último estaba Jesús Hernández, hijo de don Adolfo el médico. Cuando yo le conocí era un chico normal, con cierta curiosidad hacia los temas sexuales, algo que todos teníamos en cierto modo. Era más bien religioso sin ser exageradamente devoto, y no participaba en los entusiasmos políticos y sociales de Paco ni de Jorge. A su casa fui

muchas veces, en ocasiones acompañando a mi padre, que enhebró, como ya comenté, una buena amistad con don Adolfo por sus afinidades profesionales. Jesús le prestaba habitualmente a Pepe Santamaría libros y revistas médicas de su progenitor, que el ordenado muchacho le devolvía pocos días después de empapárselas a fondo y de sacar resúmenes de las cosas que más le interesaban. Nosotros, medio en broma, llamábamos a Pepe en ocasiones con el apodo de *El Sabio*.

Aquellos primeros tiempos de mi estancia en España los tengo asociados en cierto modo con el despertar de mi sexualidad, que coincidió obviamente con la de mis amigos. Era un tema que fuimos descubriendo entre todos, leyendo libros por aquí y por allá, preguntándole a Jorge, que al ser dos años mayor estaba más enterado. Pronto nos dimos cuenta que las cosas tendríamos que averiguarla por nosotros mismos; ni mis amigos en sus colegios españoles ni yo en el mío de Gibraltar recibíamos información *oficial*, y es que el pudor de la generación de nuestros padres era similar a un lado y otro de la frontera de la Roca; ellos eran hijos de su época, igual que nosotros los fuimos de la nuestra. Durante un tiempo, y en los momentos de descansos de juegos y travesuras, las conversaciones giraban sobre el mismo tema, y palabras como follar, empalmar, menear, polla, y otras por el estilo eran las habituales. Yo conseguí aportar al grupo algunas revistas con fotos atrevidas para la época donde aparecían chicas ligeras de ropa, eran publicaciones dirigidas a la marinería de los buques que atracaban en la Roca, mientras que Jesús trajo algunos libros médicos de su padre. Con toda aquella información nos fuimos adentrando en el terreno escabroso de la sexualidad y nos enteramos con detalle de la forma como se fabricaban los niños, del porqué de nuestras erecciones, del placer de la masturbación...Un mundo nuevo, con algo de sorprendente y aterrador se abría ante nosotros, un mundo en el que las mujeres y el sexo eran

puntos de referencia, habíamos abandonado el universo seguro de nuestra infancia, un mundo basado en el orden, en la fe religiosa, en el respeto a nuestros padres que dirigían nuestros pasos y nos llevaban por el buen sendero, y habíamos entrado en otro en el que comenzábamos a sentirnos responsables de nuestros actos, en el que tendríamos que dosificar nuestros instintos, en el que nuestro cuerpo cambiaba rápidamente para depositarnos con mayor o menor brusquedad en el planeta de los adultos. No hace falta decir que ni en España ni en Gran Bretaña existía entonces la adolescencia como un estado sociológico intermedio: se pasaba de niño a adulto sin más trámite ni monsergas. El adolescente y su problemática sencillamente no se contemplaban, igual que tampoco se contempla actualmente en muchos países del llamado tercer mundo. Pero a nosotros estas consideraciones no nos importaban; combinábamos nuestras actividades de niños con otras de adulto, y pronto estas últimas fueron imponiéndose, especialmente a través de su faceta deportiva; jugábamos largos partidos de fútbol un tanto anárquicos, hacíamos excursiones, nos bañábamos en la playa de las Urcas, cruzábamos la bahía de Algeciras en alguna barca alquilada...Todas estas actividades nos cohesionaban cada vez más, y se imponían a nuestras opiniones ante la vida, la religión y los problemas sociales y políticos.

4

Cada año, el día 3 de junio, se celebraba en el palacio del gobernador de Gibraltar la recepción, seguida de una pequeña fiesta, por el cumpleaños del rey Jorge V. Habitualmente mis padres eran invitados siempre, no sé si porque entraban dentro de los designados por el protocolo oficial o porque él era el médico de confianza del gobernador; yo me inclino más por esto último. Por lo general iban ellos solos, aunque en 1928, a punto de cumplir ya mis trece años, decidieron que los acompañara, aunque a los niños y adolescentes normalmente nos situaban en un lado del hermoso jardín del palacio para que no molestáramos a los mayores. Allí nos servían refrescos, emparedados, cacahuetes, almendras y algunos platos más serios, así como pasteles. Los mayores acudían con traje de gala, entre los que destacaban los marinos con sus impecables uniformes blancos y sus galones dorados. Todo el mundo pensaba que el Imperio perduraría durante mucho tiempo y nadie, creo, sospechaba entonces que antes de veinte años se iniciaría la disgregación con la independencia de la India, que era la perla más rutilante de nuestras posesiones.

Recuerdo nítidamente que en esa recepción me llamó la atención una niña, más o menos de mi edad, aunque entonces era algo más alta que yo. La recuerdo con un vestido celeste con cintas, con su cabello castaño y sus ojos claros. Se notaba que estaba allí como perdida, que no conocía a nadie. Los demás teníamos algún compañero del colegio,

pero ella no hablaba con ninguno. Estaba sentada con aire aburrido. No sé, quizás su desvalimiento y su atractivo o a lo mejor su aire diferente a los demás, me hicieron aproximarme a ella. Yo creo que le caí bien desde el principio. Me dijo que no conocía a ninguno de nosotros porque no vivía en Gibraltar, sino en Málaga. Su padre era inglés pero su madre era española. Se sorprendió cuando yo continué la conversación en español, y más cuando le dije que no era llanito, sino que mis padres eran ingleses y llevábamos menos de tres años viviendo por allí. Estuvimos hablando casi toda la noche, dándonos datos de nuestras familias. Yo noté que María Luisa (ése era su nombre, aunque su padre la llamaba con frecuencia Louise) me atraía, y me noté excitado sexualmente, excitación que se mezclaba con una tendencia a protegerla de alguna manera. El notarme excitado con aquella niña me hizo pensar que estaba enamorado de ella, y seguramente ambos nos enamoramos difusamente esa tarde de alguna forma.

María Luisa me contó que su padre era ingeniero, y había venido hacía años para ocupar un cargo técnico en los ferrocarriles suburbanos de Málaga, que partían del puerto y unían la capital con las poblaciones de la costa y del interior. Vino contratado por dos o tres años, pero conoció a su madre, que según decía era muy guapa, y se casó, quedándose a vivir allí para siempre, porque su madre no era capaz de soportar el clima inglés. Ella, María Luisa, era hija única. Vivía, según me dijo, en un chalet situado en un barrio elegante de Málaga, que se llamaba El Limonar. Me estuvo contando asuntos de su casa, de las cosas que hacía, de las amigas que tenía, a muchas de las cuales no soportaba. Ella estaba en una situación especial: era inglesa pero no lo era, y tampoco era española del todo, aunque se considerara más esto último. En su casa hablaba en inglés con su padre y en español con su

madre, así desde pequeña. Esta mezcla hacía que tuviera un acento que a mi me resultaba gracioso.

Yo me notaba excitado a su lado, pero no me atreví ni siquiera a rozarme con ella, temeroso de que cualquier gesto mío la enojara y rompiera bruscamente nuestra amistad apenas iniciada, que era como un cristal que, dada mi poca experiencia con las chicas, podía hacerse añicos. Yo le conté mis correrías por los alrededores con mi grupo de amigos, mi visita al submarino, y me inventé algunas escaladas por las zonas más peligrosas del Peñón que sólo habían ocurrido en mi imaginación. Quería impresionarla y a veces me parecía que lo conseguía, quería que me tomara por un héroe aunque no tuviera ninguna heroicidad que contar. María Luisa me miraba a veces intensamente y me dijo que deberíamos escribirnos de vez en cuando, me dio su dirección y yo le di la mía de San Roque.

Mientras hablábamos los demás niños corrían de un lado a otro e incluso llegaron a invadir el salón de baile, en donde habían terminado ya los brindis y los discursos protocolarios y la gente estaba más relajada; había una algarabía generalizada, y el jerez y los licores habían corrido tal vez más de la cuenta. Nosotros seguíamos con nuestra conversación, interrumpida a veces por algún bromista que quería fastidiarnos, a lo mejor –pensaba– por pura envidia. Pero yo era el primero que había reparado en María Luisa y me veía con unos derechos adquiridos que los demás debían respetar. Tenía con ella una sensación nueva, que no había experimentado entonces, sensación que no era meramente sexual, sino que tenía unas connotaciones más profundas.

A una hora indeterminada vinieron nuestros padres a buscarnos, primero llegaron los de María Luisa, y yo estuve hablando con ellos hasta que aparecieron los míos; ya se conocían del año anterior, pero ahora estuvieron conversando largo rato. El padre de María Luisa era

algo mayor que su esposa. Se llamaba Michael Townshend, era una persona simpática y nos contó que ya se había acostumbrado a la forma de vida española y que cuando recalaba por Inglaterra se sentía como extraño. Yo le dije que me gustaría ir a ver su casa de Málaga, que María Luisa me había dicho que nos llegaríamos en alguna ocasión. Mi padre estuvo charlando durante un buen rato con el señor Townshend, mientras nos dirigíamos hasta el hotel Bristol, donde se alojaban. Luego nos despedimos y ellos quedaron en pasarse por nuestra casa al día siguiente, antes de regresar a Málaga.

Y en efecto, al día siguiente, a media mañana, la familia de María Luisa estuvo visitándonos. Yo me había afanado en arreglar mi habitación y dejarla en estado de revista, como le había escuchado decir a los militares. Le estuve enseñando mis libros, mis juguetes inservibles –los que servían los tenían mis hermanos, obviamente- mi colección de mapas comprados por mi padre en una librería de la Roca especializada en cartografía y frecuentada generalmente por marinos que adquirirían cartas náuticas actualizadas, mi brújula, mi linterna y mi navaja suiza, que usaba a veces en las excursiones que organizábamos el grupo de amigos por los alrededores. María Luisa me escuchaba con atención y expresión divertida. A lo mejor se reía de mi ingenuidad y de mi afán de protagonismo o de los esfuerzos que hacía para impresionarla. Mientras nuestros padres hablaban la llevé a dar una vuelta por el pueblo, subiendo hasta la plaza de la Iglesia. No vimos a mis amigos, porque era lunes y estaban en clase. En realidad yo también debería haber ido a mi colegio, pero como esperábamos a los Townshend, mi padre, que tenía unos días de vacaciones, me permitió quedarme. Ellos estuvieron almorzando con nosotros y después se despidieron en seguida porque les quedaba un largo trecho para Málaga. La carretera estaba llena de curvas y querían llegar con la luz del día. María Luisa me dio un beso en

la mejilla, un beso inocente, aunque yo pensaba que a lo mejor se había enamorado un poco de mí, quizás porque la imaginación a esas edades no tiene límites.

La promesa de mi padre de llegarnos a Málaga para devolver la visita a los Townshend no se pudo llevar a cabo en los meses que siguieron, siempre había algo que dificultaba el desplazamiento: un incremento del número de pacientes del hospital, la enfermedad de algunos de mis hermanos o alguna otra causa imprecisa, aunque en el fondo estaba la desgana de mi madre en realizar viajes por aquella zona, en la que siempre veía asechanzas diversas, desde la posibilidad de contraer el tifus hasta una avería del coche que nos dejara tirados en una carretera por la que no pasaría nadie, o bien el calor, o los mosquitos, o un posible ataque de bandoleros que no existían más que en su imaginación, en la que cada día se iba afirmando más la superioridad de nosotros sobre los nativos, como solía decir en su lenguaje típicamente colonial, que yo no compartía, ni tampoco mi padre. Sólo en mayo del año siguiente mi madre accedió a ir a la inauguración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, fue un viaje familiar para el cual mi padre alquiló un coche suficientemente grande en el que podíamos viajar todos, incluyendo a nuestra criada, y con él salimos el día antes por la carretera que pasa por Medina Sidonia y Jerez, para llegar a Sevilla a primeras horas de la tarde. Mi padre tenía unas invitaciones que le había facilitado el Consulado británico y con ellas accedimos al día siguiente al acto de inauguración, que se celebró en una plaza monumental recién construida, la plaza de España, un gran semicírculo con un estanque artificial que cruzaban unos aiosos puentes, y dos torres en los extremos. El conjunto era armónico, y en la construcción de aquel lugar se habían utilizado preferentemente ladrillos y azulejos. A mi la ceremonia me pareció interminable, a pesar del despliegue de las tropas

con vistosos uniformes, las evoluciones de las caballería y la presencia de los reyes y de numerosas personalidades. Después estuvimos recorriendo el parque de María Luisa y algunos de los pabellones instalados allí, cada uno de los cuales representaba a un país de Latinoamérica, incluso había uno de los Estados Unidos. Mi padre comentaba con el cónsul británico que aquello le parecía un despilfarro sin sentido para un país que tenía tantas carencias materiales y un atraso considerable, algo con lo que el cónsul estaba de acuerdo: las autoridades habían tirado la casa por la ventana, frase muy utilizada en España. Quizá el régimen de Primo de Rivera pretendía dar una imagen de eficacia de cara a su consolidación. Para colmo aquella exposición había coincidido con otra todavía mayor que se había hecho en Barcelona, la ciudad más industrial de España. Estuvimos en Sevilla un par de días más, y nos dio tiempo de recorrerla casi entera, y de comprobar las grandes diferencias sociales que se observaban entre la zona del centro y los barrios periféricos, donde la gente vivía hacinada en unos llamados *corrales* o patios a los que se abrían las casas constituidas por una o dos habitaciones a lo sumo, con unos servicios y unas cocinas comunes; el mobiliario de aquellas viviendas era muy modesto. Por lo general la mayor parte de los obreros vivían en esas condiciones, mientras que la burguesía, la aristocracia y los que ejercían profesiones liberales habitaban viviendas unifamiliares con hermosos patios con columnas, siguiendo el modelo andaluz que, según nos contó alguien, procedía de la vivienda romana. Mi padre me llegó a decir que, a la vista de tales contrastes, no era de extrañar que si las circunstancias políticas empeoraban, se pudiera producir allí una revolución similar a la rusa. La diferencia entre la forma de vida de la burguesía y la aristocracia con aquel mundo de sordidez de los barrios populares, disimulado por el blanco de las paredes y la abundancia de flores, con el telón de fondo del

dispendio de la Exposición, que había enriquecido más a muchos sevillanos ya suficientemente ricos, era manifiestamente irritante incluso para cualquier observador neutral como yo.

5

Nuestro grupo de amigos había comenzado a resquebrajarse por causa de los estudios. Jesús Hernández se fue a un colegio religioso de Ronda, a unas dos horas por ferrocarril de San Roque, mientras que Luis Serrano, Pepe Santamaría y Francisco del Pino iban todos los días a un colegio de Algeciras, y regresaban muy tarde, por lo que nos veíamos preferentemente sólo los fines de semana. Como contrapartida, conseguí que se nos uniera de vez en cuando –especialmente cuando hacíamos alguna excursión- un chico pelirrojo, Jim Collins, cuyo padre era funcionario en Gibraltar. Con él fui en alguna ocasión hasta Algeciras, que tiene un buen puerto, y vive de la actividad del mismo, de la pesca y del contrabando que pasaba por allí procedente del Peñón. Mi padre nos llevó también a visitar lugares más alejados, como el bosque de la Almoraima, Castellar, Jimena y Tarifa. Entre Algeciras y Tarifa, los días de poniente se podía contemplar una vista espectacular del Estrecho, las montañas de la cordillera del Atlas ya en África y el paso continuo de buques entre los dos mares. En una ocasión fuimos a pasar un par de días a Ceuta, una ciudad que me gustó mucho, en la que se veían un gran número de militares españoles y de soldados indígenas que estaban incorporados a unas unidades militares de curioso uniforme, y a los que se les llamaba, no se por qué, *regulares*. Había otros soldados

con uniforme verdoso que pertenecían a un cuerpo llamado la Legión. Tanto los regulares como los legionarios eran fuerzas *de choque*, soldados profesionales que constituían la élite de la infantería. Mi padre visitó a un conocido suyo, un judío que tenía bazares -en los que vendía una variopinta mercancía- en Gibraltar y en Ceuta; en aquellos bazares se podían adquirir aparatos de radio, perfumes, alimentos exóticos, especias, baratijas, relojes e incluso joyas de buena calidad. El amigo de mi padre, que se llamaba David Bentabol, había acumulado una fortuna más que regular. Yo pienso que de alguna manera también estaba implicado en asuntos de contrabando, aunque en aquellos lugares el contrabando y el comercio normal estaban muy entrelazados, y a decir verdad no se podía discernir donde comenzaba uno y terminaba el otro. El señor Bentabol, que frisaba en los cincuenta años, decía que España tenía en Marruecos un ejército demasiado numeroso, en el que predominaban oficiales levantiscos, que se opusieron años antes al proyecto de Primo de Rivera de abandonar la aventura africana. -‘Son un grupo de presión, que posiblemente den un disgusto al gobierno español en cuanto éste deje de tenerlos contento por algún motivo’- decía. Además, en su opinión, el número de jefes y oficiales era excesivo, seguramente la proporción era mayor que en los ejércitos europeos en aquel momento. Era necesaria una reforma militar, según su punto de vista. El problema era que ningún gobernante se atrevía a realizarla. Sacamos la impresión de que el gobierno español estaba un poco preso del ejército que había ido creando con los años y con las guerras coloniales. Nos enseñó una revista militar que él leía a veces para hacerse una idea del pensamiento de aquellos oficiales, la *Revista de Tropas Coloniales*. Bentabol refería que los militares destinados en Marruecos tenían un ídolo, que era el general Francisco Franco, hermano del aviador que pocos años antes había llevado a cabo un

vuelo audaz desde España hasta Buenos Aires. Mi padre había oído hablar mucho del aviador, pero no de su hermano el general.

-Pues es muy conocido –dijo Bentabol-, imagínese que llegó a general con treinta y tres años. Ahora dirige la Academia Militar de Zaragoza, que él ha creado. Por aquí se dice que Franco es el general que tiene en reserva el ejército español para sustituir, cuando haga falta, a Primo de Rivera. Es su recambio, aunque al parecer tienen mentalidades diferentes. Y se dice incluso que el rey le apoya como una carta oculta para cuando sea necesario. Aunque, claro, nunca se sabe como van a evolucionar las cosas.

A mi los temas de la política española y de la británica me resbalaban por aquel entonces. Yo había iniciado una tímida relación epistolar con María Luisa desde el momento que nos conocimos. Pero como su madre –según decía ella- era una persona algo anticuada, le escribía poniendo como remite el nombre de una chica que conocía mi amiga y que vivía al parecer en Gibraltar, aunque nunca llegué a saber nada de ella: Dorothy Smith. En cambio María Luisa me escribía con mi nombre verdadero, porque en casa no se inmiscuían en mis asuntos epistolares. Lo que pasa es que en las cartas no salíamos casi nunca de los mismos temas: de las calificaciones de nuestros respectivos colegios, del tiempo que hacía, de las cosas excepcionales que habíamos llevado a cabo, de asuntos de viaje, de películas recién estrenadas y cosas así. A mi me hubiera gustado decirle que la quería, que deseaba ardientemente que fuéramos novios, que algún día nos casaríamos y cosas por el estilo, pero la verdad es que no me atrevía, no sabía como iba a reaccionar ella, y además cabía la posibilidad de que la carta terminara yendo a manos de su madre. Nos intercambiamos fotografías, en la que pude apreciar la evolución de mi amiga, que se iba convirtiendo en toda una mujer, mientras yo me veía muy poca cosa para ella,

demasiado delgado. Sentí una gran decepción cuando el 3 de junio de 1929 y el de 1930 no aparecieron los Townshend por la fiesta del gobernador. En la de 1930 mi amiga me dijo que a lo mejor venían, pero luego las cosas se torcieron y no pudieron hacer el viaje. Me dio un disgusto tan considerable que hasta las lágrimas se me saltaron, y me pasé el tiempo que duró la recepción discutiendo por un asunto sin importancia con Jim Collins. Incluso éste se dio cuenta, “lo que te pasa es que no ha venido María Luisa, te has quedado compuesto y sin novia, Kevi”. No se lo pude negar y le dije que seguramente tenía razón.

Yo iba progresando normalmente en mis estudios, de los que me gustaban preferentemente las asignaturas científicas. Mi vocación, si es que realmente puede llamarse de esta forma a la inclinación por un determinado tema, se iba decantando hacia la ingeniería química o a la química en general, de ahí que mis miras estuvieran puestas en poder estudiar en el prestigioso *Imperial College* de Londres. Mi padre estuvo haciendo cálculos y consideró que, dado que mis hermanos también tenían la intención -todavía remota, claro- de cursar estudios universitarios, lo más conveniente sería que nos volviéramos a Inglaterra en 1932 o 1933, para lo cual fue haciendo gestiones a fin de conseguir una plaza en algún hospital de Londres, sus preferencias se decantaban por el St. Mary, pero no sabía si iba a ser aceptado allí, a pesar de que había trabajado en él antes de la guerra. Por otra parte, su entusiasmo por este centro había aumentado, porque poco a poco la actividad científica del mismo se había hecho más importante, no era un simple hospital de asistencia sanitaria, sino que además desarrollada una interesante actividad de investigación. Recuerdo que a fines de 1928 o principios de 1929 mi padre estuvo comentando con don Adolfo un hallazgo realizado por su antiguo amigo Alexander Fleming, con el que no había perdido el contacto epistolar; el hallazgo, según mi padre, era

muy interesante, se trataba de una sustancia que era producida por un hongo y que mataba o paralizaba a los microbios causantes de muchas enfermedades graves. Eso lo decía mientras le mostraba a don Adolfo un ejemplar de la revista científica *The British Journal of Experimental Pathology*, donde había aparecido descrito el hallazgo del tal Fleming. Fue la primera vez que oí hablar de la penicilina.

“Ahora el problema será aislar esa sustancia”, dijo mi padre. No sospechaba él, ni Fleming tampoco, que ese problema sería enormemente difícil y que tendrían que pasar más de diez años hasta que Florey y Chain pudieran obtenerla pura, provocando de esta manera una espectacular revolución en el tratamiento de las enfermedades infecciosas.

En consecuencia, dado el acuerdo familiar de regresar a Gran Bretaña, nuestra estancia en Gibraltar y San Roque tenía plazo de caducidad. A mí, en el fondo, no me hacía gracia el traslado, porque mis amigos estaban en estas dos poblaciones mientras que en Inglaterra no tenía ninguno, y además el traslado me iba a alejar más de lo que ya estaba de María Luisa, quizás definitivamente, pero las exigencias de mis estudios lo iban a hacer inevitable. Mi madre, por otra parte, añoraba Inglaterra, a pesar de que en España vivíamos mejor; mi padre la comprendía, y consideraba que para ella estar en San Roque era un sacrificio al que no se había acostumbrado. Además, aunque a nosotros no nos afectaba apenas, estaba la situación política española. En enero de 1930 cayó el general Primo de Rivera, y aunque le sustituyó otro general, la agitación popular se incrementó notoriamente, lo que se traducía en un aumento de las huelgas y de la violencia. Sin embargo, en el lugar donde vivíamos no pasó nada de particular.

6

En abril de 1931 se produjo en España un cambio de régimen: la monarquía fue sustituida por una república. Mis amigos me contaron que todo había comenzado el domingo 12 de abril, a consecuencia de unas elecciones municipales, con las que el régimen, desaparecido Primo de Rivera, pretendía volver a la normalidad constitucional. En el conjunto del país había triunfado los monárquicos, pero en las grandes ciudades y en las capitales de las provincias ocurrió lo contrario. Como las elecciones en los distritos rurales estaban sistemáticamente falseadas, lo que era del dominio público, el rey y sus ministros entendieron que la gente, en aquellos lugares donde el voto era más libre, es decir, en las zonas urbanas, había votado por un cambio, y sin más trámite el monarca se marchó y dio paso a la República (la segunda en sesenta años), que se proclamaría oficialmente el martes 14. En San Roque hubo una manifestación que encabezó mi antiguo profesor de gramática, don Gabriel. Se produjo un cambio en las autoridades y hasta se modificó la bandera, que pasó del bicolor rojo-amarillo tradicional al tricolor rojo-amarillo-morado, algo que no entendí muy bien, porque para mí la bandera representa a un país y no a un régimen.

Al poco tiempo de proclamarse la República mi padre se decidió - ¡por fin!- a que fuéramos a visitar a los Townshend en Málaga. Mi madre se negó a viajar y sólo viajamos mi padre, mi hermano Tony y yo. En

principio íbamos a ir el sábado 9 de mayo, pero no se por qué motivo lo dejamos para la semana siguiente. Sin embargo, el lunes 11 se produjeron altercados en varias ciudades y mi padre estuvo a punto de cancelar el viaje, aunque como las cosas se calmaron al final, se decidió a visitar a la familia de María Luisa, que nos había insistido en varias ocasiones para que pasáramos un fin de semana en su casa. Llegamos el sábado 16 de mayo a medio día, entrando por la carretera de Torremolinos. Para llegar al centro de la ciudad tuvimos que atravesar los barrios obreros y las instalaciones fabriles situadas en la zona oeste de la ciudad. Me llamó la atención la gran cantidad de chabolas y viviendas pobres que había por allí, que contrastaban con el centro comercial, las calles llenas de tiendas, la actividad del puerto y el verdor lujurioso del parque y de los barrios del este, habitados por la burguesía y la clase media, que eran los de La Caleta y el Limonar. La casa de los Townshend estaba situada en este último barrio, un chalet de bellas proporciones, aunque no excesivamente grande, y muy bien cuidado. María Luisa se había hecho más mujer, yo pensaba que también había crecido como ella, ya la superaba en altura, pero en el fondo me parecía ser poca cosa a su lado. Estuvo muy cariñosa conmigo, aunque mi hermano Tony no nos dejaba un momento (¿para qué lo habríamos traído? Pensaba); María Luisa me enseñó su habitación, sus libros, el piano, la colección de muñecas, nos subimos en su columpio y nos dimos una vuelta por su barrio para presentarme a sus amigas: 'Es Kevin, el chico del que os he hablado, ya casi no le reconocía, se ha hecho un hombre'. En realidad yo no había cumplido todavía los dieciséis, y en las fotos que conservo de entonces se observa que había dado el estirón de la pubertad, pero tenía todavía cara de niño. Luego, por la tarde, el señor Townshend nos llevó a visitar diversas zonas de la

ciudad, visita que corroboró mi primera impresión de Málaga, cosa que le dije al padre de María Luisa:

-Parece que hubieran juntado dos ciudades distintas.

-Pues en cierto modo si, Kevin. Aquí hay una zona, desde el centro hasta nuestro barrio, que parece un paraíso. Coges el parque y el paseo de Reding y empiezas a ver chalets llenos de flores, y así continúa hasta El Limonar. Pero la mayoría de la población, los obreros industriales, los de la construcción, los pescadores, viven en barrios con viviendas muy malas por lo general, con humos y ruidos, ya que esta es una ciudad muy industrial, pero el nivel de vida es bajo y hay una gran rivalidad de clases. Ya se habrán enterado ustedes de que el lunes pasado quemaron la mayoría de las iglesias, algo espantoso. Han desaparecido multitud de obras de arte, y encima la policía no intervino, una actuación vergonzosa que ha desacreditado a las nuevas autoridades.

En efecto, pasamos por varias iglesias, a uno y otro lado del río seco que divide la ciudad en dos, y vimos los efectos devastadores del fuego, aún olía a madera y pintura quemadas y se veían hojas chamuscadas de los registros parroquiales tiradas por todas partes. Yo no entendía la causa de aquel odio y como se había permitido el asalto a las iglesias por parte de las autoridades. “Eso va a provocar muchas divisiones entre la gente, que se está politizando cada vez más”, decía Townshend. Él tenía un cierto miedo, y para prevenir algún posible asalto había colocado una pequeña bandera británica junto a la puerta de su casa. En general en aquella parte de España había entonces un cierto respeto hacia los extranjeros, algo instintivo, que en Málaga era incluso mayor que en la zona de Gibraltar.

-Lo que me parece –dijo mi padre- es que la República ha abierto o puesto en marcha un proceso revolucionario.

-No sé –dijo Townshend-, aún es pronto para decirlo, pues sólo hace un mes que se instauró. Yo creo que el nuevo régimen debía adoptar una actitud de integración, ser una República para todos los españoles, y hasta ahora lo que parece ser es un régimen de unos españoles contra otros. Claro, el país necesita reformas profundas, empezando por el ejército y por el fortalecimiento del poder civil, y continuando con la disminución de los privilegios eclesiásticos y con la realización de una reforma agraria en el sur, donde el latifundismo está muy extendido y existen unas relaciones casi feudales entre los propietarios y los jornaleros. Pero estas reformas deberían ser realizadas poco a poco, buscando el mayor consenso posible. Sin embargo, entre los políticos empieza a observarse una bipolarización, que también está llegando al pueblo.

-Si –me atreví a decir-, yo he observado que en el sitio donde vivimos, en San Roque, se han formado como dos bandos, los que están a favor y los que están en contra, y muchos que hasta hacía poco eran amigos ahora han dejado de serlo, hasta ha habido gente que ha dejado de comprar en tiendas a las que antes iban diariamente.

-Kevin es muy observador –dijo María Luisa riéndose.

Aquella noche fuimos a cenar a un bar al lado de la playa, en un barrio que estaba al final de la ciudad, hacia el este, que tenía el curioso nombre de El Palo; era un barrio en su mayor parte de pescadores. El bar era un tinglado de madera y cañas, pero el pescado que ponían, frito en aceite siguiendo la costumbre de Andalucía, y la ensalada de pimientos asados eran muy buenos, y a unos precios notoriamente bajos. María Luisa, mi inevitable hermano Tony y yo estuvimos un rato sentado en la arena, viendo las luces de la bahía. Por supuesto que no pude hablar nada serio con mi amiga, sólo trivialidades, porque Tony era

entonces un poco bocazas y seguramente contaría luego todo lo que había oído o trataría de hacerme chantaje.

Aquella noche nos quedamos en la habitación de invitados que tenían los Townshend. Por la mañana me levanté temprano porque sentí a María Luisa en el jardín. Y en efecto, estaba cortando rosas amarillas y rojas.

-Ten cuidado –le dije, aproximándome sigilosamente- te puedes pinchar.

Ella se volvió sobresaltada al oír mi voz.

-Hola, Kevin- me dijo- ¿Has dormido bien?

-Si –dije- me he levantado porque te he visto en el jardín. No he podido estar apenas a solas contigo desde que llegué.

-Aquí es difícil estar solos.

-Un día vendré y te raptaré –le dije- y nos iremos a vivir a la sierra de Ronda.

Ella se rió:

-Eres un loco Kevin’.

-Sí, un loco enamorado - le contesté.

Luego intenté besarla y ella me dijo que allí no, me llevó a un cuarto que hacía las veces de garaje, trastero y almacén de las herramientas de jardinería, y allí nos besamos apasionadamente, mientras mi excitación sexual se desbordaba en sentido físico y mental.

-No te pases Kevin - me dijo ella retirando mis brazos de su cintura.

Le manifesté que quería ser su novio y ella me dijo que todavía era pronto, que fuéramos medio novios, algo que yo no sabía en que consistía. Yo estuve obnubilado todo el resto de la mañana, hasta el almuerzo, que tomamos muy de prisa porque mi padre quería regresar antes de que se hiciera de noche. María Luisa me lanzaba miradas maliciosas y a veces me guiñaba un ojo. Luego nos cogimos las manos

por debajo de la mesa mientras los demás hablaban y hablaban. Cuando me fui, ya sabía lo que era ser medio novios, aunque yo hubiera preferido serlo entero.

7

Con la ilusión de que éramos medio novios llegó el verano, y volví a hacer excursiones con mi grupo de amigos de San Roque: Luís Serrano, Francisco (Paco) del Pino, Jesús Hernández y Pepe Santamaría, al que se unió Jim Collins. En julio estuvimos los seis acampados en la playa de las Urcas, en un pequeño pinar cercano, mi padre me consiguió una vieja tienda de campaña militar que aguantaba bastante bien el viento y nos pasamos una semana en una soledad casi absoluta, bañándonos y corriendo por la playa. Sólo un día se acercó mi padre con el de Jesús para ver si seguíamos ilesos. De día usábamos el bañador, pero al oscurecer nos bañábamos desnudos, éramos como unos robinsones, aunque en algunas ocasiones una pareja de carabineros se dejó caer por allí.

En el tiempo que estuvimos allí hablábamos de todo, especialmente por las noches alrededor de una pequeña hoguera que encendíamos para que nos diera algo de luz, porque en realidad frío no teníamos. Allí les confesé que estaba loco por María Luisa y que éramos ya casi novios. Jesús sugirió en una ocasión que fuéramos a un burdel de Algeciras para iniciarnos en los secretos sexuales, pero el problema radicaba en que no teníamos apenas dinero. También hablábamos de política, un tema que ni a Collins ni a mi nos atraía, pero que en mis

amigos españoles despertaba pasiones. Los cuatro se consideraban republicanos, pero Jesús se declaraba más bien de derechas. Luís decía que era de la izquierda moderada y humanista, mientras que Paco tenía manifiestas simpatías por los comunistas, aunque en aquel momento había pocos militantes y la influencia que ejercían por aquella zona era muy escasa. Pepe Santamaría se consideraba al margen de la política, sólo creía en la ciencia. A pesar de estas distintas opiniones, la amistad que nos unía estaba por encima de todo.

Paco sostenía que el sistema capitalista estaba herido de muerte y desacreditado desde la crisis económica que había comenzado en octubre de 1929 con el derrumbe de la bolsa de Wall Street. Y que Rusia, que estaba libre de esas crisis, era el país a imitar. Jesús creía que el sistema soviético atacaba a la religión y también era un freno a la libertad. Paco replicaba que una cosas eran las libertades formales y otras las reales

-Tú tienes libertad para viajar, Jesús, pero si no tienes dinero no puedes hacerlo.

-Vale, pero puedo ir andando y pidiendo limosnas si hace falta, pero el Estado no tiene porqué decirme si puedo viajar o no aunque me pague el tren.

Luís no sabía a que carta quedarse, era un muchacho observador, pero sus ideas no estaban muy arraigadas. Lo mismo le pasaba a Pepe Santamaría, que tenía manifiestas inquietudes científicas y que deseaba ser médico por encima de todo, incluso había ampliado el laboratorio que tenía en el trastero de su casa y se había comprado un microscopio de mayor poder de resolución. Yo expuse los argumentos que había escuchado a mi padre y al de María Luisa: que la República no debía ser radical, que las cosas se debían hacer con el mayor consenso posible, y que una parte del país no debía gobernar contra la otra parte, en

resumen, una República para todos los españoles. Paco decía que si pero que no, que la gente se había ilusionado con el nuevo régimen, y que ahora no podía defraudarse a los centenares de miles de campesinos sin tierra aunque se enfadaran unas pocas familias de terratenientes, en su mayor parte aristócratas, ni se podía contentar a los millones de obreros sin subirles el sueldo ni darles facilidades para acceder a una vivienda; además, había que mejorar el sistema de enseñanza, que era claramente ineficaz; el primer objetivo sería erradicar el analfabetismo. Luís decía que para él la educación era el problema fundamental, una sociedad no puede ser libre sin una buena educación básica. Jim Collins coincidía en eso, para él el nivel de alfabetización y de conocimientos técnicos en Inglaterra en el siglo XIX había sido un factor clave para el triunfo de la revolución industrial, lo había leído en algún sitio. Paco opinaba que esa industrialización fue posible porque había una gran masa de población agrícola excedentaria a la que se le abonaban salarios de hambre y además los industriales ingleses, como los de otros lugares, se aprovecharon de la mano de obra infantil, a la que se le pagaba una miseria. Yo terminaba cansándome, la verdad es que por aquel entonces la política española, la británica y la del mundo me importaban bastante poco; quizás fuera un egocéntrico, pero sólo pensaba en mí, en María Luisa, en lo que iba a estudiar y en poco más. Lo que si observaba era que desde el mes de abril la gente de por allí se iba interesando cada vez más por los asuntos políticos, y que muchos pensaban que los problemas se iban a arreglar en poco tiempo, algo que don Adolfo, cuando se lo comenté, atribuyó a la ignorancia, al desconocimiento de los mecanismos de la economía.

–En Estados Unidos, y eso que es un país rico –me decía- hay ahora mismo millones de parados, así que imagínate como vamos a

arreglar aquí nuestros problemas de siglos en unos meses, teniendo en cuenta además de que España es un país pobre.

Y don Adolfo me prestó un libro que según él era bastante esclarecedor, *Los males de la Patria* de Lucas Mallada, un libro publicado en 1890, que me leí sin mucho entusiasmo, principalmente por no defraudar al padre de mi amigo; el autor sostenía que el terreno español era pobre en su conjunto, y que sólo un diez por ciento de las tierras eran fértiles; por otra parte en España llovía poco –eso ya lo sabía yo, que había conocido de niño el clima inglés-, salvo en el norte, por la parte del Cantábrico. El libro me pareció demasiado pesimista, y así se lo dije a don Adolfo.

-Tienes razón Kevin, pero es la realidad. Aquí debíamos fomentar más la industria, como están haciendo los japoneses, que tienen muy poca agricultura porque son islas volcánicas’.

A la recepción del 3 de junio de 1932 si vinieron los Towshend. Yo le dije al padre de María Luisa que los dos preferíamos dar una vuelta por la colonia mientras ellos celebraban el cumpleaños del rey, y así lo hicimos. Paseamos por Main Street arriba y abajo, estuvimos tomando refrescos, la invité a cenar luego y continuamos paseando. De buena gana la hubiera llevado a su hotel y me hubiera acostado con ella, pero no me atreví a proponérselo.

-Dicen que os vais –me dijo ella con cierta tristeza.

-Si, tengo que estudiar en el *Imperial College*, pero vendré a verte y en cuanto termine nos casamos.

-Antes tenemos que ser novios, Kevin.

-¿Y no lo somos?

-No, recuerda que sólo somos medio novios todavía.

-Bueno, pues hagámonos novios del todo. El momento ha llegado.

Entonces ella cogió mis manos y yo las suyas, y en la esquina de una calle en ligera penumbra nos besamos en la boca con delectación, algo que allí no causaba mucha sorpresa porque era un lugar de paso de marineros ávidos de emociones sexuales. Así estuvimos un rato. María Luisa me hizo prometerle fidelidad, y me dijo que se lo diría a sus padres poco a poco, temía más la reacción de su madre, que era una española tradicional y que tenía sus miras en casarla con el hijo de una familia con posibles de Málaga, de modo que viviera cerca de su casa y pudiera visitarla y cuidar a sus nietos. A mi todo eso me parecía muy convencional, yo no me consideraba de ningún lugar quizás por mi desarraigo, por convivir por la mañana con la cultura británica del colegio y por la tarde con la española de San Roque, por tener amigos tan diferentes como Jim Collins y Jesús Hernández, por haber pasado una parte de mi vida en Kent y otra en Andalucía. Y no me importaba irme con ella a Inglaterra o a la India o a Nueva York si fuera necesario. Ella me daba la razón, se vendría conmigo a cualquier parte, pero no quería darle un disgusto a sus padres, era hija única, si hubiera tenido tantos hermanos como yo seguramente sus padres llevarían mejor su alejamiento. A mi entonces esos argumentos no me parecían razón de peso.

-Si nos vamos a Inglaterra tus padres se pueden también ir allí - le dije.

Ella decía que no se imaginaba a su madre en medio del clima inglés, si en cuanto llovía se ponía triste.

-Bueno -le dije-, pues entonces la traemos unos cuantos meses a Málaga para que entre en calor.

María Luisa se rió y dijo que yo era un loco peligroso y que ella era otra loca al haberse enamorado de mi.

Luego fuimos a casa de Jim Collins para que conociera a mi novia. Jim le dijo a María Luisa que yo tenía muy buen gusto al haberme enamorado de ella, y tras enseñarnos su desordenado cuarto de estudio nos acompañó a dar una vuelta mientras continuaba la recepción en el palacio del gobernador, a la que habían ido también sus padres. María Luisa nos contó que la situación en España se había estabilizado un poco. Ella no entendía mucho de política, lo que sabía era lo que le escuchaba a su padre y lo que oía a los vecinos, que eran todos de derechas. La República había apostado por la educación primaria y había autorizado el voto a las mujeres.

-Ya era hora Kevin, no se porqué no podíamos votar.

Jim Collins le dijo que el problema se había planteado también en Inglaterra hacía varios años, y al final se autorizó el voto femenino.

Hablando y hablando se nos hizo tarde, y cuando llegamos al lugar en donde habíamos quedado con nuestros padres, éstos ya estaban esperándonos; menos mal que la presencia de Jim a nuestro lado representaba una especie de seguro moral, de que no habíamos hecho ninguna locura sexual, aunque yo hubiera querido hacerla. Nos despedimos a continuación, yo tomé las manos de María Luisa y no quería soltarla, algo que mi padre percibió, aunque seguramente pensaría que eran cosas de adolescentes. Desde entonces en adelante le escribiría a María Luisa con mi verdadero nombre, para que sus padres se fueran acostumbrando a la realidad de nuestro amor, al que yo entonces consideraba indestructible.

8

Al final del verano, y presintiendo que nuestra estancia en Gibraltar iba acercándose a su fin, mi padre decidió darse una vuelta por España, a la cual mi madre no quiso acompañarnos. Tony y yo fuimos con él, en un Ford bastante cómodo que alquiló. Visitamos varias ciudades con la idea de hacer turismo, aunque yo me dediqué a hacer fotografías con una cámara que había comprado a buen precio en un bazar de la Roca, y además fui tomando notas de las cosas que veía con el objetivo de publicarlas en el pequeño periódico que se editaba en nuestro colegio, y también para un librito que tenía en proyecto redactar sobre España cuando regresáramos a Inglaterra y que pensaba encabezar con el pretencioso título de *The current face of Spain*.

Nuestra primera escala fue Ronda, ciudad en la que mi padre había estado varias veces, pero que yo no conocía, a pesar de su proximidad relativa a San Roque. Jesús me había hablado muy bien de aquel lugar, aunque su estancia en el colegio de frailes no había sido, en su opinión muy agradable, porque tenían tanta disciplina como en el mío de Gibraltar, con la agravante del fanatismo religioso. A mi me pareció una

ciudad bellísima, y me pasé más de una hora asomado a la barandilla de la Alameda del Tajo viendo la sinfonía de colores que el sol de la tarde ponía sobre las montañas que rodeaban el enclave rocoso sobre el que se asentaba la impresionante ciudad. Me llamó la atención su actividad comercial, el lento discurrir de la gente por la calle que llamaban de la Bola, su magnífico puente, su barrio antiguo, las ruinas de sus murallas. Debía haber sido una ciudad inexpugnable con sus imponentes alturas. Lo peor eran sus difíciles comunicaciones por carretera, y quizás por ese motivo se había mantenido con pocas transformaciones a lo largo de los años. Allí seguramente llegarían muy amortiguados los ecos de la política.

De Ronda pasamos por Jerez de la Frontera en dirección a Sevilla. En Jerez estuvimos el tiempo suficiente para visitar una de sus mayores bodegas y darnos una vuelta por la población. Pude constatar lo que Paco me había dicho de aquella ciudad a la que conocía bien por tener allí familia: que había una diferencia de clases terrible. Por un lado estaban los ricos bodegueros, burgueses aristocratizados que eran los propietarios además de gran parte del terreno circundante; junto a ellos convivía una gran masa de obreros y jornaleros sin tierra.

-Es una ciudad -decía Paco- donde apenas hay clase media.

A mi su centro me pareció muy bonito, con hermosas casonas, aunque luego estaba rodeado de un cinturón de pobreza disimulada.

Por fin, al caer la tarde llegamos a Sevilla, de la que me acordaba especialmente tras nuestra visita tres años antes cuando la Exposición Iberoamericana. El recepcionista del hotel nos dijo que la ciudad vivía horas bajas; tras los fastos de 1929 muchos obreros que habían acudido a la ciudad para trabajar en las obras quedaron en el paro, y ahora malvivían y habitaban un cinturón de chabolas en el extrarradio. La situación política había incrementado las luchas sociales y había habido

diversos conatos de revolución, en uno de los cuales tuvo que intervenir hasta la artillería. Aquella noche dimos una vuelta por el centro de la ciudad, en el que aparte de los monumentos destacaban sus casas con patio y columnas y sus plazas monumentales, como la que llamaban del Duque, llena de palacios y presidida por una estatua en su centro rodeada de un pequeño jardín. Luego, a unos trescientos metros se abría una amplia plaza alargada que llamaban la Alameda de Hércules, que al parecer era el centro de la vida mundana del proletariado y las clases medias bajas, una plaza muy grande, rectangular y arbolada, llena de bares con sus correspondientes terrazas con mesas y sillas, en los que se apiñaba una multitud variopinta, desde matrimonios normales con niños a jóvenes obreros recién salidos del trabajo, soldados francos de servicio y alguna que otra prostituta de baja estofa a la caza de una clientela sin muchas exigencias estéticas.

Al día siguiente estuvimos paseando por toda la ciudad, en una caminata sin rumbo fijo, usando sólo un plano que yo me había agenciado. En general, en la ciudad se observaba un aire de decadencia, aunque seguía teniendo su impronta de centro comercial y administrativo. Pocas semanas antes se había producido en ella un intento de golpe de estado de signo derechista encabezado por un general llamado Sanjurjo, golpe que fracasó en pocas horas. Ahora, después de aquello, las cosas parecían haber vuelto a su cauce. La clase acomodada y la clase media seguían habitando sus casas palaciegas. El encanto de sus calles recoletas, la hermosura de los jardines y la tranquilidad que por allí se notaba me cautivaron. Especialmente me gustó el jardín del Alcázar, lleno de fuentes y de naranjos, que estaba casi vacío porque no era un jardín público, sino una prolongación del palacio. El guarda nos contó que aquellos árboles producían una naranja amarga que se enviaba íntegramente a Gran

Bretaña para fabricar mermelada; al parecer aquella actividad la inició Lord Wellington, que estuvo alojado en el Alcázar. Luego que salimos de allí nos fuimos andando por la calle donde está la famosa Fábrica de Tabacos y llegamos al parque principal. Estuvimos recorriendo los pabellones, en su mayoría abandonados, de la antigua Exposición y nos fotografiamos con las palomas de la plaza de América; también paseamos en barca por la plaza de España y fuimos recorriendo las pequeñas glorietas adosadas, cada una de las cuales representaba una provincia española, con su mapa y algún hecho histórico relevante. Indudablemente allí se había tirado el dinero de forma espectacular, como ya escuché yo años atrás, algo no concebible en un país que tenía tantas necesidades en educación, sanidad y obras públicas. Se habían construido varios hoteles grandes para acoger a los forasteros que iban a acudir en tropel para ver aquello, pero que luego no vinieron, salvo los habitantes de las poblaciones cercanas y los de la propia ciudad; los hoteles vacíos se estaban reconvirtiendo en viviendas.

Mi padre estuvo visitando el hospital central, donde conocía a algunos de los médicos, al parecer de un congreso al que había asistido. Mientras, mi hermano y yo recorrimos los barrios populares, cruzamos el puente sobre el Guadalquivir y visitamos el arrabal de Triana, desde donde se podía contemplar una hermosa vista de la ciudad, especialmente de la parte monumental más próxima al río. Triana era un barrio más bien pobre, con una calle principal por donde pasaban los tranvías después de dejar el puente, y numerosas calles laterales; en este barrio abundaban los *corrales* o casas colectivas que ya habíamos visto durante nuestra visita en 1929; abundaban los letreros de carácter revolucionario, muchos de ellos dirigidos contra el fracasado general Sanjurjo. Nosotros teníamos una pinta acentuada de extranjeros, pero al oírnos hablar se sorprendían.

-Yo creía que erais ingleses - me dijo un hombre que estaba en una taberna donde entramos a tomarnos un refresco.

-Y lo somos -le dije- aunque nuestro padre es médico en Gibraltar y nosotros nos hemos criado en San Roque.

-Ya decía yo, dijo el hombre, porque habláis como si fuerais de Cádiz o de Málaga.

El barrio era pobre, pero la gente fue muy amable con nosotros. En conjunto Sevilla nos pareció una ciudad estancada, donde –según nos dijo mi padre- no se había conseguido desarrollar una industria importante, y el campo, aunque rico, estaba muy mal repartido. ‘Por ese puerto –dijo mi padre señalando hacia la Torre del Oro, que estaba próxima al río- entraban los caudales de América, la plata del Potosí, pero en gran medida era un dinero que iba a financiar las guerras en las que este país estuvo metido durante tres siglos’.

-Más o menos como Inglaterra en los últimos ciento cincuenta años –me atreví a decirle.

-Pues si, más o menos –me dijo algo amoscado. Pero la guerra de 1914 fue la última y definitiva.

Yo no me lo creí del todo. Inglaterra tenía un Imperio extenso y los conflictos podían surgir en cualquier parte, y si quería conservar el Imperio tendría que luchar. Para empezar, en la India se movía mucho un hombre bajito y delgado que predicaba una revolución pacífica, Gandhi, que traía a las autoridades coloniales de cabeza.

Desde Sevilla hicimos una breve excursión a las minas de Riotinto y a Huelva. En las minas conocía mi padre a uno de los médicos que atendían a la comunidad británica, en su mayoría ingenieros, técnicos de nivel medio e incluso algunos obreros especializados; constituían el *staff* de la compañía británica que desde fines del siglo XIX explotaba los yacimientos adquiridos al gobierno español. La gran mayoría de los

obreros eran españoles. Aunque las relaciones entre ambas comunidades eran buenas, había un cierto malestar por la presencia de mis compatriotas y su actitud colonialista. De hecho, los británicos habían trasladado a aquel lugar sus costumbres y hasta el estilo arquitectónico de sus viviendas, que les hacía soñar por un momento que se encontraban en la dulce Albión (o la páfida, como decían algunos periodistas españoles). Pensé que si mi amigo Paco hubiera venido con nosotros, seguro de que me hubiera hablado del capitalismo, de la explotación de los recursos naturales de una nación por otra y de cosas así. A mí, aunque inglés, me parecía aquello poco congruente, poco justo; me preguntaba por qué España no había organizado las cosas para que sus propias compañías fueran las que explotaran aquellos ricos yacimientos e instalaran fábricas para la obtención del cobre y para la fabricación de ácido sulfúrico. Y así se lo dije al amigo de mi padre, el doctor Littlejohn, un apellido que no cuadraba con la elevada estatura de aquel hombre.

-Esto no sólo ocurre aquí, joven – me dijo- sino en otras muchas minas españolas, como en las de Peñarroya, que están en manos de una compañía francesa. Y es por falta de capitales y por la escasez de técnicos cualificados, unido a la debilidad del comercio español. Y no es una cosa que puedan solucionar ellos a corto plazo. Nosotros nos estamos aprovechando, eso es cierto, pero no hemos ocupado militarmente estas minas, sino que las hemos comprado legalmente, según las leyes británicas y españolas.

El doctor Littlejohn nos llevó a ver la corta, ya que la explotación minera se hacía allí a cielo abierto. La visión de aquel inmenso cráter, que tendría más de media milla de diámetro, y que descendía en terrazas hasta una enorme profundidad me impresionó enormemente.

-Sin la tecnología británica esto no se hubiera podido hacer –dijo Littlejohn-; hay que tener en cuenta que ya los romanos sacaban cobre y plata de aquí. Además, nosotros hemos construido el ferrocarril que lleva el mineral hasta Huelva y el mismo embarcadero.

Después nos dirigimos a Huelva, donde efectivamente estaban los cargaderos de mineral, en los que destacaba una curiosa construcción de hierro que se adentraba en la ría como unos quinientos pies, por el que podían circular los vagones llenos de mineral. En Huelva había también un barrio típicamente británico, con sus chalets victorianos, donde residía el personal encargado del mantenimiento de la línea ferroviaria y de las instalaciones para la carga del mineral en el puerto.

-¿Sabes una cosa, Kevin? – me dijo mi padre-, aquí en Huelva los españoles se enteraron de que existía el fútbol, y se fundó el primer equipo español de este deporte, el Club Recreativo. Nada más que por eso debían estarnos agradecidos.

No contesté, porque aunque le hubiéramos enseñado a jugar al fútbol, me parecía que como contrapartida le habíamos quitado a aquella gente algo de su dignidad, que nos la estábamos llevando con los vagones de mineral que se extraían continuamente de aquel inmenso agujero que tanto me había impresionado.

Después de Sevilla recalamos en Córdoba. Me pareció una ciudad bellísima, pero también con una acentuada diferencia de clases. Era un lugar silencioso, sin el bullicio de Sevilla. Por la tarde, cuando el calor septembrino aflojó, estuvimos paseando por el dédalo de callejas que se extendían a ambos lados de la antigua mezquita que visitamos a mediodía. Sus típicas tabernas, sus palacios cerrados –aunque dentro de ellos vivía gente- sus plazas recoletas, el lento fluir del río que por causa del estiaje llevaba poco agua, todo contribuía a la sensación de que allí se vivía en otra época, un poco de espaldas a la civilización moderna.

Había leído que aquella ciudad fue en los siglos medievales una gran metrópoli, la capital de la parte de España controlada por los moros, con una población que hacían de ella posiblemente la mayor ciudad de la Europa de entonces; el mismo tamaño de la mezquita y de su patio de abluciones era una prueba de las dimensiones que tuvo que tener aquella ciudad mil años antes.

De Córdoba pasamos a Madrid, un viaje largo, aunque gran parte del camino se hacía por terreno llano. Yo estaba deseando ver Madrid. En mi grupo de amigos nadie, salvo Jesús la había visto, aunque teníamos un plano de sus calles y un libro de don Adolfo con los principales monumentos. La verdad es que la entrada en la capital me decepcionó bastante: barrios pobres, con viviendas de mala calidad, pisos monótonos, todo ello en un paisaje yesoso y bastante seco que contrastaba con el verdor de Aranjuez, a orillas del Tajo, por donde tuvimos que pasar necesariamente. Luego, a partir de la estación de Atocha, la imagen de la ciudad mejoraba notoriamente y se veían viviendas de buena calidad, paseos arbolados, calles anchas llenas de gente y un comercio bastante importante. Nos quedamos en un hotel sin muchas pretensiones de la calle de Alcalá, no lejos de la conocida Puerta del Sol. En Madrid estuvimos tres días, aunque uno de ellos lo destinamos a visitar Toledo, ciudad que me maravilló por su extraordinaria acumulación de monumentos de distintos estilos, aunque por culpa de sus numerosas cuestas terminamos cansados, especialmente nuestro padre, al que Tony y yo dejábamos atrás resoplando cada dos por tres. Indudablemente la vejez es mala cosa – pensaba yo-, por más que mi progenitor no hubiera cumplido todavía los cincuenta. Él, desde su experiencia clínica, decía que el hombre está programado para vivir unos cuarenta años, y la mujer algo más, alrededor de cincuenta.

–Eso no se lo dirás a tus enfermos- le decía yo en tono burlón-, si no seguro que salen huyendo en cuanto te vean.

En Toledo destacaba la enorme mole del Alcázar, que acogía en su seno las instalaciones de la Academia de Infantería; también había una fábrica de municiones en la parte más llana. En la ciudad abundaban los militares y los clérigos, estamentos que no habían visto con buenos ojos las actividades de la joven República, a la que acusaban de sectarismo. El año anterior se habían aprobado normas para limitar la actividad de la Iglesia católica en el campo de la enseñanza, e incluso se habían expulsado a los jesuitas, que constituían la orden religiosa más influyente, y cuyos colegios estaban bastante bien equipados. En ellos estudiaban preferentemente los hijos de los aristócratas y de la burguesía; la misión de aquellos colegios ahora clausurados era la de formar a las élites que en un futuro debían regir los destinos del país. En contraposición, algunas organizaciones civiles, como la Institución Libre de Enseñanza, creada a fines del siglo anterior, se habían propuesto desarrollar una función similar, aunque más orientada a la pequeña burguesía y desde una perspectiva laica. Algunos de los dirigentes de la República procedían de dicha Institución o habían tenido algún tipo de relación con ella.

En Madrid hicimos una vida de turistas, visitando preferentemente los museos y el Palacio Real, que ya no se llamaba así, sino que había sido rebautizado como Palacio Nacional. Yo estuve palpando el ambiente, pero en tan poco tiempo era difícil hacerse una idea siquiera aproximada de la situación. En Madrid abundaban los cafés, donde se reunían por la tarde numerosas tertulias literarias, cada una de las cuales tenía un local fijo y una serie de mesas reservadas. La abundancia de estos establecimientos, al decir de un colega de mi padre que ejercía en la capital y atendía preferentemente a la colonia de ingleses que se

movían por allí, y que principalmente eran directivos o delegados de compañías industriales o gente vinculada a medios financieros, era debida -según él- a que las casas eran poco acogedoras, y los *paterfamiliae* se habían acostumbrado a reunirse en aquellos establecimientos, en los que se movía una turba de bohemios de diverso pelaje y, cuando comenzara el curso en octubre, de estudiantes poco aficionados a hincar los codos. Yo no conocía París, y me imaginaba que en la capital francesa también ocurriría algo parecido, no en balde muchos movimientos vanguardistas en literatura y en arte habían surgido a partir de los ambientes bohemios parisinos. Globalmente, siguiendo la tendencia a sacar conclusiones generales, me dio la impresión de que la República se estaba consolidando poco a poco, y tras unos comienzos algo extremistas y prerrevolucionarios parecía que iba haciéndose más moderada. Luego los acontecimientos desmentirían mis ideas de entonces.

Durante los días siguientes hicimos un recorrido por la submeseta norte, visitando diversas capitales de provincia: Salamanca, Avila, Segovia, Valladolid y Burgos, y algunas otras poblaciones importantes. En general -y eso se notaba claramente- la influencia católica era allí importante, se trataba en su mayoría de ciudades no muy grandes, con escasa industria, que ejercían de centros administrativos, culturales y de servicios. Me gustó mucho Salamanca, especialmente la vista de la ciudad desde la orilla opuesta del río Tormes, que salvaba un puente romano; vimos desde aquel lugar el atardecer, que hacía cambiar el dorado de las piedras de sus iglesias y de los diversos *colleges* de su Universidad, que al parecer era la más antigua de España, aunque estaba en una clara decadencia. El sol descendía por el oeste y sus rayos oblicuos escribían una sinfonía de colores dorados y ocres alternados con las zonas de sombra. Todavía no había comenzado el

curso y suponía que cuando llegaran los estudiantes sus calles y su magnífica plaza porticada se animarían de forma manifiesta.

La siguiente escala fue Bilbao, una ciudad situada en una de las regiones más industrializadas del país, a poca distancia del mar, unida a éste por una ría que se iba ensanchando a medida que se acercaba a la desembocadura. Nos contaron que en la ciudad vivía gran parte de la burguesía del País Vasco, burguesía liberal vinculada a las actividades industriales y financieras, pero en el interior la población era más conservadora y muchos de los campesinos hablaban un idioma muy antiguo, el vascuence, fragmentado en varios dialectos. Leí algún texto escrito en ese idioma y pude comprobar que no se parecía en nada a los otros de los que yo tenía alguna noción, como el alemán o el francés.

-Es un idioma anterior al latín que trajeron los romanos, una reliquia histórica- me informó mi padre.

Bilbao era una ciudad moderna, con calles que se cortaban en ángulo recto, salvo la parte más antigua. Se notaba que era una urbe rica y activa, que desde el siglo anterior había tenido muchas relaciones con Inglaterra: ellos nos vendían su excelente mineral de hierro y nosotros, en los buques que volvían de Inglaterra a cargar el mineral le traíamos carbón, que a pesar de las trabas aduanera tenía unos precios competitivos al decir de los entendidos. Ese intercambio había favorecido a la industria siderúrgica vasca. Vimos los altos hornos que estaban instalados junto a la ría, en una población llamada Baracaldo, muy ennegrecida por los humos industriales, y que según mi padre recordaba a determinadas zonas de Gales y de las Midlands.

-En el fondo todas las ciudades que tengan este tipo de instalaciones deben parecerse- le dije a mi hermano Tony con aire doctoral.

Nos contaron que en el País Vasco existía un partido nacionalista cuyos objetivos no estaban muy claros, pero que evidentemente buscaban una cierta autonomía con respecto al poder central, al igual que ocurría en Cataluña.

Y hacia Cataluña nos dirigimos, tras visitar San Sebastián (una ciudad moderna pero especialmente bella, fundida con el paisaje de su bahía y su playa de finas arenas) y Zaragoza, nudo de comunicaciones, con algunas industrias e importante centro administrativo. A Barcelona, la capital de Cataluña, llegamos tras dos días de viajes y paradas, alojándonos en el hotel Falcón, en el animado paseo de la Ramblas. La ciudad se extiende entre el mar y una montaña llamada el Tibidabo. Desde que llegamos a ella notamos claramente su carácter industrial; las instalaciones fabriles se prolongaban hacia las poblaciones cercanas. En su mayor parte eran fábricas textiles y también de productos químicos; la burguesía vivía fundamentalmente en una zona moderna de estructura cuadrículada, que llamaban el Ensanche, y también en algunos barrios recoletos de la falda del Tibidabo, mientras que el proletariado se apiñaba en los barrios próximos al mar y en los pueblos del extrarradio, como Hospitalet. Y así como en Madrid eran los socialistas los que contaban con mayor implantación entre los obreros, en Barcelona en cambio eran los anarquistas los que tenían mayor fuerza. Según mi padre en ninguna otra ciudad europea había tantos anarquistas y tan bien organizados, aunque al parecer también existían divisiones entre los moderados y los que abogaban por la acción armada, bien en forma de revolución o de terrorismo; estos últimos constituían una asociación denominada Federación Anarquista Ibérica, conocida por sus siglas, FAI. Los anarquistas tenían un sindicato, la CNT, Confederación Nacional del Trabajo, mientras que los socialistas tenían otro, la UGT, Unión General de Trabajadores, sindicatos que en muchas ocasiones estaban bastante

enfrentados. Mi padre comprendía a los socialistas, a los que en cierto modo asociaba con los más moderados laboristas británicos, pero no entendía el anarquismo y sus ideas sobre la supresión del Estado y la autoorganización libre de la sociedad.

-Al final pasará lo mismo –decía- los fuertes se impondrán a los débiles y tras derramarse mucha sangre se volverá al punto de partida.

En Barcelona oí hablar por primera vez en catalán, un idioma que desconocía, pero que no resultaba difícil de entender si lo hablaban despacio, y también era de fácil lectura, salvo algunas palabras concretas. Nos contaron que la ciudad había sido testigo de numerosas revueltas sociales en el primer cuarto de siglo; frente a los sindicatos anarquistas, los patronos habían organizado con la connivencia de las autoridades unos antisindicatos, y la violencia se hizo endémica, con muertes de patronos y obreros en una espiral de odio que parecía no tener fin, y que terminó cuando el general Primo de Rivera ocupó el poder. Pero ahora, de nuevo, el ambiente estaba crispado y además a las luchas sociales se unía un creciente nacionalismo.

Después de permanecer varios días en Barcelona y hacer una breve excursión a la llamada Costa Brava, situada al norte de la ciudad, bajamos hasta Valencia, ciudad que me pareció muy hermosa, rodeada de una huerta feraz y bien regada. El carácter agrícola de aquel lugar, la existencia de un numeroso conjunto de pequeños y medianos propietarios rurales, hacían de ella una ciudad notoriamente más tranquila que Barcelona. Allí no había habido grandes trastornos sociales y la vida discurría agradablemente, con un clima parecido al de Andalucía.

Desde Valencia retomamos hacia el sur, pasando por Granada, ciudad pequeña y en decadencia, dominada por un palacio árabe que me pareció maravilloso, y que había visto reproducido muchas veces en los

libros de arte: la Alhambra. La ciudad se encontraba al fondo de una vega fértil que regaba el Genil, y tenía un carácter básicamente agrícola y administrativo. Cuando salimos de Granada le dije a mi padre que al pasar por Málaga nos llegaríamos a casa de los Townshend; no pareció muy convencido, aunque al final accedió a efectuar una breve visita de cumplido. Mi decepción fue grande cuando el jardinero que trabajaba en esos momentos en el exterior de la casa nos dijo que el matrimonio y María Luisa habían ido a un pueblo situado al este, Vélez, donde ese día inauguraban unas reformas en la estación de ferrocarril, en el cual trabajaba el señor Townshend.

-Lo siento Kevin' –me dijo Tony, que ya sabía de mis relaciones con María Luisa.

En realidad yo creo que las conocía desde bastante tiempo atrás, y aunque yo tomaba precauciones pensaba que muy posiblemente mi astuto hermano había leído muchas veces nuestra correspondencia.

Volví pues a la rutina del colegio, en el que ya estaba en el último curso. Mi grupo de amigos experimentó unas pérdidas importantes. Luís Serrano se fue a Madrid porque su padre había conseguido una plaza mejor en el mismo Ministerio de Hacienda. Jesús Hernández y Pepe Santamaría se fueron a estudiar a Sevilla, uno para abogado y otro para médico. Sólo quedaron Paco y Jim. La ausencia de mis amigos me hizo refugiarme en la lectura de libros, tanto ingleses como españoles, y además me puse a redactar mi obra sobre España, para lo cual tuve que documentarme a fondo y discutir muchas cosas con Paco, con lo que subliminalmente bastantes de sus ideas marxistas fueron pasando a las páginas, por más que yo pretendiera mantener una posición ecléctica. Deseaba –y creo humildemente que lo conseguí- darle un enfoque centrado en la situación económica y social, donde saliera a relucir el carácter agrario del país, salvo algunos oasis industriales, así como la

mala distribución de las propiedades agrícolas en el sur, los nacionalismos que afloraban precisamente en las regiones más ricas y que –en mi opinión- lo que pretendían en el fondo era zafarse de su contribución al resto de España, aunque por otra parte era precisamente en ese resto de España donde vendían la mayor parte de sus productos. También traté de la situación de la clase obrera, de las deficientes ayudas sociales, de las marcadas diferencias económicas entre los burgueses y los proletarios, de la debilidad de la clase media, de la influencia –aunque en retroceso- de la Iglesia y los militares, y de otras cuestiones relacionadas. Mi impresión era que si la sociedad española se seguía politizando y fragmentando y la situación económica no mejoraba o iba a peor, podían ocurrir fuertes convulsiones sociales en el país en los próximos años. Algo en lo que el tiempo me daría la razón.

Un día, a comienzos de febrero de 1933, mi padre llegó con un ejemplar del *Times* donde se daba cuenta del acceso de Adolfo Hitler al puesto de canciller en Alemania. No era la primera vez que oíamos hablar de ese político germano de bigote recortado y ojos penetrantes. Sabíamos además que practicaba un nacionalismo demagógico. Yo no le di más importancia, porque en Alemania, a causa de la crisis económica, los gobiernos se sucedían uno tras otro, pero mi padre consideró que era algo preocupante, y sus temores se vieron confirmados cuando en los meses siguientes Alemania fue derivando hacia una dictadura de corte fascista. Mi padre opinaba que los gobernantes que obligaron a firmar a los alemanes el tratado de Versalles después de la guerra europea habían sido cortos de miras, segregando importantes territorios a Alemania e incluso separando la parte oriental de Prusia para darle una salida al mar a Polonia. Eso, en su opinión, exacerbó el nacionalismo en el país y su fruto había sido Hitler, un hombre sin pasado, surgido de las cloacas de Viena, según decían algunos, pero que era un orador

fantástico que ejercía un poder hipnótico sobre las masas. La idea de mi padre de que la guerra de 1914 a 1918 iba a ser la última guerra importante comenzó a derrumbarse y su visión sobre el futuro de Europa se hizo más pesimista.

Al margen de aquellos hechos, mi padre recibió la buena noticia de que le habían concedido una plaza en St. Mary. Su amigo Fleming le envió un telegrama que llegó mucho antes que la notificación oficial. Tenía que incorporarse pronto, por lo que él y mi madre decidieron que Tony y yo permaneciéramos en Gibraltar hasta finalizar el curso, y el grueso de la familia se marchara enseguida. Como no parecía oportuno que mi hermano y yo nos quedáramos solos en la casa de San Roque, nuestros padres nos buscaron alojamiento en una pensión que poseía una familia de Gibraltar, de origen italo-judío, los Caffaroli; éstos habían destinado un ala de su casa a esta actividad; la pensión tenía media docena de habitaciones, donde se alojaban habitualmente funcionarios británicos. Allí nos quedamos a partir del 29 de marzo, día en que nuestra familia y su voluminoso equipaje partieron en barco para Southampton, con gran contento de mi madre, que después de ocho años seguía sin hablar español, aunque todos los demás miembros de la familia lo habíamos aprendido perfectamente.

9

Tony y yo experimentamos una egoísta sensación de libertad al quedar solos. Mi hermano tenía dieciséis años, y se había convertido en un muchacho espigado y con un claro sentido del humor, siempre estaba riéndose y le gustaba tontear con las chicas. Vivíamos en una habitación amplia con vistas al puerto –algo que allí es bastante apreciado-, almorzábamos en el colegio y luego cenábamos en la pensión, por lo general comida italiana con abundancia de pastas. Mi padre me había encargado que administrara el dinero que mensualmente nos enviaba a través de un banco y que tuviera cuidado con mi hermano, al que consideraba poco maduro todavía. La verdad es que no sé si el inmaduro era Tony o yo, el caso es que mi hermano me convenció, y yo me dejé convencer, para buscarnos una prostituta joven y de buen ver para desfogarnos, aunque no teníamos muchos recursos económicos, por lo que sin grandes problemas de conciencia comenzamos a realizar un pequeño contrabando de tabaco, artículos de cosmética y otros géneros

de poco valor entre Gibraltar y La Línea, con lo cual conseguimos un dinero del que no teníamos que dar cuenta a nuestro padre, que por otra parte no hubiera aprobado nuestra ilícita actividad. Por fin, un viernes nos fuimos a una mancebía de Algeciras, donde al principio no nos querían dejar entrar. Convencimos a la encargada pagándole generosamente por adelantado y nos presentó a una chica joven, de veintipocos años, llamada Rocio, que nos subió a los dos a su habitación (no podía dejar sólo a Tony, mi padre me había confiado su custodia) y en poco tiempo nos hizo perder nuestra virginidad, si este término es aplicable al sexo masculino.

-Te habrás quedado tranquilo Tony.

-Me ha gustado tanto que pienso repetir todas las veces que pueda, Kevin.

La desenvoltura de mi hermano en aquel lance me hizo sospechar que no era la primera vez que tenía relaciones sexuales, y acosado por mi preguntas me confesó que con algunos compañeros de colegio había ido en un par de ocasiones a una casa de mujeres de la Roca. El caso es que volvimos varias veces con Rocío gracias a nuestro dinero obtenido irregularmente. La chica se hizo amiga nuestra y más de una noche terminamos invitándola a cenar pescado frito y cerveza barata por los bares del puerto de Algeciras, donde nuestra amiga era seguida por las miradas lujuriosas de los marineros. Mi hermano tenía una sexualidad insaciable, cuando subíamos a la habitación el comenzaba primero y yo me quedaba en una butaca viendo como se desnudaban y empezaban el numerito, en el que utilizaban diferentes posturas. Después me tocaba el turno a mi, mientras Tony se reponía al lado nuestro, y luego el terminaba con un nuevo y prolongado asalto. Rocío me dijo que mi hermano era un calentón y que en cambio yo era más tranquilo. Afortunadamente mi padre no llegó a saber nada, en él aleteaba aún una

moral victoriana que no hubiera aprobado aquellas actividades, y menos todavía en el caso de Tony, que era un adolescente.

A mi, por otra parte, las aventuras con Rocío me daban un poco de remordimiento, parecía que estaba haciéndole algo ofensivo a María Luisa, aunque la imagen de ella era algo que no sólo tenía connotaciones sexuales, sino también espirituales; María Luisa era otra cosa. Quizás para desagraviarla mentalmente –aunque en mis cartas había tenido buen cuidado de no hablarle para nada de nuestros escarceos sexuales con Rocio- planeé llegarnos hasta Málaga para hacerle una visita. Le escribí para asegurarme de su presencia y un viernes de finales de mayo nos fuimos en autobús hasta la ciudad de mi amada. El señor Townshend nos dijo que nos quedáramos en su casa, aunque nuestra intención había sido alojarnos en una fonda. Aleccioné a Tony para que procurara dejarme solo con María Luisa el mayor tiempo posible, cosa que, buen chico, cumplió a rajatabla. Sin embargo, mi futura suegra no nos perdió mucho de vista, seguramente pensó que yo no le convenía a su hija, un jovencuelo de clase media baja, con porvenir incierto, que además tenía que irse a estudiar a Inglaterra, donde ya estaba su familia. Sus miras estaban en casar a María Luisa con un chico de la burguesía malagueña. Recuerdo que durante una cena nos estuvo hablando de los amigos de María Luisa que vivían por aquel barrio y por la Caleta, no se si lo hizo por desanimarme –hoy pienso que sí- , mientras María Luisa me guiñaba un ojo y rozaba sus piernas con las mías por debajo de la mesa, excitándome. El señor Townshend era más tolerante, pero no quería que su única hija se distanciara mucho de ellos al casarse, quizás por eso en una ocasión me preguntó si me gustaría trabajar por allí cuando terminara la carrera. Él tenía muchas relaciones con los directores de las fábricas químicas de la ciudad, y un titulado por el *Imperial College* seguramente sería bien recibido. A mí la idea me

pareció estupenda, y me atreví a decirle que fuera ya buscándome un sitio, porque pensaba –iluso- terminar la carrera enseguida.

María Luisa me contó en un rato que conseguimos zafarnos del control de su madre que les había dicho a sus progenitores que ambos estábamos enamorados, y que ellos le habían respondido que todavía éramos muy jóvenes, y que debíamos esperar un poco antes de decidirnos. Ella les replicó que ya lo habíamos decidido y que su madre entonces se enfadó y le pidió que lo pensara con más tranquilidad. Pienso que lo que esperaba era que al marcharme yo a Londres nuestro fuego amoroso se iría extinguiendo irremisiblemente y podría sustituirme por un mejor partido para su hija; el tiempo corría en contra mía, a no ser que consiguiera volver pronto, algo que no era muy fácil. Podía renunciar a estudiar, podía quedarme allí, buscarme un trabajo en Málaga, pero yo no tenía ninguna carrera ni oficio, y no quería depender de la colocación que me pudiera buscar en su compañía el señor Townshend. No quería depender demasiado de mi futuro suegro. Estaba decidido: estudiaría en Londres y vendría luego a casarme con ella, que me había jurado fidelidad.

Nos volvimos a Gibraltar, yo algo triste y mi hermano impaciente por acostarse de nuevo con Rocío.

-Eres un obseso sexual Tony.

-Y tú un tonto que te crees que María Luisa te va a estar esperando toda la vida.

-Te voy a partir la boca.

-Atrévete.

-Bueno, no te hagas el gallito, no olvides que papá me ha confiado tu custodia para que te lleve por el buen sendero. ‘

-A mi déjame de senderos, yo lo que quiero es coger a la Rocío todo el día y sin compartirla contigo,

- No te puedo dejar sólo porque se lo he prometido a papá.
- Me tienes harto, tu no eres mi niñera.
- O te portas bien o mañana te empaqueto para Inglaterra.
- Bueno, tampoco hay que ponerse así, tu también te acuestas con Rocío pero luego te callas y no se lo dices a tu novia..

Los Caffaroli, propietarios de la pensión, eran una familia numerosa, el matrimonio frisaba los setenta años y tenían muchos hijos, en su mayoría comerciantes, repartidos por Italia, Ceuta y Gibraltar. Ellos nos dieron información sobre la evolución de la Alemania nazi y la persecución iniciada por Hitler contra los judíos, aunque pensaban que sería un *progrom* breve, no concebían que en un país tan desarrollado y culto como Alemania pudieran tomar en serio las ideas de aquel loco. Yo les argumentaba que aunque Hitler estuviera un poco chiflado, las medidas que tomaba parecían no encontrar oposición, lo que indicaba que bastantes alemanes compartían sus mismos pensamientos. De todas formas ellos se sentían seguro allí, bajo la protección de Gran Bretaña y de los cañones de su *Royal Navy*, Hitler quedaba lejos y Alemania estaba militarmente muy debilitada tras la guerra y las ingentes reparaciones materiales que habían tenido que pagar a los aliados.

Uno de los hijos de los Caffaroli, Andrea, me prestó un libro que Hitler había publicado hacía tiempo, a mediados de los años veinte y que se titulaba *Mi lucha* (o *Mein Kampf* en su versión original). Me dijo que él lo había hojeado y que le parecía un rollo demencial. Yo lo leí en pocos días, y la primera impresión que saqué es que el tal Hitler era un tío algo chiflado, pero con unas pocas ideas muy claras, aunque delirantes, y que además estaba muy seguro de ellas, por más que muchas de sus afirmaciones fueran de difícil comprobación. Quitando lo que había de autoglorificación personal en el libro, en el que se notaba su egocentrismo patológico mientras contaba su vida presuntamente dura y

llena de sacrificios, en la parte propiamente doctrinal había dos ideas obsesivas: los judíos, a los que consideraba dañinos para Alemania y que debían ser por ello apartados de la vida pública (años después los apartaría no sólo de la vida pública, sino de la vida en su totalidad) y la ampliación del territorio alemán hacia el este europeo, en busca del *lebensraum*, del espacio vital, del echarse para allá que aquí ya no cabemos. Era obvio que si pretendía llevar a cabo esas ideas desde su puesto de dictador de Alemania –ya lo era, a base de votaciones amañadas, leyes injustas, campos de concentración y violencia sin freno– la futura guerra europea estaba servida a la vuelta de pocos años. Y los judíos de Alemania y aquellos otros de los países que tendría que conquistar para conseguir a la fuerza el tan traído y llevado *lebensraum* lo iban a pasar bastante mal, aunque yo pensaba que en todo caso dejaría que se fueran a otros lugares. ¿Se enfrentarían mi país y Francia nuevamente con los alemanes para defender a las naciones del este europeo?. Posiblemente, si la vieja doctrina del equilibrio continental seguía aún vigente, cosa que ignoraba. Y hasta llegué a pensar que si entrábamos en guerra me apuntaría a la aviación, a la RAF, que me parecía mejor destino que el de la infantería y las trincheras.

El curso en nuestro colegio fue llegando a su fin, y mi padre comenzó a apremiarnos para que regresáramos. Mi familia vivía ahora en una vivienda en la zona de Kensington. Ni Tony ni yo teníamos ganas de volver tan pronto. Llegamos a plantearnos la posibilidad de “desertar” y quedarnos en Gibraltar viviendo de nuestro pequeño contrabando, pero mi padre podía hacer gestiones para que nos repatriaran, y además le íbamos a dar un disgusto serio que no se merecía. Quedamos al final en enviar el grueso de nuestro equipaje por una compañía de transporte naval y nosotros dos hacer el viaje por tierra a través de Francia.

Los últimos días en Gibraltar y su entorno los aprovechamos a tope, con un frenesí desmadrado. Recuerdo que estuvimos casi un día entero con Rocío en su habitación y que incluso allí mismo comimos. La chica nos despidió llorando: indudablemente se había encariñado con nosotros, jovenzuelos alocados y llenos de fogosidad sexual. Luego estuvimos haciendo una última excursión a la playa de las Urcas con mis amigos –salvo Luís, que ya estaba en Madrid-, a la que se agregó también Tony. En cierto modo estábamos despidiendo una época inolvidable e irreplicable para nosotros, y tras nuestra fachada de alegría y alocamiento teníamos el regusto amargo de las cosas que se sabe que nunca volverán, la idea de que algo se extinguía en nuestro entorno y tal vez dentro de nosotros mismos.

El viaje fue una larga odisea. Primero cogimos el tren correo de Algeciras a Madrid, que tardó casi veinticuatro horas porque paró en todas las estaciones, no nos podíamos imaginar que hubiera tantas en un trayecto de cuatrocientas millas. Llegamos a Madrid molidos y nos quedamos un par de días en una pensión de medio pelo de la calle de Leganitos, que tenía un cierto aire de casa de citas. Después cogimos el expreso de Madrid a Hendaya, en la frontera de Francia; allí tuvimos que transbordar a un tren francés, porque el ancho de vía español es diferente, algo superior, al europeo. A los montes Pirineos que separan España de Francia los españoles le habían añadido además unos Pirineos ferroviarios por culpa del distinto ancho de vía.

A partir de Hendaya el viaje fue más rápido, y un amanecer llegamos a la estación parisina de Austerlitz. Nuestra idea era tirarnos una semana en París, pero nuestras finanzas habían entrado en un declive insalvable y sólo estuvimos tres días, aunque la verdad es que los vivimos a tope, andando distancias increíbles y utilizando el metro o el autobús en contadas ocasiones. París me gustó mucho, aunque sus

edificios estaban casi todos construidos siguiendo el típico patrón de las casas con buhardillas. Me pareció una ciudad espectacular en sus anchas avenidas y bulevares. El dueño de la pensión donde nos quedamos, un excombatiente, nos dijo que en Francia había una cierta preocupación con Hitler y sus intenciones, que había denunciado las para él supuestas injusticias del tratado de Versalles. En Francia dominaba –según nos dijo- un espíritu defensivo ante un posible ataque alemán, por más que en aquel momento el ejército francés era muy superior a la escasas fuerzas alemanas, atadas por las limitaciones de los tratados, aunque se rumoreaba que los germanos se estaban rearmando en secreto desde hacía tiempo. Gran Bretaña se había retraído de los asuntos europeos –decía- después de las pérdidas humanas y materiales de la guerra de 1914, y se había volcado preferentemente en la conservación de su Imperio.

Al margen de aquellos asuntos políticos, nuestra estancia en París fue más bien la de vulgares turistas de mochila: visitas a monumentos y a museos, viaje fugaz a Versalles, subida a la torre Eiffel y poco más. En Francia el coste de la vida era bastante más alto que en el sur de España y nuestros planes de divertimento erótico tuvieron que suspenderse; con nuestros recursos sólo podíamos masturbarnos, y después de trotar todo el día por las calles con el calor pegajoso del verano parisiense y comer frugalmente en restaurantes cochambrosos no teníamos ningún tipo de pensamientos libidinosos que extraer de la mente.

Por fin iniciamos –era ya fines de julio- el último tramo de nuestro viaje: tren desde la gare du Nord a Calais, barco de Calais a Dover y por último tren de Dover a la estación Victoria de Londres, donde nuestra familia en pleno nos esperaba. Habíamos estado fuera ocho años y volvíamos a casa, aunque ahora ésta se encontraba en un barrio de Londres y no en una aldea del condado de Kent. Indudablemente,

nosotros, los que salimos de allí en 1925 siendo niños ya no éramos los mismos, éramos muy diferentes. La experiencia española nos había marcados profundamente, salvo a mi madre, que al llegar a Southampton se sacudió, según nos contó mi padre. el polvo de los zapatos. Nunca llegué a comprender porqué aquellos ocho años fueron para ella una especie de pesadilla tranquila de la que siempre se estuvo quejando.

INTERLUDIO (1933- 1935)

Kevin Hayward llegó, junto con su hermano, el 30 de julio de 1933 a la casa que sus padres habían alquilado en el barrio de Kensington, no lejos de Holland Park, una de las mejores zonas de Londres. En septiembre comenzó sus estudios en el Imperial College, donde destacó pronto entre sus compañeros. En los ratos libres trabajó como traductor en una entidad bancaria de la City que tenía sucursales en Latinoamérica, era un trabajo sin horarios fijos y que estaba bien pagado. Siguió manteniendo una intensa correspondencia con María Luisa y aunque hasta entonces había tenido poco entusiasmo por la política, fue siguiendo con atención el desarrollo de los acontecimientos en España; aunque en la prensa británica las noticias aparecían de forma fragmentaria. María Luisa le remitía con frecuencia recortes de periódicos españoles, por lo general procuraba enviarle tanto de la prensa de derechas como de izquierdas, para que así pudiera hacerse una idea más completa de los acontecimientos.

En el verano de 1934, en el mes de julio, Kevin marchó a Alemania, con otros dos compañeros del Imperial College, para trabajar durante

mes y medio en la Universidad de Berlín. Llegó pocos días después de la llamada “noche de los cuchillos largos”, cuando Hitler aniquiló al ala más revolucionaria de su partido. Su experiencia en Alemania fue breve pero intensa y recorrió las ciudades más importantes ¿Había sido reclutado por los servicios secretos británicos?. En sus documentos no aparece nada que permita asegurarlo, salvo un detalle curioso: cuando le escribía a María Luisa le enviaba la carta a su hermano Tony, que remitía a continuación el sobre a Málaga. Su hija no ha sabido encontrar una explicación a este proceder. Kevin era muy joven, tenía diecinueve años en aquel momento, aunque manifestaba un alto grado de madurez. Su estancia en Berlín sería posiblemente la de un joven estudiante con ganas de trabajar en un prestigioso laboratorio químico. En general, la Alemania nacionalsocialista estuvo bastante abierta a los extranjeros – siempre que no fueran judíos- hasta que estalló la guerra en 1939. Kevin comprobó que Hitler tenía muchos partidarios fervorosos en todos los sectores, incluidos los medios obreros; estos partidarios, quizás el grueso de la población alemana, eran los que sostenían su implacable dictadura.

Observó asimismo las limitaciones crecientes a la actividad de los judíos, muchos de los cuales habían comenzado a abandonar el país. Y comprobó que ya funcionaban varios campos de concentración para los disidentes políticos: Oraniemburg y Sachsenhausen cerca de Berlín y Dachau en las afueras de Munich. Por el contrario, halló a la ciencia alemana en un estado de gran vitalidad, con figuras eminentes en el campo de la química, que no habían sido molestados por mantenerse al margen de la política; evidentemente, el régimen los necesitaba.

También observó, según consta en algunos de los documentos sueltos que conserva su hija Mary, que Alemania se estaba rearmando un poco de tapadillo. Sabido es que el tratado de Versalles, que tantos conflictos crearía, limitaba los efectivos militares y navales de Alemania,

e incluso le prohibía tener aviación de combate. Pero en aquella época proliferaban por todo el país sociedades aeronáuticas que entrenaban a sus socios con avionetas y planeadores, a fin de formar pilotos para la futura Luftwaffe. Por otra parte, el programa económico de Hitler, basado en grandes inversiones estatales – un poco como el New Deal de Roosevelt- destinadas a la construcción de una red de autopistas y al fomento de la industria pesada y de armamento se desarrollaba a marchas forzadas. Como consecuencia, el paro había disminuido espectacularmente, y el apoyo de las masas a Hitler era bastante grande. También en esas fechas, y coincidiendo con la muerte del presidente Hindenburg, Hitler obligó a los militares a prestar un juramento de fidelidad a su persona, no a Alemania –lo cual se suponía- sino a él mismo, al antiguo cabo de la guerra europea.

Kevin regresó de Alemania bastante impresionado. Se había dado cuenta del peligro potencial que representaba el régimen nazi, que había ido arrinconando las ideas liberales que en el último siglo y medio se habían extendido por Europa, sustituyéndolas por un sistema despótico y arbitrario; si eso hubiera ocurrido en un país pequeño y atrasado de los Balcanes el hecho no hubiera tenido mayor trascendencia, pero Alemania era una gran nación industrial, con un importante desarrollo tecnológico, que podía organizar en pocos años un ejército poderoso equipado con medios mecanizados y dotado de una poderosa fuerza aérea. Y aquello si representaba una amenaza clara. Pero esa impresión que le produjo el nazismo no le acercó, al parecer, a las ideas comunistas. Era una persona liberal, y temía tanto a los nazis como a los soviéticos. A la vuelta de aquel viaje se planteó seriamente qué podía hacer él, un jovenzuelo inteligente, por defender a su país y a los ideales de libertad y democracia que éste, a sus ojos, representaba. Y a partir de ese momento su patriotismo reflexivo y consciente se puso en marcha, y

en la medida de sus fuerzas se ofreció para poner su grano de arena en la lucha que él veía dibujarse en el horizonte. Algo que la gran mayoría de sus compatriotas y una parte importante de la clase política no percibió con la antelación suficiente.

1934: EL ROSTRO DE ESPAÑA (fragmentos)

Traducción de la obra original “THE CURRENT FACE OF SPAIN”, de Kevin Hayward, publicada por Johnson&Smith and Sons, Londres, 1935

por

Guillermo Acosta Martínez, profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Madrid

“The current face of Spain” fue una obra escrita a fines de 1934, y vio la luz en febrero o marzo de 1935. Es un libro pequeño, de 124 páginas, en la que se incluyen algunas fotografías y diversas tablas con datos estadísticos. Se exponen aquí solamente algunos fragmentos en los que se muestra la clarividencia del joven Hayward sobre la situación real de España (nota del traductor)

Lo primero que llama la atención de todo aquel que se detenga un poco a estudiar la situación política de España es la enorme fragmentación que existe en este campo, en el que coexisten un elevado número de partidos. Así, dentro de lo que pudiéramos llamar la derechas, hay al menos doce organizaciones; cinco pueden considerarse de tendencia pro-republicana: el Partido Radical, la Derecha Liberal, el Partido Agrario, el Partido Liberal Demócrata y la CEDA (Confederación

Española de Derechas Autónomas), que es el más fuerte; a éstos hay que unir la autonomista Lliga Regional de Cataluña, tres partidos monárquicos (Renovación Española, Acción Española y Comunión Tradicionalista), y otros tres de carácter más o menos fascista: el Partido Nacionalista Español, las JONS (Juntas Ofensivas Nacional Sindicalista) y Falange Española. Por parte de la izquierda hay al menos once partidos: tres de ellos (Izquierda Republicana, Partido Radical Socialista y Unión Republicana) son republicanos moderados; luego hay tres partidos autonomistas: Ezquerra Catalana, Partido Nacionalista Vasco (PNV) y Organización Regional Gallega Autonomista (ORGA), aunque muchos consideran al PNV un partido de derechas, por estar apoyado por muchos miembros de la burguesía vasca. Luego hay varios de origen claramente proletarios, el más importante de los cuales es el PSOE (Partido Socialista Obrero Español), que controla al poderoso sindicato UGT (Unión General de Trabajadores), aunque hay quien sostiene que es al revés, que es la UGT la que controla al partido; a mucha distancia le sigue el Partido Comunista de España (PCE), el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) de tendencia trotskista, y el Partido Sindicalista; a éstos habría que añadir la anarquista CNT (Confederación Nacional de Trabajadores), que es más bien un sindicato que habitualmente no suele intervenir en la política convencional; dentro de la CNT existe una facción muy extremista, bastante arraigada en Cataluña, que es la FAI (Federación Anarquista Ibérica). Esta enorme proliferación de partidos políticos es una de las causas de la inestabilidad de los gobiernos, siempre pendientes de pactos y componendas; entre abril de 1931 y septiembre de 1934 se han sucedido nueve gobiernos, o sea, la media de duración de éstos ha sido de cuatro meses. Esto dificulta bastante la gestión, tanto más porque cada nuevo gobierno tiene tendencia a modificar lo acordado por el anterior, con lo que de esta

manera pocos proyectos (como los de infraestructura de obras públicas) logran llegar a buen término.

Hay un problema añadido a esta compleja disgregación política: algunos partidos de derecha están en contra de la República como régimen, y aunque participan en la vida política su finalidad última es derribar a la República y volver a reinstaurar la Monarquía, cuyo hundimiento les cogió por sorpresa. Por el contrario, algunos partidos y organizaciones de extrema izquierda, como la CNT, el PCE, el POUM y una parte del PSOE ven a la República como una solución intermedia, no ocultando que su intención final es el establecimiento de la dictadura del proletariado al estilo de la Unión Soviética en el caso de los socialistas y comunistas o una sociedad libertaria en el caso de los anarquistas. Estas posiciones extremas crean un estado de tensión política bastante considerable.

Otro aspecto importante es el grado de politización de la población, que según he tenido ocasión de comprobar personalmente, ha ido incrementándose espectacularmente desde 1931; durante la Dictadura del general Primo de Rivera la despolitización de la sociedad española era manifiesta, pero desde el advenimiento de la República el número de afiliados a partidos y sindicatos no ha dejado de crecer. Y esta politización ha llevado a enfrentamientos absurdos, especialmente en las poblaciones pequeñas y medianas, el que está con unos no puede estar con otros, la neutralidad es bastante difícil. Se percibe una bipolarización manifiesta: o conmigo o contra mí. Pensar en un gobierno de concentración para resolver los problemas más importantes del país es actualmente una utopía.

Hay otros problemas añadidos: el religioso y el militar. La República, especialmente en sus dos primeros años, actuó con poco tacto en sus relaciones con la todavía poderosa Iglesia Católica, permitiendo el

ataque y destrucción de edificios religiosos, dificultando la enseñanza de los colegios católicos y las manifestaciones externas del culto; dado que una gran parte de la población, especialmente de la mitad norte, es profundamente católica, la actuación de las autoridades republicanas ha hecho que la República haya sido vista como una especie de Anticristo al que hay que combatir; seguramente el propósito de los republicanos era hacer de España un estado laico, como puede ser el caso de Francia, pero por lo general han actuado de forma muy precipitada; la fuerte implantación de la Iglesia en las enseñanzas primaria y secundaria y la asunción precipitada por el Estado de este tipo de enseñanzas (curiosamente la influencia de la Iglesia en las universidades es prácticamente nula desde comienzos del siglo XIX) no ha sido capaz de conseguir los objetivos secularizadores. En cuanto al Ejército, casi todos coincidían en la necesidad de su reforma cuando se proclamó la República; la ley que elaboró Azaña entonces era bastante generosa, porque el militar que se quisiera jubilar lo hacía cobrando íntegro sus emolumentos, y a pesar de eso muchos hablaron de que se buscaba destruir a las fuerzas armadas; luego, el golpe de Estado de 1932 ha creado como una fractura entre los militares; por un lado están los africanistas y monárquicos, y por otro –yo creo que son minoritarios– aquellos que acatan la legalidad republicana. Esta división del Ejército, que de entrada puede ser ventajosa para los gobernantes republicanos (“divide y vencerás”) constituye también el germen de una posible guerra civil si se produce una fractura social importante entre derechas e izquierdas, ya que cabe dentro de lo posible que parte del Ejército se alinee con las derechas y otra parte con las izquierdas. Desde el punto de vista de efectivos, las fuerzas más numerosas y preparadas son las tropas coloniales de Marruecos, controlada por los africanistas, y que son también las que disponen de mejor material; la Marina es al parecer

claramente de derechas, al menos en lo que respecta a los jefes y oficiales. Por el contrario, en la Aviación parece que predominan los republicanos. En todo caso, hay que concluir que las autoridades republicanas no han sabido congraciarse tampoco con la gran masa de los militares y tampoco con la Guardia Civil, que tiene carácter militar.

Otro asunto que provoca fricciones entre unos y otros es el autonomismo, que algunos consideran como separatismo; se da preferentemente en las regiones más ricas, como Cataluña y el País Vasco; aunque la excusa es el idioma y las diferentes costumbres (los vascos incluso hablan de diferencias raciales con el resto de los españoles, algo que particularmente considero exagerado), existe una componente económica; estas regiones consideran una carga el tener que sostener con su mayor productividad y desarrollo industrial a las otras regiones, fundamentalmente agrícolas; sin embargo, históricamente el desarrollo de la industria textil y química de Cataluña (la siderometalúrgica se concentra en el País Vasco) ha sido posible por la existencia de un proteccionismo económico, materializado a través de los altos aranceles a los tejidos británicos, que en un mercado libre son mucho más baratos que los catalanes. En consecuencia, se da una paradoja curiosa: los políticos catalanes desprecian al resto de España, la cual sin embargo es el mercado casi exclusivo de los productos de su industria y una fuente de mano de obra barata para sus fábricas. Con el autonomismo los catalanes dan la impresión que quieren aprovecharse de una situación política privilegiada mientras mantienen al resto de España como su coto de caza económico, algo que muchos españoles ven como una actitud egoísta y quizás tengan su parte de razón, siempre que uno se fije exclusivamente en los datos de la economía.

Evidentemente, las ideas de Hayward sobre los nacionalismos periféricos en España eran demasiado simples, y en una visión marxista los reduce a motivaciones económicas, sin tener en cuenta otros aspectos, como los idiomáticos y los culturales.

Después de unas pocas páginas dedicadas al análisis de los principales dirigentes políticos, en la que Kevin valora especialmente a Azaña, Indalecio Prieto y Gil Robles, se adentra en la exposición de la estructura económica de España.

La población española ha experimentado un importante crecimiento en el siglo actual, pasándose de 18,6 millones de habitantes en 1901 a 24,0 millones en 1933, con tasas altas de natalidad y mortalidad, aunque ambos han descendido en los últimos 30 o 35 años; al mismo tiempo ha aumentado la población en las grandes ciudades y ha disminuido la gente que vive en el campo. Pero a pesar de estos cambios, y por lo que se refiere a la ocupación de la población activa (aproximadamente un tercio del total) se observa que casi la mitad trabaja en la agricultura, mientras que sólo un 25 % lo hace en la industria y el resto en servicios, existiendo además una marcada diferencia regional; una gran parte de la población industrial se concentra en Cataluña, en el País Vasco, en Madrid y en Asturias, mientras su presencia es mucho menor en el resto. Además, de los análisis estadísticos se deduce que en España coexisten por un lado una economía industrial más o menos avanzada con una importante producción siderúrgica y textil, con una economía atrasada basada en la agricultura extensiva en muchos lugares, con escasa mecanización, exceso de mano de obra y baja productividad; esta curiosa dualidad ocasiona tensiones, que hacen que el país no se desarrolle con la necesaria velocidad...Pero además la industria española tiene un problema añadido: al ser una actividad protegida

arancelariamente, su crecimiento no se basa en un aumento de las exportaciones hacia el exterior, sino exclusivamente en el mercado interno, y como este mercado es débil y no aumenta demasiado, la consecuencia es que la productividad industrial crece muy despacio; este lento crecimiento también se nota en los ferrocarriles. Durante la guerra europea hubo un importante crecimiento porque aumentaron las exportaciones a los países beligerantes, pero luego se produjo una importante contracción económica.

El problema agrícola es el que más preocupa a las autoridades republicanas. Básicamente el gran latifundismo existe en una parte importante de la mitad sur, con unos pocos propietarios dueños de la mayor parte de las tierras y una gran masa de jornaleros asalariados que sólo trabajan algunos meses al año, los que coinciden con las siembras y las cosechas. En 1932 se aprobó la reforma agraria, con una serie de expropiaciones sin indemnización o con ella, según el origen de la propiedad, y posterior reparto a los campesinos sin tierra, que podrían explotarla de forma individual o colectiva; sin embargo, los resultados han sido limitados, ya que se pretendía instalar de 60.000 a 75.000 campesinos al año y desde que la ley entró en vigor no se ha llegado a los 10.000, existiendo además problemas para la concesión de créditos a bajo interés a los nuevos colonos, sin los cuales éstos no podrán adquirir maquinaria ni construir las instalaciones adecuadas. Si este problema se solucionara y en un plazo prudencial pudieran establecerse medio millón de colonos propietarios, es indudable que la estabilidad social y económica mejorarían, ya que disminuiría la agitación campesina y además el mercado interior aumentaría su demanda, con el consiguiente beneficio para la industria. De todas formas, los indicios esperanzadores de la reforma agraria se han ido apagando a causa del escaso entusiasmo de las autoridades de derechas que tomaron el poder a fines

de 1933. Y sin esta reforma del campo, la economía no podrá seguramente desarrollarse, con lo que la industria no podrá absorber los excedentes de población.

A continuación Kevin Hayward hace una fuerte crítica de las comunicaciones españolas, que a su juicio, y aún teniendo en cuenta las dificultades orográficas, eran bastante deficientes y de diseño excesivamente radial.

(...) Así, los ferrocarriles , en su mayoría en manos de empresas extranjeras (al igual que las minas) presentan el inconveniente de tener un ancho de vía superior al de Europa Occidental, lo que dificulta los transportes hacia el exterior. Por otra parte, y a causa de la poca demanda, las combinaciones ferroviarias son escasas; por ejemplo, entre Barcelona y Madrid sólo hay dos o tres trenes de pasajeros al día, a pesar de ser las mayores ciudades. Además, la actividad ferroviaria es deficitaria; quizás sería conveniente la nacionalización de los ferrocarriles para racionalizar las actividades y disminuir costes, aunque las autoridades republicanas no se han planteado al parecer esta posibilidad.

En la parte final de la obra Hayward hace unas reflexiones bastante personales y sumamente interesantes sobre la situación general de España a fines de 1934:

(...) En España la clase media, a diferencia de Francia, Inglaterra o Alemania es bastante débil. Globalmente existe una oligarquía financiera y agrícola, formada por unos pocos cientos de familia, y una enorme masa obrera de proletarios agrícolas, industriales y de servicio, aunque dentro de éstos haya diferencias económicas importantes; los peor

parados son indudablemente los jornaleros agrícolas sin tierra, que viven miserablemente. La gran industria, la minería e incluso las comunicaciones están en mano de compañía extranjeras. La clase media es débil, y está formada por pequeños propietarios agrícolas, pequeños comerciantes, los miembros de las llamadas profesiones liberales, funcionarios, militares y clérigos; esta debilidad de la clase media se traduce en que los partidos de tendencia moderada que los representan sean también débiles y con escasas influencias. Por este motivo el país está bipolarizado entre una derecha muy conservadora y una izquierda muy revolucionaria. El auge del anarquismo no deja de ser curioso, en ningún otro país del mundo hay tantos anarquistas y tan bien organizados, todo a pesar de la utopía de esta ideología, que no ha arraigado en ningún otro sitio por su carácter ingenuo e incompatible con una sociedad industrial moderna. Esta bipolarización es peligrosa porque puede conducir en determinados supuestos a una situación de golpe de Estado o incluso de guerra civil. La reciente revolución de Asturias, que al parecer llevaba varios meses preparándose, ha sido un aviso; en la misma han intervenido no sólo los partidos de extrema izquierda, sino hasta el ala moderada del socialismo. Su desencadenamiento ha sido justificado por las izquierdas como respuesta al nombramiento de varios ministros de la CEDA (lo que es perfectamente legal, al ser el partido más importante de la coalición que ganó las elecciones de 1933) y ha provocado una guerra civil en la cuenca minera asturiana de varias semanas de duración, con centenares de muertos de izquierda y de derecha; a las tropelías de los revolucionarios le ha seguido al parecer una dura represión militar y policíaca. Esto va a provocar una mayor rotura social, huida de capitales y demás. Ojalá se consiga enderezar la situación, porque de lo contrario lo de Asturias puede ocurrir a una escala mayor afectando a todo el país, y los vencedores, siendo derechas o

izquierdas, harán desaparecer la legalidad democrática y se establecerá muy posiblemente una dictadura de corte soviético o fascista de consecuencias imprevisibles.

Como puede observarse, Kevin veía bastante oscura la situación de España a comienzos de 1935; si hubiera escrito estas líneas un año después, su visión sería aún más sombría.

(...) La República generó a su advenimiento un sinfín de expectativas, iba a conseguir un reparto equitativo de la tierra, iba a recortar los privilegios del clero y los militares, iba a conseguir un país secularizado, democrático, con una mejora de las condiciones laborales, iba a nacionalizar las grandes empresas y a desplazar el capital extranjero de los sectores claves. Sin embargo, era imposible que un Estado en plena crisis económica mundial pudiera hacer tantas cosas al mismo tiempo y con poderosos sectores y grupos de presión opuestos a sus actividades. Esta imposibilidad de conseguir en un corto plazo tales objetivos hizo que las masas que apoyaron su advenimiento se fueran retirando gradualmente y se decantaran hacia soluciones más radicales, de corte soviético o fascista, pero en todo caso levantisco y revolucionario frente al orden establecido. Y vino el golpe de Estado de 1932 y la revolución de 1934 y el intento de secesión en Cataluña y los motines casi continuos en los campos del sur, cuando la gente pasó de la ilusión al desencanto. Los tumbos políticos, la fragmentación partidista no ayudaban precisamente al éxito de los proyectos republicanos. Salvo los tímidos intentos de reforma agraria, la disminución del número de militares en activo y el esfuerzo (importante pero insuficiente) realizado en cultura, poco se ha avanzado realmente, ni siquiera en el tema de la llamada seguridad social obrera, que llevaría asociada la asistencia

sanitaria gratuita y jubilaciones dignas; hasta ahora los que no pueden trabajar más tienen que vivir de sus ahorros y de la ayuda que puedan proporcionarles sus hijos, salvo que hayan estado pagando unas cuotas al llamado Instituto Nacional de Previsión y lo mismo puede decirse de las viudas e hijos de los trabajadores fallecidos. Ciertamente es que para que el Estado pueda hacer frente a estos compromisos sería necesario el aumento de los impuestos y el crecimiento de la producción global del país, aunque los tiempos no ayuden en este sentido. También sería necesario un fuerte aumento de las obras públicas, como se ha hecho en Estados Unidos con el *New Deal* de Roosevelt; pero el Estado español tiene pocos recursos para llevar a cabo un programa a gran escala de las obras públicas, salvo con el concurso de capitales extranjeros, actualmente algo impensable a causa de la situación económica mundial.

SEGUNDA PARTE

(1935-1937)

1

El calor sofocante del verano madrileño iba cediendo a medida que avanzaba la tarde, mientras las calles recién regadas comenzaban a animarse; a mi habitación llegaban los pregones de los vendedores de helados y de horchatas. Era el momento en que pasado el sopor de la siesta me lavaba pausadamente y me arreglaba para salir a patearme el centro de la ciudad, buscar a los amigos y conocidos que tenía entre los numerosos periodistas, algunos de diarios de gran tirada y otros que eran simplemente corresponsales de periódicos provincianos o de alguna agencia de noticias, y enterarme a través de ellos de los últimos acontecimientos y de los bulos que surgían por aquí y por allá. Quizás el hecho de ser británico y por lo tanto supuestamente neutral era para mí muy positivo, porque inconscientemente casi todos querían tenerme al corriente de sus puntos de vista y atraerme en cierto modo para su

causa, en realidad muy pocos de ellos eran suficientemente imparciales en aquel ambiente de crispación que se notaba ante el preludio de lo que podía ser una tormenta catastrófica.

A veces, asomado al balcón y contemplando el deambular de la gente, me preguntaba que hacía yo de periodista informativo aficionado en aquel Madrid en el que latía una gran efervescencia política, que se palpaba en el aire y que cualquiera podía percibir, aunque no tuviera un gran sentido de la observación. Lo cierto es que mi situación se debía a un conjunto de azares imprevistos, como los de todos los seres humanos, obviamente, que habían hecho de mi un candidato adecuado para ejercer como periodista temporal del *Weekly Magazine* de Londres. En realidad yo estudiaba entonces ingeniería química –algo muy alejado del mundo periodístico- en el *Imperial College* londinense, era un alumno aventajado y mis perspectivas pasaban –si no conseguía colocarme en Málaga y contraer matrimonio con María Luisa- por hacer el doctorado antes de pensar en ejercer mi profesión en alguna industria importante. Sin embargo, el año anterior, 1935, trabé amistad casualmente con el jefe de redacción de la revista, Tim Bowen, un tipo joven y simpático, me lo presentó un compañero de estudios en un pub de Kensington una tarde de finales de mayo o principios de junio. Mientras tomábamos cerveza le conté a grandes rasgos mi vida, los traslados que había tenido que realizar mi familia a causa de las inquietudes profesionales de mi padre, desde Oxford al condado de Kent y de allí a Gibraltar, aunque mi existencia se había desarrollado a caballo entre el colegio de Gibraltar y mi casa y mis amigos españoles de San Roque. Tras aquellos años hablaba tan bien el español, con acento del sur, que cualquiera me hubiera tomado –salvo que analizara detalladamente mis rasgos anglosajones- por un andaluz. Le conté en líneas generales la situación del país, la ilusión que había aportado la proclamación de la República y

las frustraciones y crispaciones que se habían producido, porque la gente esperaba más de los gobernantes, como si estos tuvieran una fórmula mágica para resolver en pocos años los inmensos problemas del país. Tim Bowen se interesó mucho por mis actividades en España, aunque éstas cesaron cuando regresamos en 1933 a Inglaterra y nos instalamos en Londres. Mi padre, al igual que mis hermanos y yo, dejó con pena su casa de San Roque y el clima español, pero tuvo que sacrificarse ante la necesidad de estar cerca de sus hijos, que tarde o temprano tendríamos que comenzar los estudios superiores. El hecho de que hablara español correctamente, unido a mi facilidad para la escritura (había escrito hacía poco el libro titulado *The current face of Spain*, editado por Johnson & Smith and Sons, que tuvo cierta difusión, y mis ganas de volver de nuevo a España, para estar cerca de mi novia fue lo que motivó posiblemente que Bowen me tuviera en cuenta en sus planes, por lo que unos días más tarde me llamó y me propuso que me trasladara a Madrid por cuenta de su semanario y ejerciera durante los meses de verano como periodista aficionado.

-En España –me dijo-, como tu sabes bien, hay una importante agitación política, ahora mismo es como una Europa en miniatura donde el fascismo y el socialismo tratan de abrirse camino, y las crónicas que envíes, más del ambiente social que de los acontecimientos, deben ser de gran interés para nuestros lectores.

Aunque el sueldo no era demasiado alto (tampoco podía yo exigir mucho a causa de mi bisoñez e inexperiencia) acepté, en el fondo porque así se me abría la posibilidad de acercarme a María Luisa. Aunque con las reticencias de mis padres, durante el verano me trasladé a Madrid, pero pude hacer una escapada a Gibraltar y San Roque, allí me volví a encontrar con mis viejos amigos. Aparte de los cambios inevitables de la edad, noté en algunos de ellos un cierto antagonismo

político que se había ido agrandando desde la última vez que los vi, dos años atrás; algunos militaban desde hacía poco en el partido socialista, mientras que otros, como Jesús Hernández, se movían dentro de asociaciones de derechas. Sólo Pepe Santamaría permanecía ajeno a todo, enfrascado en sus estudios médicos. Esta tirantez de relaciones debida a la política era nueva para mí, que siempre había situado a la amistad por encima de las opiniones o de la militancia en un partido. En aquella época yo era más bien apolítico (la verdad es que la política británica era notoriamente aburrida, “afortunadamente” decía mi padre), aunque en mi anidaban unas claras simpatías hacia la izquierda y contemplaba con cierta preocupación el desarrollo imparable del nazismo en Alemania. Yo atribuía el comportamiento de mis amigos españoles a la escasa experiencia democrática del país y a las contradicciones de una sociedad en la que los movimientos progresistas se iban radicalizando poco a poco y chocaban con un inmovilismo secular que se iba haciendo cada vez más beligerante, quizás por la debilidad de la clase media que podía servir de amortiguadora a las tendencias extremistas. Durante mi estancia en la zona de Gibraltar volví a disfrutar una tarde entera con Rocío, esta vez sin Tony compitiendo conmigo por sus favores sexuales. Luego Rocío y yo le escribimos unas líneas a mi hermano, para ponerle los dientes largos, a la que días más tarde me contestó Tony con otra en la que me tildaba de tramposo y de jugar con ventaja.

Obviamente, otras de las escapadas que hice fue a Málaga para ver a María Luisa: Esta vez me quedé en una pensión, aunque casi todo el día estuve en casa de ella. El señor Townshend me trataba ya como a su futuro yerno y como tal me presentó a sus amistades, pero su esposa no se daba por vencida y procuraba echar agua a nuestros amores, esperando la ocasión de encontrarle un mejor partido a su hija. De

hecho, cuando se enteró de que yo había vuelto a España se llevó un notorio disgusto, ya que acariciaba la idea de que no volvería por allí. Pero ella no sabía con quien había topado, porque la constancia es una de mis pequeñas virtudes, aunque doña Luisa (que así se llamaba mi futura y no muy convencida suegra, considerara mi constancia como un defecto. Yo, conocedor de la influencia que la buena señora tenía sobre su hija, procuraba ser extremadamente amable, y les manifesté que por el amor de María Luisa me vendría a trabajar a Málaga aunque fuera de cargador en el muelle. El señor Townshend –al que la gente de allí llamaba “don Maiquel”- volvió a reiterarme su oferta de trabajo en una fábrica de Málaga, ‘puedes alcanzar un buen puesto, Kevin, con tus conocimientos y tu capacidad’. Pero doña Luisa no parecía dejarse fascinar por mi actitud y, aunque educadamente, no dejaba de alabar a los amigos de su hija y la buena situación económica que estos parecían tener. Con María Luisa y con su padre estuve visitando de nuevo la ciudad, en la que al parecer había una cierta crispación social, especialmente visible en los barrios proletarios, donde abundaban las pancartas contra el gobierno de derechas, en realidad contra los gobiernos en plural, porque las crisis ministeriales eran constantes; parecía que la estabilización que yo noté dos años antes había desaparecido y que la República y sus gobernantes parecían poco seguros, daba la impresión de estar a bordo de un barco a la deriva con un grupo de marinos luchando por coger el timón, pero ninguno lo asía con la suficiente firmeza como para asegurar el rumbo. Y los pasajeros comenzaban a impacientarse y amenazaban con tomar el puente de mando.

Mis artículos en el *Weekly* les debieron parecer interesantes a sus gerentes, y quizás por eso volvieron a proponerme al año siguiente que regresara a Madrid, mejorando de forma importante mis emolumentos y

poniendo a mi disposición una pequeña suma por si tenía que realizar desplazamientos a otras ciudades. Llegué cuando finalizaba el mes de junio y me instalé en la misma pensión del año anterior, en la calle Vallehermoso, aunque conseguí que me asignaran una habitación más amplia, que utilizaba habitualmente durante el curso un estudiante de provincias.

Mi primera impresión, confirmada en días posteriores, fue que el ambiente en Madrid y en general en el resto del país, se había encrespado de forma manifiesta y peligrosa. En febrero se habrían celebrado elecciones generales y una coalición de izquierdas, el Frente Popular, había llegado al poder. Sin embargo, los cambalaches políticos habían hecho que en el Gobierno solo figuraran miembros de partidos minoritarios, mientras que los socialistas no formaban parte de él, a pesar de ser la fuerza política más importante de la izquierda. Quizás buscaran de esta forma no desgastarse demasiado, a la espera de mejor ocasión, aunque por otra parte los socialistas estaban realmente muy divididos, y frente a los constitucionalistas de Prieto estaban los seguidores de Francisco Largo Caballero, que habían apostado decididamente por un camino puramente revolucionario. Además, la figura más valiosa de la izquierda moderada, Manuel Azaña, había sido elevada a la presidencia de la República tras la extraña e irregular defenestración del anterior presidente, Alcalá Zamora. Azaña, como presidente, era casi una figura simbólica y decorativa. El gobierno lo dirigía desde entonces un político de escaso relieve, Santiago Casares Quiroga, y sus ministros eran en general figuras de segundo orden. Junto a estos vaivenes políticos, que también se daban entonces en otros países europeos, como Francia, lo que predominaba era la sensación de inseguridad social y de violencia callejera. Los socialistas y los anarquistas andaban a la greña en muchos lugares, especialmente sus

sindicatos respectivos, UGT y CNT, que mantenían actitudes diferentes ante la problemática laboral y económica. Por otra parte, con frecuencia había enfrentamientos a tiros entre militantes de izquierda y los de Falange, partido con connotaciones fascistas que, según me dijeron, había experimentado un crecimiento importante desde el mes de febrero, pero que por su carácter violento y revolucionario no era bien visto por los partidarios de la derecha tradicional. Como telón de fondo estaba el malestar difuso del ejército, aunque éste no había intentado ningún golpe de estado desde 1932; la actitud del ejército no era clara, y con frecuencia se hablaba de posibles levantamientos de los que todo el mundo sabía el día y la hora y que luego no se producían. El gobierno, por precaución, había enviado a los generales sospechosos de profesar poca simpatía por el régimen a guarniciones alejadas, aunque no se sabía si la medida sería efectiva; era posible que, si la situación social se deterioraba más, los militares terminarían enfrentándose al gobierno, como había ocurrido muchas veces desde comienzos del siglo XIX. Ajeno a todo esto estaba una gran parte de los intelectuales, a los que la República había beneficiado. En Madrid la actividad cultural era importante, la nómina de escritores y artistas prestigiosos era alta y los recitales, exposiciones y estrenos teatrales parecían mostrar que la situación del país era completamente normal. Muchos de aquellos intelectuales, como los poetas Federico García Lorca y Rafael Alberti, y el pintor Salvador Dalí, hijos de burgueses liberales, habían sido inquilinos de la elitista Residencia de Estudiantes, una especie de *college* cuya influencia había sido quizás excesiva, debido posiblemente al bajo nivel cultural del país y al hecho de que las instituciones religiosas habían sido incapaces de crear centros de parecidas características. Yo había estado en la Residencia el verano anterior con motivo de unos recitales poéticos y me di cuenta sin mucha dificultad de que aquel centro era

como un oasis en un desierto; su misma situación, en una colina con árboles, desde la que se divisaban los tejados de Madrid, corroboraba esta impresión. El corazón de la Residencia seguía un ritmo distinto al que marcaba la vida del Madrid popular. El caso es que parecía que los intelectuales, entre los que las ideas socialistas habían ganado bastante terreno, vivían en otro mundo, como si no pertenecieran a aquel país que se iba crispando por momentos y en el que amenazaban nubarrones de violencia que se iban aproximando desde todos los puntos del horizonte.

A pesar del ambiente enrarecido del mundo político y sindical, si uno paseaba por Madrid con ojos inocentes y hacía una vida como la mía, de periodista extranjero con muchas horas libres, la impresión general era que en medio de aquella situación de precariedad social la rutina hacía que las cosas parecieran igual que siempre. Los bulliciosos mercados, los atiborrados tranvías, las tertulias de los bares y los cafés, las mujeres de la vida que buscaban clientes por la calle Montera o la calle Peligros, el movimiento de gente de las estaciones del Norte y de Atocha, los pregones de los vendedores callejeros, todo contribuía a dar una sensación de normalidad. Ya la cosa variaba si uno se metía en las conversaciones, o se dejaba caer por la sede de un sindicato o de un partido político; entonces te dabas cuenta de que las cosas iban mal y que el polvorín acumulado durante muchos años podía estallar en cualquier momento. La situación laboral no era muy halagüeña, había paro y los salarios no eran muy boyantes, aunque la vida no fuera especialmente cara. Los ramalazos de la depresión de 1929 se habían notado poco en España, que tenía una economía muy cerrada, con un importante nivel de proteccionismo y con un desarrollo industrial escaso.

2

Tras permanecer unos días en Madrid tomándole el pulso a la ciudad me marché en tren a Málaga, para estar unos días con María Luisa. Con mis emolumentos mejorados me alojé en una pensión en la zona de la Caleta, a unos quince minutos andando de la casa de mi novia. Aunque me recibieron de forma cariñosa como siempre, noté en María Luisa un cierto distanciamiento o quizás un menor entusiasmo con mi presencia. Así, se resistía a salir a dar una vuelta, ni siquiera por los alrededores de su casa. Parecía como si le disgustara mi compañía. Fuimos a comer fuera un par de veces, pero siempre acompañado de sus padres. Pensé que las presiones de su madre para buscarle un novio entre los jóvenes de la burguesía local habían hecho su efecto y a lo peor había ya *otro* en su vida, aunque hasta entonces en sus cartas no me

había dicho nada. Tendría que esperar a poder hablar con ella confidencialmente para saber si había algo de cierto en mi suposición.

Como tenía tiempo libre me dediqué a pasear por la ciudad. Su centro comercial permanecía igual que siempre, especialmente animado en las calles próximas al puerto. Pero si uno caminaba hacia el oeste y se acercaba al río Guadalmedina que dividía la ciudad, la situación cambiaba. El río estaba seco la mayor parte del año, y a él se arrojaban desperdicios y escombros con frecuencia, por lo que desprendía un olor desagradable. Más allá comenzaban los barrios proletarios del Perchel y la Trinidad, con muchas calles sin pavimentar, con una gran proliferación de casas de mala calidad, con niños sucios y mal vestidos por todos los sitios, con un gran despliegue de carteles y pintadas por las paredes. Evidentemente, era otra Málaga muy diferente a los barrios residenciales situados al este del puerto de la ciudad, como ya había percibido yo durante mi primera visita en 1931. Por otra parte, aunque el Ayuntamiento y las autoridades provinciales pertenecían al Frente Popular, y por tanto eran miembros de los partidos que gobernaban el país, en Málaga había habido graves enfrentamientos entre los anarquistas y los socialistas, y algunos cargos políticos y militantes destacados habían sido asesinados. Se vivía por tanto una especie de guerra interna entre el proletariado, lo que no dejaba de ser absurdo, aunque el enfrentamiento radicaba en motivos ideológicos. La crispación que se observaba en los barrios obreros era bastante grande, y contrastaba con la actitud relajada del Club Inglés, por el que recalaba casi todos los días. En el Club hablaba no sólo con ingleses, sino con personas de la pequeña burguesía de la ciudad, por lo general comerciantes del centro o vinculadas al tráfico portuario, o bien médicos y abogados. Algunos compatriotas me comentaron que el ambiente en la ciudad se había deteriorado notoriamente en los últimos meses, y que se

hablaba de la inminencia de un golpe militar en contra del Gobierno. Lo que le achacaban a los gobernantes era, sobretodo, que habían perdido el control de la situación, que la autoridad a la que representaban estaba en medio de la calle, en parte por el miedo a parecer autoritarios y represivos, algo que se identificaba con la derecha que había gobernado durante dos años. La situación económica en la ciudad no había cambiado sustancialmente, pero la agitación política era bastante mayor. Se esperaba una redención mesiánica del Frente Popular que, obviamente, no se había producido porque éste no podía arreglar en unos meses los problemas sociales acumulados. Y por otra parte no bastaba el mero reparto de la riqueza, porque ésta era también globalmente insuficiente; había que generar más riqueza aumentando la producción y las exportaciones, algo que era bastante complejo y difícil de entender por una gran parte de la población, cuyas tasas de analfabetismo eran muy altas todavía.

Por fin, una tarde pude estar un largo rato a solas con María Luisa, sentados en el viejo banco verde de su jardín, quizás su madre nos dejó por un momento para que pudiéramos hablar con tranquilidad. Yo le manifesté que la notaba distante conmigo, que no parecía la misma desde la última vez que hablé con ella. Y le pregunté quizás algo bruscamente si había alguien que se hubiera interpuesto entre nosotros.

-Kevin, las cosas son muy complicadas –me dijo.

-No tienen porqué serlo.

-Mira, tú y yo apenas nos vemos, sólo una vez al año. Y al amor hay que cuidarlo, regarlo, abonarlo. Eso nosotros no lo podemos hacer

-Ya te he dicho que en cuanto termine mis estudios me vengo para siempre, y nos casamos.

-Eso todavía tardará, y además no creo que sea tan fácil como mi padre dice.

-Yo te lo he jurado. Además, podríamos casarnos, venirme conmigo a Londres hasta que concluya la carrera y luego volvernos aquí.

María Luisa se rió discretamente porque mi propuesta le pareció un poco alocada. Sus padres –y especialmente su madre- se opondrían radicalmente. Claro, ella podía seguir mi proposición sin contar con ellos, pero no era su forma de actuar. Si hubiera tenido un montón de hermanos –como algunos de sus vecinos- la cosa hubiera sido más fácil, pero siendo hija única la situación era distinta. No se quería alejar demasiado de sus padres.

-Hay otra cosa, Kevin –me dijo- que me cuesta trabajo decirte. Hay un chico que me corteja, si, no pongas esa cara, tiene cuatro años más que yo, le conozco desde hace tiempo pero en los últimos meses, como se dice aquí, me ronda la calle, e incluso me ha pedido relaciones. A mi me gusta, aunque tú me gustas más, pero el problema es que a ti apenas te veo, mientras que él está por aquí casi continuamente. Y tú sabes que la carne es débil.

Me quedé callado, con un sentimiento de tristeza flotando imperceptiblemente entre los dos. Pensé que lo nuestro había sido un ensueño de la adolescencia, un espejismo que la realidad iba deshaciendo. Ella tenía razón: yo estaba lejos y el amor necesita cuidados para que crezca.

-Entonces ¿no tengo opciones? –le pregunté.

-Estoy confusa, Kevin, confusa y dudosa. Mi madre no deja de presionarme, y por otra parte Enrique, ese es el nombre de mi pretendiente, me abrumba con sus atenciones y su delicadeza. Yo te quiero más a ti, pero eres como un pájaro, que estás un rato, unos días, y luego te marchas y yo me quedo deshecha durante bastante tiempo, todos los días esperando que llegue el cartero para ver si hay noticias tuyas. Y a veces pienso que estás con otra, que paseas con otra chica

por las calles de Londres, sueño que vas a recogerla cuando sales de clase y os vais a Hyde Park y allí os besáis.

Yo protesté. Eso no era cierto. No le dije nada de las relaciones que había tenido con prostitutas, con Rocio en Algeciras o con una tal Lucy en algunas ocasiones en Londres, pero eso en realidad no era amor, era simplemente sexo. Yo tenía veintiún años y necesitaba desfogarme de vez en cuando, algo que por otra parte era normal entre mis compañeros del *Imperial College* o entre los de mi hermano, por poner ejemplos conocidos por mí. Eso era lo propio de la naturaleza masculina. Pero lo de María Luisa era distinto, siempre lo había sido desde que la conocí aquella tarde en el palacio del Gobernador de Gibraltar.

-En el fondo no creo que ames a ese Enrique –le dije algo amoscado- a lo mejor lo que pasa es que temes que yo te sea infiel, que no cumpla mi palabra, que te canses de esperarme.

María Luisa no contestó. Se debatía posiblemente en un mar de dudas, de indecisiones. Pensé que en el fondo a lo mejor hubiera deseado que no apareciera por su casa, quizás no verme nunca más, arrancarme completamente de su vida. Pero la realidad es que yo estaba allí, y que había aceptado la oferta de trabajar para el *Weekly* en gran medida por estar más próximo a ella. Y mi presencia indudablemente la turbaba, y desbarataba en cierto modo los planes mentales que se podía haber hecho desde el año anterior.

-Y bien –le dije- ¿qué vamos a hacer?

-Déjame tiempo, Kevin, tengo que pensar las cosas tranquilamente, y hablar con calma con mis padres. Mientras mantendré a distancia a Enrique. Ahora mismo está en Madrid, aunque viene dentro de unos días.

Quedamos en eso, en que ella se daría un tiempo para reflexionar. Yo le dije de nuevo que me gustaría raptarla, que se viniera conmigo a Madrid y que me probara durante un tiempo, ella me dijo que era un loco, tan loco como siempre, si hacía eso sus padres se morirían del disgusto, del escándalo que se armaría, no volverían a salir de su casa, aquella era una sociedad medianamente cerrada, a pesar de que Málaga tenía fama de ser una ciudad cosmopolita. Pero la sociedad de aquellos barrios residenciales donde ella habitaba estaba formada por unas doscientas o trescientas familias, era como un pueblo donde todos se conocían, que vivían un poco al margen del resto de la ciudad, que en gran medida les odiaba atávicamente.

Me hice el propósito –y así se lo dije- de volver en agosto para estar varios días a su lado, y poder escaparnos en alguna ocasión e irnos de excursión a las playas de las afueras. Ella se entusiasmó con la idea y nos volvimos a besar de nuevo en la caseta del jardinero, como hacía varios años. Esta vez ella no opuso resistencia a mis apretones y así estuvimos un tiempo brevemente intenso.

Al día siguiente, durante el almuerzo con los Townshend, el padre de María Luisa describió en tonos sombríos la situación política y social que se vivía en Málaga y en el resto de España. Según decía, no era descartable una sublevación militar durante el verano. Había rumores de todo tipo, y si la sublevación fracasaba seguramente se produciría un movimiento revolucionario que el Gobierno no podría o no querría contener. Yo le dije que también había oído eso en Madrid y que en mi opinión deberían irse durante una temporada al extranjero, quizás a Inglaterra. El señor Townshend me dijo que lo estaba pensando, pero que seguramente no sería tan fácil, porque los ferrocarriles suburbanos tenían más actividad en verano, ya que había mucha gente que los usaba para ir a los pueblos próximos y a la playa los días festivos; pero

en todo caso podría a lo mejor coger un par de semanas de vacaciones y trasladarse, si no a Inglaterra, si al menos a Portugal o al sur de Francia.

Al día siguiente regresé a Madrid para proseguir mi actividad periodística, aunque lo hice dando un rodeo por San Roque, donde estuve tomando copas con mis amigos de siempre, sin sospechar que a más de uno ya no lo volvería a ver. Se hablaba de sublevaciones y de cuartelazos, pero nadie pensaba en una guerra civil.

3

El sábado 11 de julio estuve casi toda la noche de parranda por Madrid con Jim Collins (que había dejado a su familia en Gibraltar y ahora trabajaba como administrativo en la embajada británica), con mi viejo amigo Luís Serrano, que preparaba oposiciones a Hacienda siguiendo los pasos de su padre y con un joven periodista español, Pedro Valdivia, que trabajaba a salto de mata haciendo reportajes de sucesos para diversos periódicos. Primero estuvimos tomando unas copas por las calles próximas a la plaza Mayor, y luego me arrastraron a un burdel de medio pelo situado en un chalet, en una calle bastante alejada del centro. Aunque eché de menos a Rocío porque ya le había cogido afecto y estaba acostumbrado a su forma de, llamémosle, trabajar, el caso es que lo pasé bastante bien, con una chica pálida y nerviosa, llamada Tere, a la

que llamó la atención el hecho de que fuera inglés, porque al principio creía que era andaluz por mi forma de hablar. Estuve con ella un tiempo que a mi se me hizo corto. Tere era una experimentada y esto hizo que el juego erótico fuera bastante placentero. Después de salir del burdel volvimos al centro y nos amaneció tomando las últimas copas en el café Colonial, en la Puerta del Sol.

Cuando regresé a la pensión estaba algo mareado y tenía un fuerte dolor de cabeza. Ese domingo apenas salí de mi habitación y no llegué a pisar la calle en todo el día, a pesar de que hacía bastante calor. Por la noche estuve largo rato asomado al balcón, viendo el deambular de la gente y el regreso de los excursionistas que habían pasado el día en la sierra.

La mañana siguiente, lunes, permanecí un largo rato acostado planificando lo que iba a hacer; luego, cuando estaba desayunando tranquilamente en el comedor me llamó por teléfono Luís Serrano. Al principio pensé que era para hablarme de nuestra juerga del fin de semana, pero su voz denotaba un alto grado de preocupación.

-La situación es muy grave –me dijo-, Calvo Sotelo ha sido secuestrado esta madrugada y se teme que lo hayan asesinado, al parecer han intervenido guardias de asalto.

Quedamos en vernos una hora después en el café Colonial. Calvo Sotelo era uno de los principales líderes de la oposición de derechas, posiblemente el diputado más combativo. Mientras me estaba arreglando me preguntaba como habían podido detener a un diputado que gozaba de inmunidad parlamentaria. Obviamente se trataba de una actuación claramente ilegal, si como decía Luís, lo había detenido la guardia de asalto, encargada de mantener el orden en las ciudades.

Me encontré con Luís en el café a eso de las doce y media. Aquello estaba atestado de una variopinta multitud que hablaba a voz en grito.

Me confirmó que Calvo Sotelo había sido asesinado; su cadáver acababa de ser localizado en el cementerio del Este. Por lo visto el detonante del hecho había sido la muerte por unos pistoleros, la tarde anterior, de un oficial de la guardia de asalto llamado José Castillo, que al parecer en sus ratos libres se dedicaba a la extraña actividad de entrenar a unas milicias paramilitares del partido socialista. No se sabía si el secuestro de Calvo Sotelo contaba con el beneplácito del Gobierno o de alguna autoridad intermedia; había sido realizado por guardias de asalto que llegaron a la casa de la víctima, en la calle Velázquez, en un vehículo oficial y al que los policías que vigilaban la casa habían franqueado el paso. En presencia de la familia se lo llevaron detenido y al parecer lo debieron asesinar al poco tiempo, quizás en la misma camioneta, y el cadáver lo habían entregado a los guardas del cementerio.

-El hecho es gravísimo –me dijo Luís- porque aunque todo el mundo sabe que Calvo Sotelo era un facha, estamos, al menos en teoría, en un régimen formalmente democrático, en el que los diputados gozan de inmunidad y no pueden ser detenidos salvo caso de flagrante delito. Su asesinato, haya tenido algo que ver o no el Gobierno, supone un salto cualitativo en la situación de violencia que vivimos y va a dar paso a un futuro aterrador. Aunque desde el punto de vista humano los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo eran igualmente reprobables, desde la pura óptica política los casos parecen muy diferentes. Castillo era un guardia, un simple oficial que estaba amenazado de muerte por su actitud extremista, mientras que Calvo Sotelo era un político destacadísimo que estaba manifiestamente en contra de la actuación del Gobierno.

Pensé que estaba en lo cierto ¿hubiera sido posible en Gran Bretaña que agentes de la policía actuaran de la misma manera contra el líder de la oposición? No era concebible. Era evidente que el Gobierno estaba en entredicho y que Casares Quiroga, si había tenido algo que

ver por acción u omisión había hecho perder a la todavía joven República la credibilidad. Ahora los enemigos del régimen tenían la justificación moral para combatirlo a muerte. Pero sólo el ejército tenía en aquel momento en España la fuerza suficiente para hacerlo. El problema era si en realidad lo iba a intentar. Los próximos días serían decisivos.

Asistí al día siguiente por la tarde, como no podía ser menos, al entierro de Calvo Sotelo. Para evitar nuevos incidentes callejeros, el entierro se desarrolló en el mismo cementerio, desde el lugar donde se había efectuado la autopsia hasta la tumba. El gentío era impresionante y el calor abrasador. Muchos de los asistentes saludaban brazo en alto al estilo fascista. En el momento de la inhumación un diputado de derechas, llamado Goicoechea, pronunció unas palabras que no llegué a captar del todo, aunque luego a la salida, un compañero de Pedro Valdívía, que estaba próximo al orador y que había tomado taquigráficamente el discurso, me lo dejó copiar por si quería remitirlo al *Weekly*. La intervención de Goicoechea, que era como una declaración de guerra contra las autoridades, terminaba diciendo que “empeñamos solemne juramento de consagrar nuestra vida a esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte y salvar a España, que todo es uno y lo mismo, porque salvar a España será vengar tu muerte, e imitar tu ejemplo será el camino más seguro para salvar a España”. Pero, según decía Luís, las derechas, para llevar a cabo ese objetivo, solo podían contar en aquel momento con los militares.

A la salida del cementerio se produjo algún tiroteo aislado, aunque no pude precisar exactamente el sitio. El ambiente era de una gran crispación. Regresé andando con Luís y al poco se nos unió un joven periodista de *El Sol* amigo suyo, al que yo sólo conocía de vista. Volvimos a hablar de las consecuencias que tendría aquel asesinato y de la intervención armada.

-Es seguro que va a producirse un levantamiento –nos dijo el amigo de Luís- , quizás esta misma semana. El domingo pasado terminaron unas importantes maniobras del ejército de África, en un lugar llamado Llano Amarillo, a medio camino entre Ceuta y Melilla; allí se han ultimado los planes. Al parecer, el ambiente entre la oficialidad era de franca rebelión y se corearon consignas contra el Gobierno.

-Si, algo he oído –dijo Luís- y lo peor es que el ejército colonial, formado por legionarios y regulares indígenas, es la única fuerza militar importante con la que cuenta España. En las guarniciones peninsulares lo que hay son soldados de reemplazo con escasa instrucción militar y con un espíritu combativo muy bajo. El problema para el ejército africano es que para conseguir derrocar al Gobierno tienen que cruzar el mar, bien por Algeciras o por Málaga. Para ellos necesitarán barcos, lo que implica que la Marina tendrá a su vez que sublevarse.

Yo escuchaba en silencio y tomaba notas mentalmente, fingiendo una cierta indiferencia. Esta actitud me daba siempre buenos resultados. Mis acompañantes daban por supuesto que la sublevación del ejército colonial iba a ser un primer paso, y sería seguida por el levantamiento de una gran parte de las guarniciones peninsulares. Enfrente tendrían inevitablemente a los sindicatos y a las organizaciones de izquierda, aunque el grado de resistencia que podrían ofrecer era una incógnita. El Gobierno había nombrado a los generales en los que tenía más confianza para los puestos claves de mando en las distintas regiones, pero era obvio que un general aislado carecía de eficacia si sus inmediatos subalternos no lo apoyaban. Era muy posible, pensaba, que los conjurados comenzaran la sublevación muy pronto, aprovechando el efecto psicológico producido por el asesinato de Calvo Sotelo, que había impresionado fuertemente al país y sembrado el pánico entre la gente de derechas. Si dejaban pasar los días, el impacto del crimen terminaría

desvaneciéndose. Quizás se podía producir el levantamiento el próximo fin de semana, que es un momento en el que inevitablemente se relaja la vigilancia en todos los sitios.

Esa misma noche envié un largo reportaje al *Weekly* contando los sucesos de los últimos días y haciendo unas reflexiones pesimistas sobre el futuro.

Los días siguientes fueron de una calma tensa, aunque hubo gente de derecha, a veces familias enteras, que salieron disimuladamente de Madrid, por lo general hacia el norte o en dirección a Portugal. Los sindicatos y los partidos más extremistas de la izquierda comenzaron a vigilar los cuarteles y las dependencias militares como medida de precaución. Yo iba a media mañana y al caer la tarde a la Puerta del Sol, a la central telefónica, que era un lugar muy frecuentado por los periodistas, unos en busca de noticias y otros para enviar sus crónicas a sus periódicos de provincias. También me llegaba en ocasiones al Ministerio de la Gobernación, situado en el edificio central de la plaza, en cuyo balcón precisamente se proclamó la República cinco años antes. Sin embargo, y a pesar de los rumores, no pasó nada y por un tiempo pensé que la serenidad iba a imponerse; pero era una impresión falsa, era la calma que precede a la tempestad. El volcán había entrado en erupción bajo nuestros pies.

El sábado 17 de julio por la tarde, al llegar a la central telefónica, observé una animación inusitada; las cabinas estaban completamente ocupadas y numerosas personas hacían cola delante de ellas. Enseguida me contaron que el ejército de África se había sublevado, que se combatía violentamente en Melilla y que las comunicaciones estaban cortadas, lo que no auguraba nada bueno, aunque el Gobierno se negaba a conocer la realidad. En las guarniciones peninsulares no se habían producido conatos de sublevación, y la situación parecía

tranquila. Permanecí por la zona hasta las primeras horas de la madrugada, recogiendo información de los periodistas que conocía; por lo general ellos tenían tan pocos datos como yo: noticias fragmentarias y bulos sin confirmar. A eso de las dos de la madrugada, aun cuando la animación en la Puerta del Sol continuaba, me marché a la pensión a dormir el mayor número de horas posible, porque me encontraba algo cansado, apenas había cenado y llevaba varias horas sin sentarme. El Gobierno no había dado ninguna información sobre la situación en Marruecos.

Dormí profundamente aquella noche, convencido de que me esperaban días muy ajetreados, porque lo sucedido en las guarniciones africanas era sólo el prólogo. Hacía calor, a pesar de tener completamente abierto el balcón, pero el cansancio me hizo dormir de un tirón hasta bien avanzada la mañana. La dueña de la pensión, doña Amparo, viuda de un militar muerto años antes en África, me llamó para decirme que Luís Serrano estaba al teléfono.

-Kevin –me dijo Luís- la situación se está complicando. El Gobierno ha emitido por fin un comunicado por Unión Radio, donde reconoce la sublevación en Marruecos, aunque trata de quitarle hierro. También se ha sublevado la guarnición de Canarias y parece que el general Franco, que está al frente de dicha guarnición, ha emitido un manifiesto justificando el levantamiento militar.

Quedé con Luís en el café Colonial para un rato más tarde. Ni siquiera me entretuve en desayunar, pese a la insistencia de doña Amparo, que siempre se estaba lamentando de lo alocado que éramos los jóvenes, ‘incluso los ingleses’, decía. Me marché andando para palpar el ambiente de la ciudad; en general cuando iba de la pensión al centro lo hacía a pie porque era cuesta abajo. No percibí ningún signo externo de anormalidad. Había poca animación por las calles y el tráfico eras

escaso; el calor comenzaba a ser molesto, por lo que procuraba buscar los sitios de sombra. Era previsible que entre la gente, que ya conocía el comienzo de la sublevación, existiera disparidad de opiniones según las ideas políticas y la situación de cada uno, pero indudablemente el levantamiento abría una interrogante, ya que no se sabía como se iban a desarrollar los acontecimientos ¿podría el Gobierno hacer frente a los sublevados?. Todo dependería de los apoyos con los que contaran éstos entre las guarniciones de la Península. Si éste era más o menos unánime, la suerte estaba echada. Si no era así, existía el riesgo potencial de una guerra civil. Estas ideas que cruzaban por mi mente las estuve discutiendo un rato más tarde con Luís en el café, mientras me tomaba un bocadillo con una cerveza. Luís coincidía conmigo, aunque él parecía más preocupado

-Tú ves los toros desde la barrera, y después del verano te volverás a Londres –me dijo- pero nosotros nos quedaremos aquí aguantando lo que venga.

Luís no estaba apuntado a ningún partido, era una persona neutral, “neutral de izquierdas, de la izquierda pasiva” solía decir. Su padre seguía trabajando en el Ministerio de Hacienda desde que se trasladó desde la aduana de La Línea. Jorge, el hermano mayor de Luís, era miembro del partido socialista; yo le conocía desde mi infancia en San Roque y tenía también una buena amistad con él.

Luís me animó a que fuera con él al Ministerio de la Gobernación, ya que hacía trabajos esporádicos para *El Sol* y había podido agenciarse por ello un carnet de periodista, aunque este título le venía ancho, porque su ocupación principal era la de preparar oposiciones, una actividad muy extendida de siempre en España. Era habitual que el ministro recibiera diariamente a los periodistas a eso de la una. Fui con él y con algunos otros reporteros profesionales que recogimos por el camino hasta el

Ministerio y subimos a la planta principal. Allí había periodistas de todas las tendencias, dada la incertidumbre que reinaba en el ambiente. Nos informaron que el ministro estaba muy ocupado y en su lugar nos recibiría el viceministro, al que en España, no se porqué extraña razón, se le llama subsecretario. La información que éste nos dio no añadía nada nuevo a lo que ya sabíamos; en realidad el viceministro se atuvo a la nota radiada por el Gobierno, que limitaba el levantamiento a las guarniciones africanas. Negó que el general Mola, que estaba al frente de la guarnición de Pamplona, tuviera algo que ver en el asunto, cuando era *vox populi* que dicho general era el auténtico cerebro del levantamiento.

Estuvimos luego tomando copas por algunos de los bares de los alrededores. Después recalamos de nuevo en la central telefónica, donde la animación era bastante grande. Al parecer, la guarnición de Sevilla se había sublevado hacía poco y luego habían hecho lo propio las de otras ciudades de Andalucía; también la base naval de San Fernando y su arsenal estaban en rebeldía. En consecuencia, el levantamiento, en contra de la afirmación del Gobierno, se había extendido ya a la Península. Daba la impresión de que los planificadores del golpe de estado –ya en realidad se le podía considerar de esta manera, dada su extensión- habían previsto un levantamiento escalonado, que unas guarniciones arrastraran a otra, comenzando por las tropas coloniales, que eran las más radicalizadas.

A media tarde se hizo público un comunicado en el que los socialistas y los comunistas manifestaban su apoyo al Gobierno que todavía presidía Casares Quiroga, apoyo a las medidas que éste necesitara tomar para hacer frente a los sublevados. Sin embargo, corrían rumores de que los sindicatos y los socialistas más radicales del grupo de Largo Caballero habían solicitado sin éxito la entrega de armas

a los obreros para que, organizados en milicias, hicieran frente a los militares sublevados.

-Una locura –decía Luís-, porque eso desencadenará una revolución y hará inevitable una contienda civil y una matanza apocalíptica’.

Otros rumores, con cierto fundamento, apuntaban a que se iba a producir una crisis gubernamental. Corrían nombres de políticos que podrían encabezar un gobierno de coalición de carácter moderado que pudiera llegar a un acuerdo con los rebeldes. En todo caso, y en términos generales la situación era confusa y los gobernantes se mostraban desconcertados. Sin embargo, el ambiente de la calle, sosegado durante todo el día, había cambiado radicalmente. La Puerta del Sol y muchas calles adyacentes se habían llenado a partir de las seis de una multitud enardecida y vociferante que pedía armas, pero las autoridades no estaban dispuestas a entregárselas. Una masa de gente descontrolada y armada era un peligro gravísimo en aquellos momentos, y perfectamente inútil para resistir a las tropas. Ya anocheciendo corrió la voz de que el presidente Azaña había encargado al político moderado -y notorio masón- Diego Martínez Barrio, que formara, si todavía era posible, un gobierno de coalición que tratara de frenar la sublevación. Mientras, se recibían noticias de que nuevas guarniciones de la Península se habían sumado a la rebelión, que parecía extenderse incontenible siguiendo unos horarios definidos.

Luís y yo, junto con Pedro Valdivia, al que habíamos encontrado en la central telefónica, estuvimos largo rato dando vuelta por los alrededores de la plaza, hasta que Luís nos invitó a comer algo en casa de sus padres, situada cerca de la estación de Atocha. Bajamos despacio cruzándonos por las calles con grupos que subían en dirección a la Puerta del Sol dando voces en contra del Gobierno y de los

fascistas, y en los que algunos llevaban armas. Al parecer, en alguna dependencia militar habían repartido algunos fusiles a las organizaciones obreras, especialmente a la UGT socialista, en contra de las órdenes de las autoridades. Poco después llegamos a casa de Luís, cuya familia vivía en un piso amplio, pero destartalado y sin grandes pretensiones; sus padres me saludaron muy efusivamente porque no me habían visto desde que se vinieron de San Roque. Noté que estaban muy preocupados por lo que pasaba.

-Esto no se sabe como puede terminar, Kevin –me decía el padre-, vamos de sobresalto en sobresalto, vosotros los ingleses tenéis la inmensa suerte de vivir en un país estable, pero aquí no hay tranquilidad alguna desde hace mucho tiempo.

Me contó que él había hecho el servicio militar en África, mucho antes del desastre de Annual.

-Aquello de África era una locura, un ejército mal armado que intentaba conquistar un territorio indómito sin medios suficientes, dependiendo siempre de los pactos que se hacían con los jefes moros, que eran los que fijaban los lugares donde había que levantar las posiciones, en lugares donde apenas había agua.

Alababa al general Primo de Rivera porque había terminado con el problema de Marruecos y había hecho muchas obras útiles, -pero desde 1930 vamos dando bandazos, sin saber a ciencia cierta adonde nos dirigimos-, me confió. Por lo que pude deducir, él deseaba que el levantamiento triunfara en poco tiempo, como había ocurrido en 1923; prefería una dictadura a las libertades republicanas.

-Pero estoy muy preocupado –añadió- por mi hijo Jorge, con Luís no, Luís es neutral y va a lo suyo, pero Jorge está muy metido en el partido socialista, pertenece al ala más extrema, la de Largo Caballero, y seguramente estará ahora por ahí pidiendo armas, está parado, no le

han ido bien las cosas y quiere cambiar el mundo de la noche a la mañana.

Su esposa apenas habló durante la cena, pero también mostraba un temor manifiesto por las cosas que estaban pasando. Mientras estábamos en el comedor, las voces de los grupos que pedían armas se escuchaban en la distancia, a través de los balcones completamente abiertos. Era como un rumor, “armas, armas, armas”, mezclado con el calor sofocante, un trueno sordo que anunciaba la tormenta inminente.

Después de cenar salimos Luís, Pedro y yo a la calle, en realidad no sabíamos adonde ir, era problemático que en algún centro oficial nos dieran una información digna de confianza, las noticias estaban en la calle, en medio del ambiente de crispación que se vivía. Subimos por el paseo del Prado y nos sentamos a tomar café en la terraza de un quiosco, no lejos de Cibeles. Por allí parecía que la agitación era menor y podíamos de esa forma hablar más sosegadamente. Luís nos expresó su temor de que Martínez Barrio no consiguiera enderezar la situación y que las masas terminaran armándose, bien porque las autoridades, situadas entre la espada y la pared, lo consintieran o bien porque asaltarán los cuarteles.

- Curiosamente –dijo Pedro- la mayoría de los fusiles que tiene el ejército en Madrid están desmontados, los cerrojos están en el cuartel de la Montaña y los fusiles están dispersos en diferentes acuartelamientos. Parece algo extraño, pero se ha actuado así como medida de seguridad. No se quien dio la orden, pero es indudable de que detrás de ella latía el temor de que pudiera estallar una revuelta

-Armar a las masas sería desatar una revolución – dijo Luís-, las armas irán a manos de los más radicales y tal como están las cosas la furia se cebará sobre lo más inmediato y más fácil: personas de derechas, religiosos, militares retirados...No habrá policías ni guardias

que puedan frenar a miles de personas armadas llenas de sed de venganza. La autoridad de la República desaparecerá, y ello hará más fácil la victoria de los sublevados.

-Entonces –le dije- ¿crees que el Gobierno puede hacer frente a la sublevación con las fuerzas de confianza que tiene a sus órdenes?

-Tu pregunta es inteligente, pero en todo caso habrá que esperar hasta ver qué fuerzas son las que están en juego. Supongo que si el levantamiento no se extiende demasiado y fracasa en muchos sitios, el Gobierno contará con una superioridad manifiesta y los rebeldes desistirán. Si es al revés, si es el Gobierno el que queda en situación de inferioridad, yo creo que debería reconocer su derrota y pactar con los sublevados una salida honrosa para evitar el enfrentamiento.

-¿Aunque ello signifique una dictadura?- preguntó Pedro.

-Amigos –dijo Luís- una dictadura es lamentable, pero posiblemente no duraría demasiados años. En todo caso es preferible a una guerra civil, porque al final de dicha guerra –que ojalá no se produzca- tendríamos también una dictadura, de derechas o de izquierdas, según su resultado.

-Lo peor –dije- es que la situación no quede claramente decantada hacia un bando u otro, con lo que la guerra sería inevitable.

-Ese es el peligro –dijo Pedro Valdivia- que supongo que Martínez Barrio tratará de impedir. En todo caso es absolutamente necesario, quizás con la mediación internacional, que pueda llegar a un entendimiento. Pero el entregar armas al pueblo no solucionará nada, hará que la situación se agrave y que la guerra civil sea la única alternativa. Yo creo que salvo que se encuentren en una situación de manifiesta inferioridad, los militares que se han sublevado no se volverán atrás, querrán la entrega del poder. No creo que se consiga apaciguarlos, saben que de no triunfar ahora, con la gente todavía impresionada por el

asesinato de Calvo Sotelo, no tendrán una nueva oportunidad. No, yo no creo que los rebeldes vuelvan a los cuarteles como si nada hubiera ocurrido. Seguirán adelante mientras puedan.

-Y caso de triunfar los sublevados ¿qué creéis que sucederá?

Hubo un silencio. Una sombra de duda sobrevolaba sobre ellos.

-Supongo que por lo pronto se establecerá una dictadura –dijo Pedro- aunque quizás se evolucione hacia una restauración monárquica...no sé, es una situación imprevisible.

-No creo que Alfonso XIII vaya a volver en estas condiciones- dijo Luís.

-Nunca se sabe. No olvidemos que la Restauración de Cánovas triunfó mediante el golpe militar de Martínez Campos- manifestó Pedro.

-Las situaciones históricas no suelen repetirse –me atreví a decir- la de ahora no tiene nada que ver con la de 1874, entonces no existía regímenes fascistas, ni comunistas, y el nivel cultural de España era muy distinto. Ahora tenéis una excelente nómina de intelectuales valiosos, de gente de prestigio.

-Si –dijo Pedro- pero estos intelectuales han estado y están muy comprometidos con la República, no es factible que colaboren con los sublevados. Además, muchos de ellos, como ya hemos hablado en ocasiones, viven como en otro mundo, al margen de la realidad, hasta que la realidad les pase por encima.

-Y ahora -remachó Luís- lo que va a determinar el futuro no es el pensamiento, va a ser la fuerza bruta, el peso de las armas, que va a desencadenar una violencia sin precedentes.

En general, veía a ambos bastante deprimidos, quizás también por el cansancio que arrastraban de todo el día, de un día en el que las noticias se habían ido sucediendo a borbotones. Quizás también

pesaban sobre mis amigos los riesgos que podrían abatirse sobre sus familias y sobre ellos mismos.

Tras largo rato nos levantamos y subimos por la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol, que seguía abarrotada de gente, algunos ya con armas largas. Al parecer, el jefe del Parque de Artillería, desobedeciendo las órdenes del Gobierno, era el que había entregado a los sindicatos varios centenares de fusiles. Mientras –era ya de madrugada- las noticias que se propagaban desde la central de teléfonos era que había estallado la sublevación en Valladolid y en Zaragoza, dos ciudades con guarniciones numerosas, lo que hacía previsible que las regiones en las que se asentaban fueran controladas rápidamente y los sublevados amenazaran a Madrid por el norte. Por otra parte, seguían las gestiones para formar un nuevo gobierno que evitara lo que ya era inevitable.

-Quizá –decían algunos- tras el asesinato de Calvo Sotelo el arreglo hubiera sido posible, pero ya parece demasiado tarde.

Llegaban noticias de los barrios obreros, en su mayor parte situados al sur, más allá de la estación de Atocha, en los que se habían levantado barricadas para cerrar el paso de los militares sublevados si se decidían a salir de los cuarteles. Se habían requisado automóviles y las fuerzas policiales no intervenían ante lo que era una clara usurpación de funciones.

Nosotros deambulamos durante toda la madrugada por los alrededores de la Puerta del Sol y por las calles que subían hasta la Gran Vía; estuvimos varias veces en la central telefónica, entramos en algunos cafés que permanecían abiertos y nos pasamos por las sedes de las centrales sindicales, en las que reinaba una gran algarabía y se notaba una gran profusión de armas, y en cuyas dependencias algunos militantes de más edad impartían clases apresuradas a los jóvenes obreros que no habían hecho el servicio militar, ensañándoles a

desmontar y montar los fusiles *Mauser*, a introducir los cargadores, a apuntar a blancos imaginarios...Un ambiente de excitación bélica y revolucionaria reinaba en dichos locales, donde también algunos preparaban botellas con gasolina, a las que colocaban una mecha.

-Esperemos que a nadie le de por fumar por aquí cerca- dijo Luís.

Con estos paseos se nos hizo pronto de día y terminamos desayunando nuevamente en el inevitable café Colonial para reponer fuerzas. El sueño me invadía, pero la trascendencia de aquellos momentos me hacía permanecer despiertos. Al poco rato corrió el rumor de que Martínez Barrio había fracasado en su intento conciliador y había presentado su renuncia al presidente Azaña. Se iba a constituir un nuevo Gobierno, con el compromiso de entregar armas a las organizaciones sindicales y a los partidos de izquierda, y organizar una resistencia popular junto a las fuerzas militares y policiales adictas a las autoridades. El nuevo Gobierno, del que pronto se supo la relación de sus miembros, lo presidía José Giral, catedrático de química orgánica de la Universidad de Madrid y político poco relevante, aunque bastante amigo de Azaña. Mientras, la sublevación había seguido su avance por Cataluña y las Islas Baleares. En Barcelona las tropas habían salido a la calle y combatían ferozmente en el centro contra los guardias de asalto y los anarquistas, que eran los predominantes entre el proletariado catalán. La pelota estaba en el aire, porque no se sabía en aquellos momentos que actitud iban a tomar las fuerzas de seguridad y los guardias civiles. A lo mejor esperarían hasta ver como se desarrollaban los acontecimientos.

La decisión del nuevo gobierno de armar a las masas para compensar de esta manera la inferioridad en que se iba encontrando por momentos, y que era una prueba de su desconfianza en los militares supuestamente adictos y en las fuerzas de seguridad, aumentó el pesimismo de mis amigos sobre lo inevitable de la guerra civil.

-En este momento es como si se hubiera firmado la sentencia de muerte de decenas o quizás centenares de miles de españoles. La guerra civil acaba de comenzar oficialmente –dijo Luís en un tono profético que me impresionó, mientras las lágrimas corrían por su rostro. Estas calles y los campos que nos rodean y los de la mayoría de España se van a llenar de sangre.

Durante toda mi vida he recordado esas proféticas palabras. Siempre he sostenido que los gobernantes republicanos no debían haber hecho frente a los sublevados enviando al pueblo por delante. Si no tenían fuerzas militares y policiales para parar a los rebeldes, debían haber desistido; se habría establecido entonces una dictadura, como por otras parte de establecería después, y habría habido una represión bastante dura, pero no se hubiera llegado a la catástrofe de la guerra civil, que es la cosa peor que le puede ocurrir a un pueblo; una catástrofe que en el caso de España provocó ríos de sangre y un número de víctimas y de exiliados de los que sólo se pueden dar cifras medianamente aproximadas, todo eso unido a algo más difícil de medir: el dolor personal y colectivo.

Luís y yo nos despedimos de Pedro, que quería quedarse por allí, y tras dar nuevamente una vuelta por los alrededores, nos separamos, quedando en vernos a primeras horas de la noche en el Colonial si la situación no había cambiado. Un poco medio sonámbulo me fui andando hacia mi pensión; serían las diez de la mañana cuando me tumbé en la cama y me quedé dormido como un tronco, mientras las imágenes de las últimas veinticuatro horas revoloteaban en mi mente, imágenes de multitudes en pie de guerra pidiendo armas.

4

A eso de las dos me llamó doña Amparo para el almuerzo. La mujer estaba asustada; aunque era domingo no se había atrevido a ir a la iglesia para escuchar misa, a pesar de ser una persona extremadamente devota. Mientras comía se sentó enfrente de mí, y quizás por considerarme neutral en todos aquellos vaivenes por mi condición de extranjero, me confesó su preocupación por un hijo suyo, que era capitán y que estaba destinado en Sevilla.

-Yo creo –me dijo bajando la voz- que mi Antonio está entre los sublevados, conozco sus ideas, y aunque es muy reservado, la última vez que estuvo aquí, hará cosas de un mes, me dijo que había inquietud entre sus compañeros de cuartel, “las cosas tienen que cambiar o las cambiaremos nosotros y no va a tardar mucho”. Fue alumno de la Academia de Zaragoza cuando el general Franco estaba allí de director.

Aunque él es de natural tranquilo, está en contra de este estado de cosas.

Yo le aconsejé que se tranquilizara, que personalmente pensaba que el enfrentamiento no llegaría muy lejos y que los sublevados encontrarían poca resistencia. Y también le recomendé que no le hablara a nadie de su hijo, que si le preguntaban dijera que no tenía noticias de él, que el ambiente de la calle estaba muy crispado y que la gente armada podía hacer cualquier cosa. Me comentó que en el cuartel de la Montaña estaban las tropas acantonadas, -ya deberían haber salido, añadió. Quizás tuviera razón, el tiempo corría en contra de ellos. Si es que realmente estaban sublevados debían haber aprovechado el vacío de poder que se había vivido desde la tarde del día anterior. Aunque también era posible de que conscientes de su inferioridad numérica frente a las masas y los guardias, esperaran la llegada de fuerzas procedentes de las provincias situadas más al norte.

Regresé a mi habitación y me pasé la mayor parte de la tarde escribiendo una crónica de los acontecimientos para el *Weekly*. A ratos acudía al comedor donde se encontraba doña Amparo y algún huésped escuchando la radio. Al parecer, el levantamiento había fracasado en Barcelona y tras una sangrienta lucha los militares se habían rendido. Doña Amparo estaba desolada, pero procuraba disimularlo.

A eso de las ocho me marché hacia el centro para encontrarme con Luís. En la calle de San Bernardo unos individuos armados con unos pañuelos rojinegros anarquistas me dieron el alto. Les mostré mi pasaporte y mi carnet de periodista. Se sorprendieron de que fuera inglés y se mostraron amables conmigo, e incluso me dieron a beber de una bota de vino que llevaban. Me despedí de ellos y continué mi paseo hasta encontrarme con mi amigo en el Continental.

Luís me resumió la situación en pocas palabras. La sublevación había triunfado en gran parte de Andalucía, salvo en Málaga y en alguna otra ciudad; en Granada los militares se habían echado a la calle a las cinco de la tarde. Por supuesto, también se había producido un triunfo absoluto en las ciudades de la submeseta norte (Valladolid, León, Palencia, Salamanca), en La Rioja, en Aragón, en Galicia, en las Baleares y en Oviedo, aunque sólo en la capital; en el resto de la zona cantábrica la situación era confusa. El jefe supremo de los sublevados, un general llamado Sanjurjo, había muerto cuando su avión se estrelló al despegar de Lisboa. En Valencia las tropas estaban acuarteladas, pero no habían iniciado ninguna acción hostil. Con relación a Madrid, se hablaba de que los guardias leales y las milicias que se estaban formando tras el reparto de armas, iban a asaltar el cuartel de la Montaña y otros situados en la parte del sur de la ciudad, posiblemente al amanecer, aunque esperaban que se rindieran antes si se les daban garantías de que no habría represalias, algo que en aquellos momentos era difícil de garantizar.

Recorrimos bastantes zonas del centro de Madrid; grupos armados detenían y comprobaban la documentación de los ocupantes. Oía a quemado en algunos lugares, y pronto comprobamos que varias iglesias y colegios religiosos estaban ardiendo por los cuatro costados. Quedamos impresionados por la estupidez; si la revolución popular se imponía a los militares sublevados, los colegios podrían ser incautados y dedicados a la enseñanza, teniendo en cuenta además de que eran centros bien acondicionados y con mejores medios que los colegios públicos. Quemar colegios e iglesias llenas de obras de arte era tirar piedras contra uno mismo. Aquello no tenía lógica desde cualquier perspectiva revolucionaria, era el desenfreno incontrolado que tanto temían los que estaban en contra de armar al pueblo. O también pudiera

ser que los que provocaban estas destrucciones era gente convencida de que iban a perder el envite, y que de esta manera causarían algún daño a sus potenciales enemigos, algo así como lo que en términos militares se denomina una acción de *tierra calcinada*.

No recuerdo muchos detalles de aquella noche, salvo el olor acre del humo de los incendios que se extendían por gran parte de Madrid. Comimos algo en los bares que estaban abiertos por la zona de la Plaza Mayor. Luego nos fuimos a la plaza de España, llena de gentes en actitud expectante, mirando en dirección al cuartel de la Montaña. El cuartel estaba en una zona más elevada y su aspecto sombrío parecía amenazador; no se distinguían apenas luces en él. Luego subimos hacia una calle próxima. En la parte delantera del acuartelamiento había una ancha explanada. Estaba amaneciendo; una enorme multitud bloqueaba todos los accesos. Comenzaron a intercambiarse disparos. Un avión que volaba muy bajo lanzó una bomba de poca potencia que explotó en algún lugar del edificio, levantando una pequeña columna de humo que fue celebrada por la gente que rodeaba el edificio. También trajeron unas piezas de artillería con la que hicieron algunos disparos que arrancaron trozos de paredes y los marcos de algunas ventanas. Desde el cuartel disparaban principalmente ráfagas de ametralladoras. Luego, los sitiadores enviaron a un emisario con una bandera blanca al que los militares dejaron entrar; llevaba un ultimátum exigiendo la rendición. Salió al cabo de un rato con resultados negativos: los militares no se rendían. Entonces volvieron los disparos, punteados de vez en cuando por algún cañonazo. Por fin, a eso del mediodía, se produjo el asalto al cuartel; la multitud se lanzó en tropel contra las entradas del edificio desafiando las balas y consiguió entrar; la lucha en el interior, por lo que luego ví, debió ser terrible, pero los sublevados no tenían posibilidades ante la avalancha humana que como un gigantesco maremoto había entrado en

el edificio. Cuando cesó el combate y se fue despejando el lugar, nos decidimos a entrar; de allí salían muchos individuos portando armas, corrajes, cascos, uniformes, que era el botín conseguido. El patio del cuartel era un inmenso rectángulo lleno de cadáveres y lo mismo alguna de las salas que se abrían a él. Olía intensamente a sangre y a pólvora. Observando a los caídos sobre los que comenzaban a revolotear las moscas se podía comprobar si habían sido fusilados, o arrojados desde los pisos superiores o apuñalados: también había algunos jefes y oficiales que inequívocamente se habían suicidado. Luego se había producido un saqueo sistemático, y a la mayoría de los muertos le habían quitado las botas. Salí de aquel lugar un poco mareado, y como mi pensión me cogía relativamente cerca me despedí de Luís y me fui para allá a descansar un rato. Saludé a doña Amparo que estaba alarmadísima, le conté lo que había visto y me fui a la cama directamente.

Me quedé dormido enseguida sin prestar atención al calor bochornoso y a los ruidos que subían de la calle. Estaba agotado después de vivir unas horas tan intensas. Me desperté alrededor de las siete y enseguida me acordé de mi novia. ¿Cómo estaría María Luisa? Sabía que en Málaga había fracasado la revuelta militar y que luego se había desatado una feroz represalia, produciéndose asaltos a centros oficiales y a domicilios de la gente adinerada. Tenía miedo por ella, pero confiaba que la nacionalidad británica de su padre fuera un escudo protector suficientemente eficaz.

Me levanté, a pesar de que todavía me sentía cansado, y comí un poco, aconsejado por doña Amparo, porque tal como estaban las cosas era difícil prever si al día siguiente se podría conseguir algo de comida. Luego me fui a dar una vuelta. Lo primero que observé fue que la ciudad había cambiado de aspecto. La mayoría de los comercios estaban

cerrados y la gente iba en mangas de camisa; las corbatas y americanas habían desaparecido, quizás por ser un signo externo de posición social acomodada, lo cual era muy relativo, porque los empleados de banca, los de las oficinas de seguros y muchos de los dependientes del comercio textil las llevaban habitualmente. Era peligroso andar por las calles, porque se producían tiroteos, algunos hablaban de francotiradores (a los que llamaban *pacos*) que disparaba, según decían, indiscriminadamente. Cogí el metro, que en aquellas circunstancias era más seguro, y me llegué a la Puerta del Sol, al edificio de teléfonos, donde la mayoría de los periodistas que quedaban eran de la prensa de izquierdas, ya que los periódicos de derechas habían sido clausurados y sus imprentas intervenidas. La situación general, según me explicaron, era confusa. Aunque los cuarteles situados al sur de la ciudad se habían rendido, habían estallado sublevaciones en Alcalá, Guadalajara y Toledo, y se estaban preparando columnas de milicianos, guardias y algunos militares de confianza para hacerles frente. También algunas fuerzas habían marchado al norte, para bloquear los puertos de Somosierra y Guadarrama, por los que podían avanzar los sublevados, que se habían apoderado de toda la submeseta norte.

Regresé también en metro a la pensión –se podía viajar gratis, porque nadie se preocupaba de cobrar los billetes- después de comer algo en uno de los pocos bares del centro que permanecían abiertos. Había controles por las esquinas y en los cruces, realizados por grupos de milicianos de diferentes organizaciones. Al mismo tiempo se producían registros, asaltos a domicilios y detenciones ilegales. Yo no sabía que hacer, si quedarme en Madrid, visitar los frentes o largarme a Inglaterra o a Gibraltar, cosa que en aquel momento era difícil y arriesgado hasta que la situación se aclarara. Y dándole vueltas a estas posibilidades me quedé dormido.

Al día siguiente me levanté temprano y me fui a la embajada británica, donde estuve bastante tiempo con Jim Collins, que me dio datos relativamente fiables de la situación.

-Esto ya es una guerra civil, Kevin, con dos bandos bien diferenciados. El Gobierno republicano controla las ciudades principales y las regiones industriales, pero el territorio está fragmentado en dos zonas. Teóricamente tiene ventaja, pero el problema es la falta de autoridad. Madrid es un caos, nadie sabe quien manda, se están produciendo asesinatos de personas de derechas, aunque no militaran en ningún partido, y también de eclesiásticos. Esta mañana han aparecido muchos cadáveres en las afueras y en la Ciudad Universitaria. El Gobierno no se fía ni siquiera de los militares que han permanecido a su lado. Es peligroso circular por las calles, entre los francotiradores y las patrullas de partidos y sindicatos, que actúan con bastante descontrol. Ten cuidado. En caso de necesidad vente a vivir a la embajada, te puedo buscar una cama plegable y un lugar donde puedas quedarte, y luego veríamos como salir de aquí, yo me quiero largar a Gibraltar y tú supongo que querrás volver a Londres.

-¿Sabes algo de Málaga?

-La situación allí es también caótica, la sublevación fracasó, y la ciudad está controlada por las organizaciones de izquierda. No hay noticias de que los británicos –allí hay bastantes en toda la costa- hayan sido atacados. Más bien parece que se les respeta. Tranquilízate, seguro que María Luisa y sus padres están bien.

-¿Ves factible que pueda trasladarme allí?

-Ahora ni se te ocurra. Las comunicaciones están casi paralizadas, hay numerosas patrullas y controles establecidos por los partidos, los sindicatos y las autoridades de los pueblos. Son gente que están armadas y posiblemente no son muy duchos en papeles. Y además los

frentes no están bien definidos. Es muy fácil que te disparen o te detengan. Mejor quédate en Madrid por ahora.

Me fui de la embajada a la Puerta del Sol, donde la animación de días precedentes había desaparecido. Se veían banderas de partidos y había carteles con consignas diversas. Circulaban preferentemente coches requisados con gente armada. Muchos bares y restaurantes estaban cerrados. Sólo pude tomar un bocadillo. Llamé a Luís a su domicilio y me dijo que su hermano mayor, Jorge, se había ido con una columna a la sierra. Me invitó a su casa, y a eso de las dos y media me presenté allí, después de enviar una breve crónica al *Weekly* sobre lo ocurrido en los dos últimos días.

Encontré a Luís y a su familia bastante preocupados por la situación. El padre se había reincorporado al Ministerio de Hacienda, como si no hubiera ocurrido nada. Esperaba permanecer allí, porque era un hombre neutral, un funcionario gris que nunca había intervenido en política y que había pasado gran parte de su carrera en los servicios de aduanas. Luís, por su parte, no sabía que hacer, no tenía ganas de estudiar, en aquella situación parecía ridículo pensar en unas oposiciones que seguramente no se celebrarían. Quizás pudiera buscarse un trabajo como traductor, porque hablaba bastante bien el inglés –en parte gracias a mí, pensé. Estuvimos comentando la situación con entera libertad, no en balde me conocían desde niño y sabían de mi discreción. El problema de Madrid era la inseguridad, especialmente para las personas consideradas de derechas o para quien tuviera la desgracia de no tener los papeles en regla. Había controles en muchos sitios, pero fuera de la acción de las autoridades, muchas de las cuales sólo ejercían como tales en las dependencias de los ministerios, sin que sus órdenes tuvieran eficacia fuera de ellos. Por encima de todo estaba además el

problema de los abastecimientos; muchos productos básicos, como el pan, la carne, el pescado y la leche comenzaban a escasear.

-Es lógico –decía Luís-, porque Madrid está como aislada, se ha interrumpido el flujo de productos del norte y de casi todo el sur, sólo llegan los procedentes de Levante, Murcia y La Mancha, pero además las carreteras no son muy seguras, porque en muchos lugares los propios militantes de los pueblos han establecido controles. La gente se ha puesto a acaparar alimentos. Si esto no se termina en pocos días va a haber un hambre espantosa.

Hablando con ellos cayó la tarde y empezó a oscurecer. Entonces apareció Jorge, el hermano de Luís, que venía del frente de Somosierra, con un uniforme pintoresco: un casco militar, una guerrera que le quedaba corta –era un chico alto- unos pantalones claros de su propiedad y unas alpargatas, además de un *Mauser* nuevo.

-Nos hemos venido a descansar –nos dijo con la mayor naturalidad- en un autobús requisado. Hemos quedado mañana a las seis para volver.

Según nos contó, la mayoría de los que formaban las milicias combatientes habían regresado a Madrid al igual que su grupo, dejando sólo unos cuantos compañeros de vigilancia, algo que me llenó de perplejidad: iban y venían del frente como el que trabaja en una fábrica o en una oficina.

-Y los jefes ¿os han dejado venir?

-Hombre, claro. Si no, los fusilan.

-¿Y tu ves eso normal?

-Yo no, Kevin. Pero no me iba a poner a soltarles un sermón, porque no me hubieran hecho caso. Allí en la columna no es como en el ejército, allí se vota todo, hasta el lugar donde se instalan las ametralladoras.

-Pienso que el Gobierno debía militarizar a la milicias.

-Sería lo mejor, pero no tiene fuerza para hacerlo. Muchos compañeros socialistas tienen esa idea, pero los anarquistas no se van a dejar militarizar así como así, eso sería ir contra sus principios ideológicos.

-¿Y tu ves con fuerza a las columnas de la sierra para avanzar por territorio rebelde?.

-No, por supuesto. Nosotros estamos conteniendo a los fascistas hasta que las autoridades reorganicen el ejército o creen uno nuevo y les den los medios oportunos, los cuales tendrán que adquirirlos en el extranjero. Y eso, desgraciadamente, tardará.

Me despedí de ellos y tomé el metro, con el que llegué hasta la glorieta de Quevedo y seguí luego a pié hasta la pensión. Sólo teníamos tortilla de patatas para la cena. Me fui a mi habitación y poco después, serían las doce, chispa más o menos, llamaron a la puerta. Eran tres individuos de las juventudes socialistas unificadas, que venían a hacer un registro. En aquel momento, además de doña Amparo y su hermana Gloria, en la pensión residíamos un señor mayor, que era viudo y funcionario, un representante catalán que se dejaba caer por allí esporádicamente y que estaba esperando que la situación se aclarara para volver a Barcelona, y yo. La mayoría de los huéspedes eran estudiantes que obviamente estaban de vacaciones.

-Aquí vive un diputado de la CEDA- dijo el que parecía el jefe del grupo.

-Se ha quedado algunas veces, pero ahora debe estar en su tierra, por la parte de Valladolid –dijo doña Amparo, sobreponiéndose al miedo.

-Aquí hay un sable –dijo uno de los individuos, un chaval con pecas y el pelo revuelto, aproximadamente de mi edad.

-El sable era de mi difunto marido, que murió en la guerra de África, lo mataron los moros –dijo con tono trágico doña Amparo.

-Es igual, nos lo llevamos, no se pueden tener armas en las casas.

-Y tú –dijo el jefe dirigiéndose a mí ¿qué haces? Tienes edad para estar con las milicias.

-Si, pero no puedo porque soy inglés.

-¿Inglés? ¡Pero si hablas como un andaluz!

-Es que me he criado en Gibraltar. Mira, camarada, este es mi pasaporte y ésta es mi credencial de periodista.

El individuo estuvo examinando los documentos con atención. Luego me los devolvió.

-Entonces ¿eres periodista?

-Si, trabajo como periodista en verano, para poder pagarme los estudios el resto del año.

-Eso tiene su mérito, inglés. Debían aprender los señoritos de aquí. ¿Y porqué Inglaterra no nos ayuda?.

-Ya lo hace. Los barcos ingleses están patrullando el Estrecho junto con los españoles para que los fascistas no pasen sus tropas –dije mintiendo descaradamente, porque estaba seguro de que Inglaterra no se iba a pringar en aquella guerra y la *Royal Navy* estaría, para no perder la costumbre, fondeada en aguas de Scapa Flow.

-Bueno, eso está bien. Dile a tu gobierno que nos mande también aviones –dijo el individuo que parecía el jefe, pensando que mis influencias políticas podían llegar a tan altos estamentos.

-No harán falta los aviones. Con la flota británica patrullando los militares rebeldes están perdidos –afirmé con la mayor desfachatez.

Se fueron los de la patrulla, y doña Amparo y su hermana se quedaron llorando y muertas de miedo. Yo le dije que más valía que se hubieran llevado el sable que a una de ellas. Pero lo peor era la

sensación de indefensión en que se hallaba la gente, amenazadas por las detenciones ilegales de cualquier patrulla incontrolada. Indudablemente, el Gobierno no dominaba la situación, y de aquella forma no le sería fácil parar a los sublevados.

Los dos o tres días siguientes salí poco, sólo para hablar con Jim en la embajada y para enviar una extensa crónica a la revista y un telegrama tranquilizador para mis padres. La situación militar se iba aclarando, ya podía reconstruirse sobre el mapa la situación de cada bando. En Toledo los sublevados se habían hecho fuertes en el Alcázar, mientras en Valencia la guarnición no había llegado a sublevarse. En Madrid lo peor era el hambre durante el día y el miedo durante la noche. Todas las mañanas, en la zona de la Moncloa, en los parques y en los descampados del este de la ciudad aparecían cadáveres de personas detenidas y fusiladas sin ningún trámite judicial; a esa forma de actuar la llamaban el *paseo*. Las patrullas de partidos y sindicatos que actuaban al margen de las autoridades buscaban militares, eclesiásticos y militantes de partidos de derecha, sin que faltaran las denuncias anónimas contra personas no incluidas en dichos colectivos, muchas veces por asuntos económicos o profesionales. De noche, a partir de las diez o las once, comenzaba la cacería, a veces con la colaboración de porteros y serenos o de vecinos con afán de venganza; la caza continuaba hasta las primeras luces del alba. Normalmente las patrullas venían en coches requisados, paraban delante de una casa y a los pocos minutos bajaban a alguien y partían a toda velocidad para asesinarlo en las afueras o en algún solar solitario.

Una tarde llamaron a la puerta de la pensión y apareció un hombre de unos cincuenta y tantos años vestido de campesino. Era un hermano de doña Amparo que ejercía de sacerdote en un pueblo importante de la provincia, no recuerdo si en Alcalá de Henares o en Aranjuez. La iglesia

y su casa habían sido asaltadas y él se había venido andando hasta Madrid. El problema es que llegara una nueva patrulla y lo localizara en el piso; por eso debía tener un refugio a mano. Estuvimos valorando los lugares más adecuados y a mí se me ocurrió fabricarle un escondite en un pequeño cuarto trastero, cuya entrada bloqueamos con un armario. Utilizando una sierra y otras herramientas abrimos una puerta en el mamparo trasero del armario, puerta que disimulamos lo mejor que pudimos y que permitía en una emergencia acceder al trastero y cerrar la falsa puerta y la verdadera. Colgamos ropas en el interior del armario para dar mayor sensación de naturalidad. De día, el hermano de doña Amparo ocupaba la habitación del representante catalán que ya se había marchado con la esperanza de reunirse con su familia en Barcelona. Un amigo de la familia le buscó al sacerdote una documentación falsa de empleado de una librería de Sevilla, que estaba esperando regresar a su lugar de trabajo cuando los fascistas se rindieran.

El sábado 25 de julio me llevé un buen susto, un susto de esos que nunca se olvidan con el paso del tiempo. Venía andando desde la Puerta del Sol, a eso de la una de la tarde cuando me dio el alto una patrulla de un sindicato. Le enseñé mi documentación y no parecieron muy convencidos, especialmente cuando vieron en mi pasaporte los sellos de entrada y salida de Alemania de hacía dos años. Les expliqué que había estado allí de visita, en la Universidad de Berlín, pero que yo estudiaba en Londres, y en verano trabajaba de periodista. Me dijo que yo parecía inglés, pero que era andaluz, seguramente el hijo de algún terrateniente, y que a lo mejor estaba allí de espía. Entonces le sugerí que llamara a la embajada. El que parecía llevar la voz cantante me explicó que allí no tenían teléfono, y que me iban a llevar a un centro de detención para que hicieran las averiguaciones oportunas. Dos tipos armados con fusiles me esposaron y me llevaron dándome empujones a un edificio con aspecto

de colegio que se encontraba varias calles más allá. Allí se hicieron cargo de mí, y a un individuo que estaba en una habitación próxima a la entrada le volví a mostrar mi documentación, que observó con curiosidad; luego le conté a grandes rasgos mi historia, el porqué de mi acento andaluz y las causas por la que estaba en Madrid. No pareció tampoco muy convencido. Le rogué que llamara a la embajada y preguntara por Jim Collins, e incluso le hablé de mi amistad con Jorge Serrano, el hermano de Luís, que estaba en una milicia socialista en Somosierra, aunque allí no le conocían. El individuo se dignó por fin a apuntar los datos de la embajada y quedó en hacer las gestiones, pero luego me amenazó:

-Tu historia es muy rara. Lo de la embajada ya lo averiguaremos. Mientras te vamos a bajar al sótano, que hay unos compañeros que querrán oír tu historia. No te hagas el listo porque esos no se andan con bromas.

Protesté, pero me contestaron con un empujón y un culatazo en el pecho que me hizo caer y rodar por el suelo. Enseguida me levantaron y me bajaron por una escalera hasta una habitación grande, con aire de sordidez. En un banco pegado a la pared estaba un joven de mi edad, que me miró con curiosidad.

-¿Porqué te han traído? –me dijo.

Le expliqué todo lo que había ocurrido:

-Debe ser una equivocación, yo soy un periodista británico, aunque sólo en vacaciones, estudio en el *Imperial College* en Londres, hablo bien el español porque he pasado ocho años en Gibraltar y vivía en San Roque, pero estos tíos no me creen'.

Me contó que a él lo habían detenido en su casa aquella mañana, estudiaba ingeniería industrial, estaba sólo en su casa porque le habían quedado dos asignaturas e iba a una academia durante el mes de julio;

su familia estaba pasando las vacaciones en Galicia. Le acusaban de pertenecer a las juventudes de Acción Popular, conocidas como JAP.

Estuvimos hablando como media hora ¿o acaso fue más tiempo?. Me dijo que se llamaba Felipe, aunque no recuerdo su apellido, y que tenía veinte años. En un momento dado se abrió la puerta y entraron tres individuos armados.

-Bueno –dijo uno de ellos- ahora me vais a contar lo que sabéis. Os advierto que todos los que pasan por mis manos terminan cantando. Tú me vas a decir el nombre de tus amigos de las JAP y donde viven, y tú –dirigiéndose a mi- que dices que eres inglés, me vas a contar que haces en Madrid y para quien trabajas.

Yo volví a insistir en que era inglés, que no tenían derecho a detenerme y que hablara con la embajada británica, ya lo están haciendo, pero allí parece que no te conocen, porque eres un espía de los fascistas.

A mi compañero de infortunio lo cogieron y a empujones se lo llevaron a una habitación contigua, donde al poco se oyeron golpes, gritos y lamentos; supuse que le estarían dando una paliza para que les contara cosas. La paliza duró lo menos media hora, y al poco lo trajeron inconsciente y lo tiraron a un rincón. Yo vomité por lo que estaba viendo. Pensaba además que la iban a emprender conmigo a continuación. Uno de los individuos me cogió por los pelos y me aproximó a la víctima, que tenía el rostro congestionado y sudoroso y los ojos extraviados.

-¿Has visto como está?. Ahora vamos a empezar contigo si no nos dice la verdad.

Otro individuo me dijo que me desnudara, y yo le contesté que no me daba la gana, que aquello era ilegal y que yo era inglés y que se les iba a caer el pelo; entonces me dio un bofetón, y yo le di una patada en los testículos que hizo que se doblara dando un gemido. El compañero

alzó el vergajo y me dio varios golpes en la espalda y en el trasero. Menos mal que entonces se abrió la puerta de la sala y entró el individuo que me recibió a la entrada, el cual se dirigió a mí de forma más suave:

-Ya está bien. Ha habido un error. Han venido por ti los de la embajada inglesa. De buena te has librado.

Sentí que me quitaban un peso de encima y me entró una sensación de ingravidez. Subí con el individuo que había venido a buscarme y allí arriba me encontré a Jim Collins y a un funcionario que conocía de vista. Me abracé a Jim, mi tabla de salvación.

-Ha sido una confusión, lo siento –dijo el individuo. Puede irse, aquí tiene la documentación y un salvoconducto.

Salimos a la calle y subimos a un coche con el banderín británico que estaba en la puerta.

-Menos mal que llegasteis, si no me hubieran matado allí abajo

Le conté lo que había visto en el sótano. Entonces decidimos ir a la Dirección General de Seguridad con objeto de poner una denuncia. Nos recibió un policía de paisano, que apuntó los datos y la información que le dimos con desgana; seguramente no sería la primera. Luego nos dijo que ellos no podían hacer nada, que las policías paralelas que habían montado las organizaciones políticas de izquierda eran las que controlaban la situación, sin consultarles para nada, detenían a quienes les daba la gana, torturaban, asaltaban los domicilios y ejecutaban a los que querían en las afueras. La policía oficial tenía que mirar para otro lado, se lamentó. Me recomendó que me refugiara en la embajada.

- Allí estará usted seguro, porque los que lo han detenido hoy tienen sus datos y saben que usted los ha visto actuar, y bueno –añadió- les puede dar por ir a su pensión y darle el paseo, ya me entiende..

Nos marchamos de allí con una sensación de impotencia generalizada. Jim me dijo que recogiera mis cosas en la pensión de doña

Amparo y que me fuera con ellos a la embajada. Llegamos a la calle Vallehermoso y doña Amparo al contarle lo de mi detención se disgustó mucho y no consintió en cobrarme la última semana que había estado allí alojado. Me dijo que si conseguía salir de España le escribiera a su hijo militar que estaba destinado en Sevilla. Luego nos fuimos con mis pertenencias a la embajada y allí Jim consiguió una cama portátil que logramos montar en su habitación. Por la noche conseguí hablar con Luís y le conté lo ocurrido, y él me aconsejó que no saliera por el momento.

Aquella noche dormí mal, me escocían los golpes que me habían dado en el centro de detención y además me acordaba del muchacho golpeado salvajemente por el simple hecho de pertenecer a una asociación juvenil de un partido que hasta el día en que comenzó la sublevación era perfectamente legal. En mi cabeza retumbaban los gritos desgarradores del estudiante, que seguramente a esas horas estaría ya muerto y tirado en alguna cuneta. ¿Se podría decir que la República era un estado democrático después de contemplar aquello?. Pensé que desde la tarde del dieciocho de julio –o quizás desde el asesinato de Calvo Sotelo- ya no existía en España ningún tipo de democracia ni de garantías jurídicas, ni en una zona ni en otra.

Al día siguiente asistí a una reunión de funcionarios de la embajada a media mañana, en la que estuvieron analizando la situación, que de momento parecía estacionaria. Los militares avanzaban por Andalucía para unir las porciones de territorio aisladas, mientras que los anarquistas catalanes atacaban por Aragón, aunque en realidad ningún bando había hecho progresos importantes. Franco había conseguido montar un sistema de transporte aéreo para las tropas coloniales entre Marruecos y Sevilla, gracias a la ayuda de los aviones alemanes; al parecer, en pocos días esperaba tener disponible un contingente de 10.000 soldados aguerridos, legionarios y regulares principalmente, y

avanzar sobre Madrid. A aquella fuerza, la República, que había cometido el error de licenciar a los soldados, sólo podía oponer milicias desorganizadas.

Jim me dijo que nuestro Gobierno estaba facilitando la repatriación de los británicos que quisieran salir de España. La embajada iba a seguir funcionando, aunque con menos personal, en parte por la escasez de alimentos. Él era uno de los que iban a ser evacuados, y por supuesto me había incluido a mí también. Saldríamos en autobús hasta Valencia por Albacete, y en el puerto valenciano un destructor británico nos llevaría en una primera etapa a Gibraltar. Telegrafíé al *Weekly* exponiéndole mi situación, y al día siguiente me contestaron diciéndome que desde Gibraltar pasara a la zona rebelde para enviar algunas crónicas desde allí.

En los días siguientes la situación no varió. Yo sólo hice unas salidas cortas por la zona de la embajada. La caza de los sospechosos continuaba. Miles de simpatizantes de los sublevados habían quedado atrapados en la ciudad. Estaban como indefensos, esperando el avance de las columnas rebeldes y una liberación que se iba demorando. Y desde la medianoche hasta el amanecer sólo se escuchaban las carreras y chirridos de los automóviles de las patrullas, gritos aislados, voces, disparos lejanos. Era el Terror con su cara siniestra, como el Terror que se dio en la Revolución Francesa y posiblemente en otras muchas. Supuse que en la zona rebelde estaría ocurriendo lo mismo. Miles de personas vigilaban la calle desde las ventanas entornadas temiendo ser ellas las próximas víctimas. El Gobierno había perdido la autoridad, el orden público se le había ido de las manos, ni siquiera aquellos gobernantes eran capaces de asegurar el abastecimiento de la población; el hambre se había enseñoreado de la ciudad.

El día 31 de julio salimos en dos autobuses, en total éramos unas sesenta personas. Nos precedía un coche de la embajada, y en los vehículos llevábamos bien visibles la bandera británica. Tiramos por Albacete, porque en la provincia de Cuenca una parte del territorio estaba dominado por una milicia anarquista, la columna Rosal, que solía poner dificultades al paso de los que pretendían ir hacia la costa. A Valencia, tras pasar diversos controles, llegamos al caer la tarde; nos llevaron directamente al puerto, llamado El Grao. Allí había varios buques; uno de ellos, el *Mar Cantábrico*, era una prisión flotante, en el que se hacinaban varios centenares de presos de derechas, al parecer en condiciones inhumanas. Nosotros subimos al destructor y allí nos fueron acomodando por las diversas zonas del mismo. Con los que habíamos llegado de Madrid seríamos unos ciento cincuenta civiles. El buque levó anclas antes de media noche y salió a mar abierto, tomando rumbo sur, manteniéndose a no mucha distancia de la costa. Me dijeron que navegábamos a unos veinticinco nudos, por lo que al día siguiente, a las siete de la tarde, avistamos la Roca y una hora más tarde atracábamos en el puerto. Habían habilitado algunos centros de acogida, aunque yo me fui con Jim a su casa.

5

A la mañana siguiente estuve paseando con mi amigo por el puerto y la ciudad, en la que había bastantes refugiados españoles procedentes de la parte de Algeciras, donde habían triunfado los rebeldes. Por lo general eran personas de izquierda o simplemente apolíticas, pero que se sentían amenazadas y que contaban hechos parecidos a los que yo había visto en la zona gubernamental. Yo les dije que en Madrid había una gran inseguridad, que el Gobierno había perdido el control, y que podía ser tan peligroso para una persona neutral estar en una u otra zona. Les aseguré que Gibraltar era en aquellos momentos el sitio más seguro.

Nos llevamos ambos una gran sorpresa cuando en un bar nos topamos con Paco del Pino. También él había huido, porque por su

condición de comunista su cabeza peligraba. Pensaba trasladarse lo antes posible a Málaga para desde allí tratar de llegar a Valencia o si le era posible a Madrid e ingresar en las milicias del partido.

-Esas tienen una disciplina férrea, con la forma de actuar de los anarquistas la guerra estará perdida, Kevin.

Yo le conté mi experiencia en Madrid y mi detención y las cosas que había visto.

-Hace falta un gobierno fuerte, indudablemente. Pero lo que has visto, con ser lamentable, es una consecuencia de la revolución, una de sus facetas siniestras. Mira, Kevin, es posible que para conseguir la igualdad y la felicidad social tengan que sacrificarse una o dos generaciones. Y la nuestra va a ser la primera.

-No me convences –le dije. Las cosas pueden cambiarse haciendo el menor daño posible a las personas.

-Hay tantas injusticias y tantas desigualdades que no creo en los cambios, sino en la revolución.

No le contesté. Me temía que iba a correr mucha sangre inocente antes de que consiguieran su ideal de la sociedad perfecta.

Luego me contó que nuestro amigo Pepe Santamaría había sido asesinado por una columna anarquista procedente de Málaga que atacó de improviso San Roque después de que allí se sublevaran los militares. Se lo habían dicho algunos de los huidos del pueblo. El padre de Pepe estaba herido, pero a nuestro amigo, que estaba allí pasando las vacaciones, lo detuvieron y lo fusilaron en una esquina, no lejos de su casa. Lo sentí mucho, Pepe era un muchacho estupendo, que vivía al margen de la política, entregado a sus estudios de medicina. Una víctima completamente inocente. Recordé las excursiones que hizo con nosotros, sus aptitudes para bucear a pulmón libre. Posiblemente lo

detuvieron por azar, o alguien indeterminado pudo acusarlo de ser algo religioso, o de que se padre tenía una posición desahogada. Nunca lo sabríamos. El caso es que era el primer muerto de nuestro grupo juvenil. Luego nos despedimos de Paco, que pensaba alcanzar Málaga en un buque de pesca, que saldría de Gibraltar al caer la noche.

Conseguí un salvoconducto y me presenté en San Roque, en casa de Jesús. Él se había salvado por poco de la matanza en la que cayó Pepe. Posiblemente le movilizarían pronto; se había apuntado de prisa y corriendo a la Falange, aunque sus convicciones ideológicas eran escasas. Hablé con don Adolfo, que era muy pesimista con la situación, desde hacía tiempo la República le había decepcionado. ‘

-Dios sabe cuanto tiempo durará esto, Kevin, los sublevados van a paso de tortuga, el fallo ha sido el fracaso de la flota, en este momento los republicanos están divididos en dos zonas separadas y los militares controlan otras dos también separadas’.

Estuve al día siguiente en Algeciras haciendo los trámites para que me dieran un salvoconducto y me permitieran ejercer como periodista en la zona sublevada. Me indicaron que sólo podían darme un pase para Sevilla y que allí tramitara mi petición ante las autoridades militares.

El día 5 de agosto se produjo una batalla en el Estrecho, a la que asistimos desde Punta Europa. Un convoy de tropas sublevadas consiguió cruzar desde Ceuta a Algeciras, gracias al auxilio de la aviación, que atacó a un buque de guerra republicano que intentó en vano interceptar el convoy, en el que iba una parte importante de las tropas coloniales. Con ellas y con el puente aéreo montado en los primeros días, la mayor parte de las tropas de África habían pasado ya a la Península.

-Ahora van a saber los republicanos lo que es bueno -me dijo Jesús aquella noche en un bar de La Línea en un tono belicista poco habitual

en él-, lástima que se haya perdido medio mes en esta operación, que era la más importante de cara al éxito de la sublevación.

Al día siguiente, en un autobús regular de pasajeros partí desde Algeciras hasta Sevilla, a la que llegamos ya anocheciendo. En la carretera numerosos camiones llevaban a las tropas desembarcadas hacia Jerez, desde donde seguirían por ferrocarril hasta Sevilla. El *Weekly* me había remitido una cantidad importante, equivalente a unas diez mil pesetas, para mis gastos de alojamiento. La revista quería conocer de primera mano lo que estaba pasando en la zona nacionalista. Yo, desde Gibraltar, les había enviado un resumen lo más aséptico posible sobre mi estancia en Madrid, mi detención y nuestra posterior evacuación por mar desde Valencia, junto con mi opinión personal de que el Gobierno republicano había perdido los papeles y que la violencia se había adueñado de las dos zonas..

En Sevilla me alojé en una casa de huéspedes de la calle Mateos Gago, calle que desemboca en una plaza en la que está la torre de la Giralda, la Catedral y el llamado Palacio Arzobispal, y que está situada prácticamente en el centro, cerca de la zona comercial. La sensación que daba la ciudad a primera vista era la de normalidad, pero era una normalidad extraña, artificiosa. Había muchos militares por las calles y muchas gentes que llevaban escapularios y medallas religiosas, o bien las camisas de color azul oscuro de los falangistas. En los barrios de la periferia y en el de Triana se notaban las huellas de los combates que se habían librado en ellos para dominarlos; la lucha había durado varios días y las tropas africanas y la artillería se habían tenido que emplear a fondo. En Sevilla contacté con algunos británicos que seguían viviendo allí, por lo general personas que ocupaban puestos importantes en compañías fabriles, bancarias y de seguros, o relacionadas con el comercio portuario. Aunque todas las actividades represivas eran

coordinadas por las autoridades y especialmente por el delegado de orden público, un capitán de infantería llamado Manuel Díaz Criado, del que la gente hablaba con un manifiesto temor, lo cierto es que las patrullas, que actuaban preferentemente de noche, tenían cierta autonomía. A veces su forma de actuar recordaba a la que utilizaban en Madrid los izquierdistas: detención arbitraria, ejecución y abandono de los muertos en las afueras de la ciudad, que muchas veces eran enterrados sin ningún tipo de identificación. Por otra parte, había numerosos detenidos y ante la insuficiencia de la prisión se habían habilitado otros lugares: cines, comisarías, los sótanos de la plaza de España, plaza que yo recordaba de cuando se inauguró la exposición de 1929, e incluso hasta un barco atracado en el puerto fluvial, el *Cabo Carvoeiro*, convertido en prisión flotante, en el que se hacían centenares de personas en unas condiciones espantosas, agravadas por el intenso calor que hacía en la ciudad.

Al poco de llegar fui al edificio que llamaban de la División para solicitar un permiso como periodista y un salvoconducto para circular por la zona y de esta manera poder ejercer mi actividad. Tuve que rellenar documentos y hacer una declaración de lo que había visto en Madrid. Me dijeron que aquello a lo mejor tardaría. Para acelerar los trámites busqué al capitán Méndez, hijo de doña Amparo, y tuve la suerte de dar con él enseguida, ya que trabajaba en una oficina de aquel mismo edificio; pertenecía al estado mayor. Yo lo había conocido el año anterior, y cuando le hice llegar el aviso de que traía noticias de su madre me recibió de inmediato. Le conté mi experiencia en Madrid, el registro en la pensión, mi detención y nuestra evacuación posterior. Le manifesté mi deseo de trabajar allí algún tiempo como periodista y él se ofreció para facilitarme los trámites burocráticos. Me abstuve de comentarle que aunque llevaba poco tiempo en la ciudad me había dado cuenta de que

las barbaridades que se estaban cometiendo eran similares a las de la otra zona, aunque aquí parecían más controladas y fríamente planificadas.

En la ciudad no había escasez de comida, quizás por estar en una región esencialmente agrícola y con fácil acceso al mar. Pero había un miedo generalizado que contrastaba con el excesivo optimismo de los partidarios de los sublevados. En aquel momento, una fuerte columna de varios miles de soldados profesionales avanzaba ya por Extremadura para unir la zona sur con la del norte. El avance era más fácil porque el flanco izquierdo era la frontera portuguesa, y los portugueses apoyaban sin disimulo a los rebeldes.

La casa de huéspedes o pensión donde me alojé pertenecía a un matrimonio de edad madura. En realidad la dueña era la mujer, Matilde, mientras que el marido no tenía una profesión definida, aunque según me dijo intervenía en las transacciones comerciales que se hacían casi todos los días en la calle Sierpes, a la que acudían gente relacionadas con la actividad agrícola y ganadera, para comprar y vender partidas de cereales, o de naranjas o de melones, o bien animales, como vacas y cerdos. Su función era poner de acuerdo a los que deseaban vender y a los que querían comprar, sacando de todo ello una comisión. Sin embargo, desde el triunfo electoral de las izquierdas en febrero el negocio había bajado, “el dinero es miedoso”, me decía. Y ahora con la guerra la situación no había mejorado, las operaciones militares seguían por Andalucía y esto dificultaba el comercio. El hombre, que se llamaba Tomás, había ingresado en los guardias cívicos, rebautizados pomposamente poco después como Milicia Nacional. Estaban encargados de realizar servicios en la retaguardia: vigilancia en la calle y en las estaciones, descubrimiento de posibles enemigos y a veces escoltar detenidos, siempre bajo el mando de los militares; por lo general

eran personas de cuarenta o más años, que no reunían la edad y las condiciones físicas para ir a los frentes de combate, pero que colaboraban en aquellas tareas auxiliares, aunque no de una forma continuada. Recuerdo que una mañana al amanecer, ya llevaba yo allí cosa de una semana, el hombre llegó con el rostro desencajado y me dijo con aire compungido que había tenido que escoltar y presenciar la ejecución de unos sesenta detenidos. Los habían ido a buscar a una comisaría y a un cine, los sacaron atados de dos en dos, los habían introducido en unas furgonetas cerradas y éstas, escoltadas por varios automóviles –en uno de los cuales iba él- se habían dirigido a la parte exterior del cementerio, donde un piquete de regulares marroquíes los iba fusilando a medida que ellos los sacaban a empujones de las furgonetas. El hombre venía impresionadísimo y le tuvieron que dar una pastilla para los nervios. Un médico que se alojaba también en la pensión le hizo un certificado en el que puso que Tomás padecía de una afección de estómago y de esa forma en un tiempo no tendría que intervenir en aquellos macabros espectáculos.

Una tarde, paseando por un lugar llamado el Barranco, que era un mercado de mayoristas de pescado, próximo al cual paraban los tranvías que iban a los pueblos de los alrededores, se me acercó una mujer de cierta edad, con una gran expresión de angustia en su rostro, parecía como que hubiera perdido la razón, sin yo decirle nada me contó que buscaba a su hijo, Miguel me dijo que se llamaba, que tenía dieciséis años y que lo habían detenido dos días antes.

-No se ha metido nunca en nada, ha estado desde que empezaron los tiros en casa porque yo le echaba en la comida unos polvos para dormir que me dio el boticario, pero lo han detenido y no está en ninguna cárcel, nadie sabe nada.

Yo pensé que seguramente lo habrían asesinado en cualquier sitio y su cadáver estaría pudriéndose en alguna cuneta o habría ido a la fosa común. La tranquilicé y le dije que seguramente aparecería, que yo conocía –mentí- varios casos. La acompañe al tranvía que salía para su pueblo y le dije que si sabía algo la avisaría. Me quedé acongojado, y aquella noche dormí bastante mal, la expresión desolada de aquella madre no se me borraba de la cabeza.

Una de las ocupaciones de la gente en aquellos días era escuchar las charlas que el general Queipo de Llano daba por las noches y que eran transmitidas por la radio. Yo también las oía e iba tomando notas taquigráficas de ellas. Las charlas eran delirantes, el general daba cuenta de los avances de las tropas nacionalistas, hacía digresiones ininteligibles y lanzaba amenazas contra los marxistas, a los que acusaba de cometer asesinatos y a los que fulminaba con las penas mas brutales. Algunos oyentes le escuchaban fascinados, aunque no era buen orador; oyéndole me di cuenta de la importancia de la propaganda como arma de guerra.

El 14 de agosto me dieron por fin la documentación de periodista agregado a las columnas que avanzaban hacia Madrid. Pero demoré mi marcha porque la dueña de la pensión, doña Matilde, me dijo que al día siguiente iba a haber un acto solemne al que acudiría el mismo Franco. El acto se iba a desarrollar en la llamada plaza Nueva, delante del Ayuntamiento. Allí me dirigí con bastante anticipación, en realidad estaba a menos de diez minutos a pié de mi alojamiento. La plaza estaba completamente llena, en gran parte por gente uniformada y por señoras vestidas con la mantilla que suele utilizarse en España para los grandes acontecimientos. Franco llegó pronto, pero Queipo de Llano se retrasó; luego los dos, acompañados de otros militares y algunos paisanos y del cardenal de la ciudad, salieron al balcón principal. En primer lugar se

arrió la bandera republicana y se izó la enseña bicolor, roja y amarilla, a los acordes de la antigua marcha real. Después vinieron los discursos. Primero habló Franco, del que me sorprendió su baja estatura y su voz atiplada, el cual besó la bandera y le dijo a la multitud que allí la tenían de nuevo, “era nuestra y nos la querían robar”. Después intervino Queipo de Llano, con un discurso largo y confuso, y por último tomó la palabra un militar inválido, Millán Astray, que había sido al parecer el fundador de la Legión en 1920. Era mejor orador que los otros dos, vehemente y teatral, y terminó su breve e inflamado discurso gritando “¡Viva la muerte!”, uno de los alucinantes lemas de las fuerzas legionarias. Millán Astray era el surrealismo en versión castrense. Muchos de lo que me rodeaban se sorprendieron de que fuera un periodista inglés, y yo aproveché la ocasión para decirle que había conseguido escapar de Madrid, donde estuvieron a punto de matarme por creer que era el hijo de un señorito andaluz. Los chavales uniformados me escucharon boquiabiertos y más de uno me dijo que los ingleses debían enviar su flota para ayudarlos a luchar contra los rojos. Más o menos, lo mismo que había oído en Madrid.

Dos días antes, las columnas nacionalistas habían tomado Mérida, junto al río Guadiana y las dos regiones sublevadas quedaron unidas. Fue un éxito estratégico, porque las fábricas de proyectiles de Sevilla podían enviar munición a las tropas de la zona castellana y a los buques de guerra que estaban fondeados en los puertos de Galicia. El día 14, Badajoz, en la frontera portuguesa, fue tomada tras un sangriento asalto al que –según las noticias que fueron llegando– siguió una matanza de grandes proporciones.

Decidí incorporarme a las fuerzas que avanzaban. Hablé con el capitán Méndez, que me invitó a acompañarle a Badajoz, adonde tenía que trasladarse por motivos oficiales. Dejé mis pertenencias en la

pensión porque pensaba regresar, les pagué un mes por adelantado y a primeras horas del 17 de agosto salí en un coche oficial con el capitán Méndez y un joven teniente.

Tardamos unas seis horas en hacer el recorrido de Sevilla a Badajoz; a partir de un pueblo llamado Las Pajanosas el terreno se hace agreste, con una monótona sucesión de colinas y con numerosas curvas en la carretera; luego, treinta y cinco millas más tarde, pasada una población más grande, llamada Monesterio, las colinas van desapareciendo y el terreno se vuelve más llano. No había poblaciones grandes, salvo la de Zafra, que era también un pequeño nudo de comunicaciones. No entendía como era posible que las fuerzas de las columnas hubieran tardado tanto en avanzar desde Sevilla hasta Badajoz, unos once días, si no tenían ningún ejército delante, y así se lo comenté al capitán Méndez.

-No tenían fuerzas militares delante y no ha habido batallas, es cierto –me dijo-, pero había muchos grupos de izquierda defendiendo los pueblos, y gente de derecha detenida. Ha habido que irlos liberando y todavía quedan algunos aislados. Ten en cuenta, Kevin, que esto no es una guerra normal, como fue la guerra europea, sino una guerra civil.

Deduje que, además de alcanzar lo antes posible los objetivos militares habría sido necesario que la contrarrevolución nacionalista tuviera que ir aniquilando a la revolución social que se había desencadenado tras la sublevación militar. Aún así, me parecían muchos días para alcanzar el río Guadiana. Se avanzaba lentamente también en la zona de Andalucía, y de hecho Granada y su comarca no quedarían enlazadas con Sevilla hasta el día siguiente, porque las fuerzas que iban avanzando conquistaban pueblo tras pueblo en lugar de hacer un avance veloz.

Las huellas de la lucha se notaban en algunos lugares: casas quemadas, paredes llenas de impactos de bala, automóviles y camiones averiados o volcados cerca de la carretera. Había numerosos controles militares. Toda la zona era básicamente rural, no llegué a ver una sola fábrica. Y desde Zafra a Badajoz apenas se pasa por lugares poblados, sino que se cruzan grandes extensiones de terrenos con encinares.

Ya en Badajoz los efectos de los combates se notaban abundantemente. Los asaltantes abrieron una brecha en la muralla de la ciudad y tras sufrir bastantes bajas habían penetrado en ella. Entonces comenzó un combate urbano y numerosos edificios fueron asaltados. Los asaltantes ejecutaban sobre el terreno a los que se resistían o a los que tenían alguna señal de haber disparado un fusil, lo que se notaba por el enrojecimiento producido en el hombro por el retroceso del arma.

La ciudad presentaba un aspecto lamentable, con destrozos en algunas casas, tiendas asaltadas y muebles y objetos variopintos esparcidos por aquí y por allí. Los fusilamientos habían sido numerosos, según me contó un periodista portugués con el que coincidí cerca de la catedral, y aún seguían. Había muchos detenidos en la plaza de toros, donde también se ejecutaba a bastante gente. Los fusilamientos se hacían sin ningún tipo de preámbulo legal, basándose en indicios o informes. En la ciudad se habían concentrado antes del asalto numerosos campesinos huidos de los pueblos ante el avance de las columnas.

Aquella noche dormí en una pensión barata donde también se alojaban algunos militares. Al día siguiente me acerqué al cementerio, donde vi una gran cantidad de cadáveres que habían sido quemados en grandes montones e iban siendo enterrados. Hacía mucho calor y un aire sofocante se extendía por todo el lugar. Por otra parte, algunas fuerzas

comenzaban a abandonar la ciudad para proseguir el avance cuya dirección obviamente, unidas ya las dos zonas nacionalistas, era Madrid.

La represión en Badajoz y en diversos pueblos de la provincia había sido bastante violenta, superando ampliamente los asesinatos producidos durante la revolución desatada allí tras el 18 de julio. Le pregunté, haciéndome el ingenuo, la causa de todo aquello al capitán Méndez, el cual me hizo un resumen de la situación:

-Ya te dije, Kevin, que esto no es una guerra normal, sino una confrontación civil. A veces no se sabe bien quien es amigo o enemigo. Los que no están con nosotros están contra nosotros, no caben posturas intermedias. Las columnas que han tomado Badajoz tienen que seguir su camino, y no pueden dejar una ciudad llena de enemigos a sus espaldas, enemigos que podrían volver a hacerse dueños de la ciudad.

La explicación tenía su lógica militar, aunque se había tirado por el camino más fácil y más cruel, sin detenerse mucho en separar a los dirigentes de los simples militantes de izquierda o a los que solamente eran simpatizantes o gente apolítica.

Estuve unos cuatro días en Badajoz y luego retorné a Sevilla, donde la ciudad vivía un ambiente de exaltación bélica y de triunfo fácil contra las unidades del gobierno republicano, que en aquel momento no tenía un ejército medianamente organizado entre Madrid y Andalucía. Los núcleos aislados de la sublevación habían sido ya englobados. En el sur, la zona sublevada comprendía toda Andalucía Occidental y la parte de Granada; las tropas se aproximaban lentamente a Ronda. Yo, por mi parte, no había conseguido noticias directas de María Luisa, aunque algunas personas evacuadas desde Málaga por los medios más rocambolescos me aseguraron que a las familias extranjeras (y su padre evidentemente lo seguía siendo) las habían respetado, aunque mucha

gente de la burguesía que vivía en el centro, en la Caleta y el Limonar habían sido detenidos o fusilados.

Estuve varios días en Sevilla, dando vueltas por un sitio y por otro. Conseguí un pase para visitar la base de Tablada, lo que hice con un periodista norteamericano y con otro portugués. La base tenía varios hangares, y en ella se veían aviones de transporte alemanes *Junkers 52* y otros italianos, junto a modelos más antiguos y alguna avioneta; la actividad allí era casi normal, ya que la mayor parte del ejército de África había sido transportado a la Península desde fines de julio a primeros de agosto, y con ellos se habían podido organizar las columnas que marchaban sobre Madrid. Según nos informaron allí algunos militares (la información que aparecía en la prensa era poco fiable) las tropas nacionalistas habían irrumpido ya en el valle del Tajo y avanzaban sobre Madrid; tenían que conquistar necesariamente Talavera, que era una población importante y nudo de comunicaciones. Pensaban que quizás antes de tomar Madrid se intentara ocupar Toledo, lo cual sería una buena propaganda por el hecho de liberar a los sitiados del Alcázar y que además serviría para consolidar el flanco derecho del avance. Otros decían que el objetivo debía ser llegar a Madrid cuanto antes, y que cayendo Madrid se podría tomar Toledo enseguida. Aquellos militares que hablaban con nosotros eran pilotos en su mayoría, y normalmente realizaban misiones de bombardeo sobre las posiciones que iban a ser tomadas por las columnas, o bien ametrallaban a las milicias que defendían lugares estratégicos; normalmente tenían poca oposición en el aire y alababan a los cazas italianos por su maniobrabilidad.

Una noche me acerqué a una calle del centro donde estaba situada una comisaría de policía en la que se hacinaban los presos. A medianoche los guardias cortaron la calle. Yo tomé por una vía paralela y pude ver a lo lejos como sacaban atados a los detenidos y los subían a

las furgonetas, y más tarde vi pasar a mi altura el convoy que llevaba a aquellos desgraciados a las tapias del cementerio, situado al norte de la ciudad. Luego, por la mañana, la ciudad parecía vivir en una normalidad, en una falsa cotidianeidad, porque el miedo estaba presente en el ambiente, igual que lo estaba en Madrid, aunque allí los uniformes, los carteles y el aspecto de los militantes era diferente, y la simbología religiosa había sido proscrita, todo lo contrario que en la zona nacionalista, donde se vivía un fervor mesiánico.

En los primeros días de septiembre las columnas tomaron Talavera, tras una breve batalla. Madrid estaba tan sólo a 75 millas, es decir, al alcance de la mano. Algunos calculaban que podrían llegar en unos diez días, aunque por otra parte era previsible que la resistencia se endureciera considerablemente. Como consecuencia de la caída de Talavera se produjo un cambio en el gobierno republicano, que pasó a estar presidido por el socialista Francisco Largo Caballero, y formado por representantes de los partidos de izquierdas.

No sabía que hacer en Sevilla. El calor me agobiaba y el ambiente de fanatismo y represión continuada, el Terror nacionalista, me deprimían irremisiblemente. No tenía noticias de María Luisa, ni posibilidad de conseguirlas; la ofensiva en la parte de Málaga estaba detenida en las montañas que limitaban la provincia. Decidí marcharme unos días a Gibraltar, ya que de esa manera podía enviar mis informaciones al *Weekly* con una total claridad, sin tener que pasar por la censura impuesta a la prensa por los militares. Obviamente tuve que conseguir los salvoconductos para poder circular fuera de Sevilla.

En Gibraltar me encontré más a gusto. La guerra estaba cerca, pero lejana al mismo tiempo. Aquello era un oasis. Pude redactar tranquilamente una extensa crónica y remitirla por correo aéreo. También le escribí a mis padres y al director del *Imperial College* para explicarle mi

situación y solicitar un aplazamiento de mi reincorporación al centro hasta primeros de año o –si las cosas se prolongaban- hasta la primavera. No se me olvidó escribirle a María Luisa, aunque no tenía confianza de que la carta le llegara; en ella no lo comentaba nada de mi estancia en la zona nacionalista, porque existía la posibilidad de que la leyera otras personas y la pusiera a ella y a su familia en una situación comprometida, que tal como estaban las cosas podía resultar peligroso. Al parecer, según decían algunos evadidos de Málaga, la ciudad y su zona de influencia funcionaban de forma bastante independiente del gobierno republicano, de hecho estaba regida por un comité multiforme que no podía asegurar la vida de las gentes, especialmente si eran poco afectas a los partidos de izquierda, seguridad que a los miembros de dicho comité seguramente no le importaría demasiado.

Volví a encontrarme con Jim Collins, que esperaba reincorporarse al servicio diplomático, aunque no tenía realmente ninguna prisa. Me contó que Paco había llegado a la zona republicana –le había escrito desde Valencia- tal como era su propósito. Y que Jesús Hernández se había incorporado al ejército nacionalista y seguramente andaría con las columnas que marchaban sobre Madrid.

Convencí a Collins (la verdad es que no me costó mucho trabajo) para que se viniera conmigo a Sevilla. Aunque él no era periodista, pudo obtener un carnet que acreditaba su supuesta actividad, como miembro de la agencia Reuter. Preparamos la documentación, solicitamos nuevamente los salvoconductos a las autoridades españolas y los dos nos plantamos en Sevilla el atardecer del 24 de septiembre. Nos quedamos en mi pensión, en la que tenía alquilada indefinidamente la habitación y en la que conseguimos instalar una cama supletoria para Jim. Los días siguientes estuvimos vagabundeando por la ciudad, en la que el día 28 se produjo una gran manifestación de júbilo

(convenientemente dirigida por las autoridades) por la conquista de Toledo. Por otra parte, Franco había sido designado jefe del gobierno de los sublevados y su toma de posesión iba a tener lugar en Burgos el primer día de octubre. Para poder asistir a aquel acontecimiento conseguimos alquilar un automóvil junto con el periodista portugués que conocí durante mi visita a Tablada y otro italiano llamado Pietro Casilari. Llegamos a Burgos a primeras horas de la tarde del día 30 de septiembre, tras pernoctar en un pueblo llamado Baños de Montemayor, conocido por su balneario en el que, según nos dijeron, pasaba temporadas Manuel Azaña. Por supuesto, aquel verano el señor presidente de la República no había ido, ni se esperaba que fuera a medio plazo.

El día 1 de octubre se llevó a cabo la toma de posesión de Franco, según decían unos como jefe del Gobierno, y según otros como jefe del Estado. Era el Jefe con mayúsculas. ¿Qué más le daba a sus partidarios de lo que tomara posesión?. Franco llegó por la mañana a la plaza donde se encontraba el edificio de la capitania, acompañado del general Mola, notoriamente más alto y con gafas. Yo me encontraba allí con Jim Collins que me susurró en inglés: “hoy es su 18 Brumario”. Entraron dentro del edificio, donde el general Cabanellas, un anciano con barba blanca que presidía por su mayor antigüedad la llamada Junta de Defensa (que había actuado como gobierno provisional desde julio) le hizo entrega del poder absoluto, tan absoluto como el de Felipe II cuatro siglos antes. Según me informaron algunos periodistas españoles que pudieron entrar, Franco pronunció un discurso delirante, en el que al final dijo: “Ponéis en mis manos a España. Mi mano será firme, mi pulso no temblará y yo procuraré alzar a España al puesto que le corresponde conforme a su historia y que ocupó en épocas pretéritas”. Luego Franco salió al balcón del edificio y ante la multitud que gritaba pronunció unas

palabras que no se entendieron bien, aunque en realidad eso era lo de menos. Después hubo un desfile de tropas delante del nuevo jefe, situado con sus generales en la puerta del edificio. Y a continuación se dirigieron a la catedral para un acto religioso, un *Te Deum* decía la gente. Era indudable que los nacionalistas ya tenían un mando unificado, y un mando férreo, frente al caos que imperaba en la zona republicana, donde sólo el partido comunista parecía ser capaz de imponer el orden. Por la noche, Franco pronunció un discurso por la radio, en el que entre otras cosas dijo que “España se organizaba como un estado totalitario”; luego expuso su programa de gobierno, en el cual dijo una serie de ideas generales, sin concretar demasiado: eliminación del sufragio universal, obligatoriedad del trabajo, estabilidad de los sueldos y concordato con la Iglesia, junto a una serie de medidas económicas bastante conservadoras.

En Burgos y en otras ciudades castellanas que visitamos el ambiente era de exaltación patriótica y belicista, de aplastar a los rojos, de no dejar títere con cabeza de las instituciones republicanas, todo ello unido a una alucinación religiosa que tenía ribetes de cruzada medieval. Había por otra parte un trasfondo de represión que se notaba en las cárceles abarrotadas, en mujeres haciendo cola en las puertas de las prisiones para entregarles ropa y alimentos a los detenidos, en los disparos de los pelotones de ejecución al rayar el alba, en las detenciones nocturnas, en el dolor mal disimulado de la gente en los barrios extremos.

Tras deambular por Castilla, Jim Collins y yo conseguimos aproximarnos al frente de combate, que iba avanzando poco a poco hacia Madrid, aunque la resistencia de los republicanos se hacía cada vez más intensa, pero era una resistencia deslavazada. De todas formas, las columnas habían tenido ya bastantes bajas desde primeros de agosto

y ahora se movían con mayores precauciones. Entre algunos militares con los que conversamos existía la creencia de que Franco no atacaría Madrid directamente, sino que bordearía la capital, dejándola a la derecha de su avance y seguiría hacia el norte, introduciendo sus tropas por el gran espacio existente entre la capital y las sierras; de esta forma podría coger entre dos fuegos a los republicanos que defendían los pasos montañosos. Esta maniobra hundiría posiblemente todo el frente desde la provincia de Ávila hasta la de Guadalajara y permitiría el asedio de Madrid y, dada la escasa reserva de alimentos de la ciudad, la caída de la capital en poco tiempo. Las columnas, acostumbradas a desenvolverse en grandes espacios, eran imbatibles en campo abierto por las desorganizadas milicias republicanas. Sin embargo, el asalto a una ciudad grande era un problema más complicado, de ahí que entre los militares predominara la idea de una gran maniobra envolvente; la conquista de las sierras que rodeaban Madrid permitiría además garantizar las conexiones con la región castellana y cortar el suministro eléctrico a la ciudad.

Sin embargo, las operaciones militares que se desarrollaron en la segunda mitad de octubre no apuntaban en ese sentido; las columnas de legionarios y regulares avanzaron por el sur, conquistando uno tras otros los pueblos de la periferia, así hasta llegar a las líneas de trincheras que se habían excavado alrededor de la ciudad. El avance fue ralentizándose al par que aumentaban las bajas. Poco después se lanzó un ataque poco imaginativo hacia el oeste de Madrid, a través de unas colinas cubiertas de árboles que llamaban Casa de Campo, y que en realidad era un bosque no muy frondoso donde los madrileños iban a solazarse los domingos. El ataque, ya en los primeros días de noviembre, se paralizó, salvo algún avance escaso por la zona de la llamada Ciudad Universitaria. Pronto llegaron en socorro del ejército republicano

unidades de voluntarios internacionales, organizadas por los comunistas, formadas por gente entrenada y con buen armamento. Y ahí terminó el avance de las tropas de Franco. Ambos bandos establecieron un frente continuo de trincheras que recordaba, salvando las distancias, a las imágenes de la guerra europea que yo había visto en las fotografías y en los noticiarios cinematográficos antiguos. Mala cosa, porque ese tipo de guerra necesitaba cantidades ingentes de soldados, y cualquier avance provocaba un número enorme de bajas. Pensé (y Collins me dio la razón) que Franco se había equivocado en su estrategia, y esa equivocación iba a prolongar la guerra un tiempo notoriamente largo.

6

A primeros de noviembre regresamos a Sevilla. Allí lo único que hicimos fue dar vueltas por la ciudad. Comprobamos que el entusiasmo de los meses anteriores había disminuido; se esperaba la entrada en Madrid y los planes se habían ido al traste. Además, el gobierno nacionalista había movilizadado a varios reemplazos y eran muchas las familias que tenían hijos o hermanos incorporados al ejército. Se habían habilitado hospitales para los heridos, los cuales, según tuve ocasión de comprobar, arribaban de madrugada a las dos estaciones con que contaba la ciudad, a fin de que la visión de los heridos en combate no repercutiera en la moral de la población. Por otra parte, en el frente de Aragón los ataques de las milicias anarquistas catalanas habían quedado detenidos y los contendientes se vieron obligados a atrincherarse. En consecuencia, se había llegado en todos los sitios, incluso en el sur, a la

guerra de trincheras, situación que no parecía que fuera a cambiar durante el invierno.

Los países europeos, por otra parte, habían constituido un comité de no intervención en la guerra española, según el cual no se le iba a proporcionar ayuda ni a vender armas a ninguno de los dos bandos. Gran Bretaña y Francia, que tenían importantes intereses económicos en España, fueron los países promotores del mismo; además, no querían que la guerra se extendiera por Europa. Los franceses tenían miedo de los alemanes y mis compatriotas británicos no deseaban involucrarse en una guerra europea, ni tampoco simpatizaban mucho con el gobierno extremadamente izquierdista de los republicanos españoles. Entre la clase política británica predominaban los partidarios del “apaciguamiento”, que como luego se vería provocó efectos contrarios a los que pretendía conseguir.

Si la política de no intervención hubiera sido aplicada escrupulosamente, la posición de Franco se hubiera ido debilitando, porque la República, a pesar de su desorganización, poseía la mayor parte de la industria y de los recursos económicos y financieros, y controlaba las ciudades más pobladas, a excepción de Sevilla y Zaragoza. Sin embargo la República tenía dos problemas importantes: uno geográfico, ya que estaba fragmentada en dos zonas bastante separadas entre sí, y otro militar, que era la carencia de oficiales expertos. Por otra parte, en la zona franquista –como ya se la llamaba– se había hecho una enorme operación de captación de recursos económicos, especialmente oro y plata, entregados por los particulares desde el principio de la guerra. En general, en ella los precios se habían mantenido estables y la comida no escaseaba, mientras que en algunas zonas de la República, como en Madrid y en el centro, había una manifiesta penuria de alimentos.

Pero el comité de no intervención no llegó a ser tomado muy en serio. La prueba era la venta de pertrechos, principalmente armas, por parte de la Unión Soviética a la República, pertrechos que llegaban por vía marítima. Por otra parte, en la zona nacionalista los aviones eran generalmente alemanes e italianos, y no era infrecuente ver personal militar de estos países –se les llamaba asesores o instructores- por las calles.

En Sevilla nos aburríamos los dos, porque no había cosas relevantes. La prensa era preferentemente pura propaganda nacionalista, y en ella se iba desarrollando un culto a la personalidad de Franco, ya designado en todas partes con el sobrenombre de Caudillo. Collins y yo, unas veces solos y otras juntos íbamos por los barrios proletarios y escuchábamos a veces historias espeluznantes de los primeros días de la guerra y de las detenciones y fusilamientos arbitrarios que todavía se seguían produciendo. Eso y llegarnos también por las estaciones para ver el trasiego de tropas, o subir a los cerros de la comarca del Aljarafe, al oeste de la ciudad, desde donde se podían ver los movimientos de aviones de la base de Tablada. En una ocasión contemplamos un intento de bombardeo de esta base; cinco aviones republicanos (Collins me comentó que eran modelos rusos) se aproximaron desde el nordeste y fueron recibidos por disparos de la artillería antiaérea establecida en uno de aquellos cerros, a la izquierda de una población llamada San Juan de Aznalfarache. Los aviones rompieron la formación y se dispersaron al darse cuenta de que les disparaban, y cada uno tiró sus bombas donde les pareció; la mayoría de ellas explotaron en el campo de hierba de la base y en un naranjal próximo; luego los aparatos se marcharon apresuradamente por donde habían llegado. Nos dio la impresión de que los pilotos venían a cumplir un trámite sin pararse mucho en localizar los objetivos, que seguramente serían las instalaciones de la base y los

aviones allí estacionados, o una industria química situada en la orilla opuesta.

Ya en diciembre comenzaron a correr rumores acerca de la llegada de contingentes de tropas italianas para reforzar la situación militar de Franco. Al principio yo no le di crédito a esas noticias, que suponían, caso de ser ciertas, una flagrante violación de los acuerdos de no intervención, pero con el paso de los días los rumores fueron haciéndose más persistentes.

A primeros de diciembre tuve una aventura curiosa y agradable. Paseaba yo por una calle popular de Sevilla, una calle larga y más bien estrecha que conducía al barrio de la Macarena. Estaba oscureciendo y hacía algo de frío. En un momento dado se me acercó una mujer ya entrada en años y con disimulo me dijo que si quería pasar la noche con una muchacha muy guapa y muy fina. Yo me sorprendí un poco y le pregunté si era la encargada de una casa de prostitución, pero ella me contestó que no, que la muchacha que me ofrecía pasaba por apuros económicos y necesitaba ganar algún dinero, que ella se había fijado en mí porque le parecía un muchacho serio que seguramente necesitaría compañía. Me preguntó si yo era de la parte de Algeciras, a lo que yo contesté que no, que era inglés; la mujer pensó que no podía ser cierto, hasta que le conté en pocas palabras mi historia. Yo no sabía que hacer, pero picado por la curiosidad seguí a la mujer, que me llevó a una casa de mediana presencia con tres pisos independientes; llegamos a la primera planta por una escalera que rechinaba al subir. Allí me hizo pasar a una vivienda pequeña, decorada modestamente, aunque con un cierto gusto, y me presentó a una chavala más o menos de mi edad, con la que me dejó solo, marchándose ella discretamente. La chica se llamaba Reyes y era una guapa morena con los ojos verdes. Se notaba en ella una cierta distinción. Me contó que actuaba de esa manera por

cuestiones económicas; su padre, funcionario del Ayuntamiento, había sido fusilado por pertenecer a Izquierda Republicana –“en mala hora”, exclamó- y tenía además dos hermanos varones detenidos en la plaza de España, aunque esperaba que los liberaran pronto y los enviaran al frente; su madre andaba por culpa de todo aquello con la cabeza algo ida. Ella vivía en una casa contigua, aquel pequeño piso se lo había dejado la señora que me abordó en la calle, que era prima de su padre. Yo le conté a grandes rasgos quien era y que cosas hacía en Sevilla, y que había subido por curiosidad, pero que no quería abusar de su situación apurada, que eso iba en contra de mis principios.

-No debe remorderte la conciencia –me dijo-, vivimos tiempos difíciles, y lo que hace unos meses podía parecer feo ahora no lo es. ¡Han pasado tantas cosas!

Me preguntó si estaba solo en Sevilla, y yo le contesté que vivía en una pensión con un compañero de Gibraltar, que mi novia estaba en Málaga y no sabía nada de ella desde hacía meses, que no había regresado a Londres para terminar mis estudios con la esperanza de que las tropas conquistaran Málaga y poder ver entonces a María Luisa. Reyes me dijo que tuviera paciencia, que la guerra no iba a durar siempre.

La conversación y el tono cariñoso de Reyes me iban excitando; de hecho yo no había estado con una mujer desde hacía tiempo, no me acordaba de la última vez. ¡Ah!, sí, fue en Madrid en vísperas de la sublevación militar. La verdad es que me encontraba algo solo, y falto de sexo y de afecto femenino. Reyes, por otra parte, no era una profesional, sino una chica normal lanzada al sórdido mundo de la prostitución enmascarada, camuflada por las necesidades económicas. Supuse que había otras muchas en su misma situación.

Me senté en un sofá junto a ella y tomé sus manos entre las mías. Estuvimos hablando bastante tiempo, de cosas cada vez más íntimas. Después nos besamos y nos abrazamos. Así permanecimos largo rato. Luego ella me condujo hasta una habitación contigua, en la que había una cama de buena factura. En la penumbra, sólo alumbrados por la luz que venía del saloncito, nos desnudamos ritualmente y nos metimos en la cama. Hacía frío, pero el cuerpo de Reyes me daba un calor delicioso. Estuvimos allí un tiempo largo, quizás tres horas. Ella tenía poca experiencia y yo fui en cierto modo el que tomó la iniciativa. Cuando terminamos y me vestí pensé que me había enamorado un poco de la chica, que tenía una delicadeza especial. Le pagué generosamente, a ella le pareció mucho, yo le dije que en cambio para mí era poco, y que aquella tarde había sido inolvidable. ‘

-Un día me iré, quizás definitivamente –le dije al marcharme- pero mientras tanto quiero estar contigo todo el tiempo que pueda, quiero que no estés con ningún otro hasta que yo me vaya.

Y de esta forma quedamos para días posteriores, para que no se apagara el fuego que habíamos encendido. Cuando llegué a la pensión, pasadas las doce de la noche y algo hambriento, Collins adivinó que había tenido una aventura amorosa.

-Hueles a perfume de mujer, Kevin, tienes mucho éxito, joven, guapo y con dinero fresco del *Weekly* eres un buen partido, y tu novia tan ajena, sitiada en Málaga con la canalla marxista.

Éstas últimas palabras las pronunció imitando a Queipo de Llano, que las utilizaba un día sí y el otro también en sus charlas radiofónicas.

Mi relación con Reyes se mantuvo, en contra de la opinión de Jim Collins, que aseguraba que no cuajaría. Yo la visitaba algunas tardes y la ayudaba económicamente. No quería que estuviera con otro, sino que egoístamente me esperara a mi solo. Nuestros encuentros eran discretos

(aunque supongo que serían observados por los vecinos), normalmente al oscurecer y terminaban antes de las diez, aunque en alguna ocasión estuvimos toda la noche juntos. Me encontraba el calor de Reyes rodeado por el frío de la habitación. Me contó que a su padre lo detuvieron a fines de agosto y lo fusilaron, a pesar de su intachable conducta en su puesto de funcionario municipal, a primeros de septiembre. Ella iba con frecuencia a llevarle comida y ropa limpia a sus hermanos detenidos.

Jim Collins se marchó a mediados de diciembre a Gibraltar, cosa que yo aproveché para escribir una extensa crónica sobre los hechos acontecidos en España en las últimas semanas, crónica que él envió posteriormente a Londres. Por otra parte, en mi pensión sevillana recibí una carta de mi padre en el que me aconsejaba que dejara mis actividades periodísticas y me reincorporara al *Imperial College*, aunque respetaba mi decisión si quería quedarme más tiempo. Mi madre había añadido unas líneas: “vuelve, Kevin, no seas cabezota”. Y Tony me enviaba una cuartilla donde insinuaba que yo no volvía porque tenía un plan erótico entre manos. Llegue nuevamente a la conclusión de que el pelmazo de mi hermano era un obseso sexual, aunque en esta ocasión había dado en el clavo.

Los rumores que circulaban sobre la llegada de tropas italianas a España iban tomando cuerpo. En Navidad, mi amigo el periodista Pietro Casilari me informó que el día 22 de diciembre habían llegado a Cádiz 3.000 camisas negras, un total de veinte compañías, que tenían carácter de voluntarios, aunque la mayor parte de los mandos eran del ejército regular. Y a fines de año llegaron otros 3.000. En los primeros días de enero yo vi a bastantes de ellos paseando por Sevilla. La no intervención era para los fascistas italianos un papel mojado, igual que para los soviéticos con su venta de armas y el envío de asesores militares y

políticos a los republicanos. Los militares italianos llevaban vistosos uniformes, y aunque su porte no era tan marcial como el de los asesores alemanes, mostraban un aire de suficiencia, convencidos posiblemente de que venían a una misión redentora y que aquello sería un paseo militar. También me enteré a través de mi amigo el periodista norteamericano que las compañías petrolíferas de Estados Unidos habían garantizado el abastecimiento de combustible a Franco, algo imprescindible para asegurar la continuidad de las acciones militares.

Yo, desde que había conocido a Reyes, me encontraba muy a gusto en Sevilla. Vagabundeaba de día, cogía noticias de aquí y allá, hablaba con militares y paisanos y por la tarde me iba con mi amante al pequeño apartamento de ella, donde invariablemente terminábamos haciendo el amor en la cama o en algún otro lugar, había que ser variado y no caer en la rutina. Ella se entregaba a mí apasionadamente y yo procuraba no defraudarla. Allí me encontraba como en un paraíso y no quería pensar en que más tarde o más temprano tendría que finalizar nuestra relación. El recuerdo de María Luisa se difuminaba con la presencia de Reyes, aunque luego, por las noches, en el cuarto de mi pensión este recuerdo volvía a asaltarme y pensaba que le era infiel a mi novia. “Pero en fin – me decía a mi mismo- la guerra es la guerra”, y no sabía cuando volvería a verla, si es que en realidad la volvía a ver alguna vez.

En enero, no podría precisar la fecha, comenzó a circular el rumor de que Queipo estaba proyectando un ataque masivo sobre Málaga, aprovechando las unidades italianas que iban llegando a Cádiz y su excelente equipamiento en artillería y en vehículos. Si uno consultaba el mapa se podía ver claramente que Málaga formaba un peligroso entrante en el territorio nacionalista; un ataque combinado por varios puntos con un ejército organizado podía eliminar fácilmente aquella bolsa. No había que ser un experto de estado mayor para darse cuenta de ello. Me hice

el propósito de seguir de cerca aquel avance. Por eso mi primera intención fue dirigirme a Gibraltar de nuevo, pero las dificultades eran grandes porque las carreteras que llevaban al sur estaban bloqueadas por las unidades mecanizadas italianas y los camiones que llevaban a las tropas que iban a intervenir en el ataque proyectado. En teoría, la ofensiva iba a desarrollarse por sorpresa, pero en la zona nacionalista de Andalucía era algo conocido, ya que hasta aquel momento de la contienda nadie había visto tal despliegue de medios.

El ataque se desencadenó la mañana del día 5 de febrero, mediante la acción de varias columnas de tropas italianas y españolas que forzaron los pasos montañosos y atacaron por Ronda, Antequera, Loja, Zafarraya y Órgiva, además de avanzar por la carretera de la costa desde Manilva. Yo conseguí un salvoconducto ese mismo día y me puse en camino hacia Algeciras, junto con Pietro Casilari y dos periodistas más. Quizás presintiéndolo, el día anterior había estado bastante tiempo con Reyes, y ella, que tenía un sexto sentido, me dijo que había soñado que me marcharía pronto, “quizás mañana”, me dijo. Se abrazó a mi llorando

-Vuelve Kevin, siempre me encontrarás aquí, siempre que quieras vuelve a mi lado.

Me emocioné y le dije que aunque tuviera que marcharme volvería en cuanto pudiera. La verdad es que Reyes había ido desplazando a María Luisa en mi deseo, aunque no sabía como reaccionaría cuando estuviera lejos de ella.

El día cinco nos quedamos en Gibraltar, yo en casa de Jim Collins (para no perder la costumbre), y mis acompañantes en una pensión. Desde Punta Europa se escuchaban sordamente algunos cañonazos en dirección a Estepona y Marbella. Al día siguiente envié una nueva crónica al *Weekly*. A la salida del edificio de Correos uno de mis colegas

me dijo que el frente de Málaga había saltado en mil pedazos y las tropas avanzaban sin apenas encontrar resistencia. Decidimos esperar hasta el día siguiente para unirnos a la columna que avanzaba por la costa. Ese mismo día conseguí hablar por teléfono con mis padres, que se emocionaron al oírme, y me dijeron que me volviera a Londres lo antes posible.

-Si, pero me gustaría casarme primero con María Luisa.

-Bueno, soltero o casado te vuelves, Kevin, y te traes también a María Luisa, dile a su padre que, tal como se están poniendo las cosas en Europa, aquí vamos a necesitar pronto sus conocimientos de ingeniería'.

El 7 de febrero por la mañana salimos de Gibraltar por la carretera de la costa. El avance de la columna había sido rápido y había pocas huellas de los combates, salvo algunos vehículos destruidos o averiados. A mediodía llegamos a Marbella. A partir de ahí fuimos más despacio, ya mezclados con las tropas. Había un embotellamiento de vehículos; más de una vez nos detuvieron en los controles, aunque tras comprobar nuestros papeles nos dejaron seguir. Al anochecer estábamos en Torremolinos, donde tuvimos que hacer noche, durmiendo como pudimos en el automóvil. Por fin, al día siguiente las tropas nacionalistas entraron en Málaga por la mañana; al parecer una parte de la población había huido en dirección a Almería, a pesar del bombardeo naval a que estaba sometida la carretera de la costa. Al entrar en Málaga por el barrio obrero de Huelin ví una escena que me llenó de congoja y me hizo pensar en lo absurdo de la guerra. Entre la escasa gente que presenciaba la entrada de las tropas había un pobre tonto, un oligofrénico, que miraba asombrado los vehículos militares; entonces, un militar, creo que un sargento, le dijo al hombre que saludara, y éste levantó el puño, como había visto hacer a la gente en los meses anteriores; entonces el militar

le disparó, matándole en el acto. A mi me entraron náuseas y mis acompañantes me contuvieron para que no bajara de nuestro coche y le recriminara al militar su conducta con un pobre subnormal, “ese salvaje es capaz de dispararte también a ti, Kevin”, me dijo Pietro Casilari.

En el centro de la ciudad se veían numerosos edificios destruidos o con importantes daños; la calle Larios era una pura ruina. Por lo general esas destrucciones se produjeron durante los primeros días de la guerra, como consecuencia de los actos vandálicos de los revolucionarios, más que durante los bombardeos y la escasa lucha producida al entrar las tropas. El espléndido Hotel Miramar estaba convertido en hospital. En la zona de La Caleta y El Limonar había muchos chalets que habían sido estúpidamente incendiados; otros, con mejor criterio, habían sido incautados y convertidos en sedes de diferentes organismos. Me llegué enseguida a la vivienda de María Luisa, la verdad es que estaba nervioso, no sabía lo que me iba a encontrar. Subí por el paseo arbolado, viendo muchas casas incendiadas y con los jardines arrasados o notoriamente descuidados, en los que brotaba una vegetación desordenada, y por fin llegué al chalet de los Townshend. Respiré hondo: estaba intacto. Llamé dos veces, esperé y al poco salió María Luisa a abrir. Al verme se abrazó a mi y me cubrió de besos apasionados, Kevin, oh Kevin, por fin has vuelto, me llegó tu carta, con retraso y abierta. Entramos abrazados. María Luisa estaba algo desmejorada, cosa que también le noté a sus padres, posiblemente habían pasado por dificultades a la hora de encontrar comida. Encontré la vivienda muy cambiada, nada parecía estar en su sitio. El señor Townshend me contó que en su casa, hasta la entrada de las tropas hacía poco, habían estado refugiadas siete personas: cinco hombres y dos mujeres, gente de derechas buscadas por las milicias para darles el paseo. La bandera británica de su chalet, bien visible, había sido un escudo protector. Cerca

de allí, en una calle paralela, había un chalet llamado “Villa Maya”, que era el consulado de México, y cuyo responsable, Porfirio Smerdou, lo había convertido en una isla de salvación en medio del mar encrespado de la revolución popular.

Luego me estuvieron refiriendo los horrores que habían contemplado desde el fracaso de la revolución militar, fracaso debido en parte a la debilidad de la guarnición local y a las indecisiones del general que mandaba a los sublevados. Mucha gente sin una clara militancia política había perecido, entre ellas el joven amigo de María Luisa, Enrique, con el que su madre quería casarla; estuvo detenido en la cárcel y fue ejecutado como represalia por uno de los bombardeos efectuados por la aviación nacionalista. Vi lágrimas en el rostro de María Luisa mientras su padre me contaba la historia. Según decía el señor Townshend, con todo aquello la ciudad había perdido a gran parte de su clase dirigente, a su élite, algo que según él sería un obstáculo serio para el futuro de la ciudad. Otros, huyendo de la quema, se habían ido a vivir fuera de España.

-Ya opinaba yo, Kevin, creo habérselo dicho a tu padre, que esta ciudad era un polvorín; cuando comenzó la revolución los barrios populares se lanzaron a saciar su venganza, sus odios acumulados durante años, contra los barrios privilegiados. Y eso que la burguesía de aquí era una clase social empobrecida por la crisis del sector vinícola y por los problemas de la industria y del comercio. No era una burguesía próspera, como la catalana o la vasca, o los terratenientes del valle del Guadalquivir. Era una clase en decadencia, una élite cultural y social, que ahora ha desaparecido en su mayor parte.

Los Townshend me dijeron que me quedara allí, ellos dormían en la planta alta y a mi me reservaron una habitación en la parte de abajo, con una cama bastante amplia. Yo acepté encantado, porque los hoteles y

pensiones habían sido convertidos en centros hospitalarios, y los pocos que aún funcionaban como tales habían sido ocupados por los militares, principalmente italianos pertenecientes a las fuerzas que habían entrado en la ciudad.

La comida escaseaba todavía. Yo pude conseguir alguna aquella tarde a través de un conocido que tenía en intendencia y se la entregué a los padres de María Luisa, que la recibieron como agua de mayo. Para alimentar a la gente que había estado allí guarecida tuvieron que hacer muchos sacrificios, aunque ellos consideraban que había merecido la pena.

Aquella noche me quedé dormido como un tronco en la habitación que me habían asignado; estaba cansado por el desplazamiento desde Gibraltar y por lo noche anterior, previa a la entrada de las tropas, apenas habíamos podido dormir en el pequeño automóvil. Me desperté tarde, con el sol ya bastante alto. Y eso porque María Luisa me llamó:

-Despierta dormilón, me dijo.

-Pasa, estás en tu casa, le contesté.

Ella entró, aunque un poco cohibida, ‘

-Cierra la puerta a ver si podemos estar a solas

-Si, pero no intentes nada - aunque echó el pestillo mientras me miraba con una sonrisa cómplice.

Se sentó en la cama y yo entonces la cogí con fuerza y la besé apasionadamente. Ella se dejó hacer. Yo la metí en mi cama.

-Está calentita - me dijo.

-Es que estoy que ardo por ti - le respondí.

Y allí en la cama continuamos besándonos y seguimos mientras nos quitábamos la ropa. Era la primera vez que nos abrazábamos desnudos. Nos apretamos con ganas, con ansias, como queriendo recuperar en unos instantes el largo tiempo de nuestra separación.

-¡Oh!, Kevin, creía que no te volvería a ver más.

-Eso pensaba yo también, las semanas se me han hecho interminables' (por supuesto no le mencioné nada de mis aventuras eróticas con Reyes).

-No quiero hacerte daño –le dije- pero estoy loco por poseerte.

Ella no dijo nada, me besó y se dejó hacer, yo la penetré con delicadeza, quizás ellas a lo mejor se sorprendió de mi experiencia pero no hizo ningún comentario, solo emitió algún gemido, quería que ella gozara al máximo y creo que lo logré, yo había conseguido alcanzar un alto grado de autocontrol. Luego, en un momento dado, no pude esperar más y descargué todo mi semen dentro de ella, el semen que le tenía reservado –es un decir, claro- desde que la conocí en la fiesta del palacio del gobernador de Gibraltar.

No podría decir que tiempo estuvimos allí. Al escuchar ruido fuera, en el jardín, María Luisa se vistió y cogiéndome por las piernas me obligó a que me levantara:

-Sigamos, le dije.

-En otro momento, Kevin, los dulces en exceso terminan volviéndose empalagosos.

Me levanté con un suave sabor amoroso a besos apasionados y semen desprendido. Luego, después de arreglarme, estuvimos almorzando los cuatro. El señor Townshend nos estuvo contando que se había presentado a las nuevas autoridades como miembro del equipo técnico de la compañía de ferrocarriles, él era uno de los pocos que quedaban, algunos habían sido asesinados y otros habían huido o se hallaban escondidos por temor a represalias. Él, como inglés, estaba un poco al margen de las actividades políticas, y además en su favor contaba el hecho de que había dado refugio en su casa a personas de derechas, salvándolas de una muerte cierta. Como consecuencia de todo

aquello lo habían confirmado en su puesto en la compañía, que ahora había quedado inevitablemente bajo control militar.

La madre de María Luisa parecía haber envejecido de forma manifiesta durante aquellos meses; un hermano suyo había muerto, y había visto desaparecer a otras personas, entre ella el posible novio de su hija. Estaba seria y taciturna, hablaba poco y veía las cosas con un manifiesto pesimismo, a pesar de la llegada de los nacionalistas, por los que tenía unas claras simpatías.

Yo les estuve contando mis experiencias madrileñas, incluso le hablé de las conversaciones que tuve con mis amigos en aquellos calurosos días de julio, en los que esperábamos un arreglo amistoso de la situación, un compromiso que evitara la guerra, y cómo algunos opinaban que la entrega de armas al pueblo era un error porque desencadenaría, como así fue, una revolución que las autoridades, ya sin autoridad porque no tenían medios para hacerse obedecer, no podrían evitar. Y que las primeras víctimas serían las más indefensas. Townshend estuvo de acuerdo conmigo.

-Claro, lo que pasa Kevin es que tú y yo somos ingleses y vemos las cosas de otra manera, pero aquí la mayoría o una parte importante de la gente no pensaba de esa forma, querían acabar con el adversario. El país estaba profundamente dividido, por las soflamas de los políticos y por las fuertes diferencias sociales. Pero la situación en 1936 no era peor, por ponerte un ejemplo, que la que había en 1921, pocos años después de llegar yo aquí, cuando se perdió el ejército de Melilla, y sin embargo entonces no pasó nada.

-Tiene usted razón –le dije-. Las coyunturas históricas no son las mismas. Sin ir más lejos, Hitler no hubiera llegado a nada, seguiría siendo un excéntrico marginado en la Alemania del Kaiser, la de antes de

la guerra. Y ahora en cambio se está convirtiendo en un problema europeo.

-En parte por el miedo de los franceses –dijo Townshend- y en parte por el optimismo de nuestros gobernantes de Gran Bretaña. No sé, creo que se debería haber preservado la monarquía en Alemania, aunque por otra parte Mussolini manda en un reino, con su rey –o medio rey, por lo bajito- y nadie rechista; la corona no ha sido un freno. El tratado de Versalles sembró vientos y ahora, a la vuelta de pocos años, llegará la tempestad.

Deduje que el padre de María Luisa, al igual que yo, no confiaba en la política de apaciguamiento puesta en marcha por los conservadores de nuestro país, porque a ambos nos parecía que Hitler y sus alemanes eran difíciles de apaciguar y los intentos en este sentido le daban alas, haría falta quizás una demostración de fuerza, pero cuando los nazis ocuparon la Renania desmilitarizada no se hizo nada, y además Francia vivía esos días una de sus habituales crisis de gobierno.

-Cuando yo era niño, Kevin, supongo que tu padre te lo habrá contado también, Europa era una balsa de aceite. Había una serie de naciones hegemónicas que mantenían un equilibrio sólido, y un conjunto de ideas de progreso, de filantropía, se habían ido extendiendo por el mundo. No parecía posible que se produjera una guerra como la que vivimos de 1914 a 1918, sólo quizás algún conflicto pequeño en zonas marginales y atrasadas. La gente tenía fe en las instituciones, en la democracia, en el progreso científico.

-Era un orden ficticio –respondí- : unas pocas naciones ordenaban la política y la economía mundiales, había una lucha sorda por controlar las materias primas y los mercados, y además se estaba produciendo un rearme en gran escala.

-Si, pero la gente de a pié no percibíamos eso. Mirábamos a nuestro alrededor y contemplábamos un mundo y unas instituciones estables, destinadas a perdurar.

-Lo mismo pensaron en la antigua Roma, papá –dijo María Luisa- y luego ese mundo se derrumbó.

Seguimos hablando del resurgimiento de Alemania, de la persecución de los judíos, de cómo las democracias occidentales no se ponían de acuerdo para atajar aquella tormenta.

-Ya debe ser demasiado tarde' opinaba Townshend.

- No lo creo –recuerdo que le dije- 'el ejército alemán está creciendo pero no es lo suficientemente fuerte para hacerle frente a Francia y Gran Bretaña en estos momentos, y menos si la Unión Soviética se pone también en contra.

-Yo dudo que los conservadores británicos se pongan de acuerdo con los comunistas rusos y los franceses tienen mucho miedo.

-Pues entonces Hitler seguirá creciendo y su influencia en la Europa central será cada vez mayor, y al final Francia no se va a poder librar fácilmente.

Yo le conté que hacía tiempo había leído *Mein Kampf* y luego lo había vuelto a leer, y que las obsesiones de Hitler eran los judíos y la expansión de los alemanes hacia el este de Europa buscando nuevos territorios, y Townshend me dijo que ya sabía eso, pero que para expansionarse hacia el este de Europa y apoderarse de grandes territorios de la Unión Soviética necesitaba el consentimiento –poco probable, más por motivos estratégicos que ideológicos- de Francia e Inglaterra o bien derrotar a estos dos países antes de lanzarse contra los rusos después de aplastar a los polacos. Ambos coincidimos en que la situación en Europa se iría agravando si no se encontraba un medio de terminar con Hitler, 'los

servicios secretos de nuestro país se lo debían de plantear', me dijo Townshend.

Por la tarde María Luisa y yo nos fuimos a dar una vuelta por la ciudad, los dos solos, algo que posiblemente no hubiéramos podido hacer un año antes, y es que la guerra cambia de forma manifiesta los usos y costumbres. En la ciudad había un gran movimiento de tropas y gente que había intentado huir antes del ataque y ahora regresaban, ya que el avance nacionalista había cerrado la bolsa en Motril. En voz baja contaban los sufrimientos que habían soportado en la carretera de Amería, cañoneados con saña por los barcos nacionalistas; al parecer se habían producido centenares de muertos en aquella desbandada provocada en parte por el miedo desatado.

En los tinglados del puerto habían instalado cocinas de campaña y una gran cantidad de personas se alineaban formando una larga cola para poder recoger comida, que al parecer había escaseado bastante durante aquellos meses. Las destrucciones en el centro habían sido grandes, e incluso la catedral había estado ocupada y sirvió como lugar de alojamiento de muchas gentes sin casa; ahora había sido ya desalojada y se trabajaba para ponerla de nuevo en condiciones de ser utilizada. Me di cuenta de que la República, que había descuidado el sector de Málaga, había perdido bastante territorio, casi ciento cincuenta millas de costa, un puerto importante y las numerosas fábricas que albergaba aquella ciudad industrial. El frente, por otra parte, se había reducido notoriamente, por lo que numerosos efectivos quedaban disponibles para ser utilizados en otros lugares. Y supuse que las divisiones italianas actuarían pronto en otros sitios, quizás en el frente de Madrid, aunque viendo el mapa lo más lógico militarmente hubiera sido apoderarse de la zona norte republicana, es decir, de la franja cantábrica, con una importante población y numerosas minas y fábricas

metalúrgicas; era un bocado apetitoso, aunque dado lo accidentado del terreno ese ataque tendría que realizarse cuando las condiciones atmosféricas lo permitieran, lo que no ocurriría seguramente hasta la primavera.

María Luisa, hablando con los conocidos con los que se encontró se fue enterando de la suerte que habían corrido sus amistades, muchas de las cuales fueron evacuadas durante el verano hacia Gibraltar y Cádiz. En general, era gente que no había estado vinculada directamente con las actividades políticas, pero que por una serie de causas confusas o rocambolescas habían estado en peligro o creído estarlo y habían hecho todas las gestiones posibles ante los consulados extranjeros para poder dejar la ciudad, en la que no había una autoridad efectiva y se habían cometido toda suerte de desmanes. Pero ahora, tras la conquista, se había desatado una ola de represión contra los afectos a los partidos izquierdistas y a las organizaciones sindicales, una represión que tomaba la forma de venganza incontrolada por una parte mientras que por la otra pasaba a través de los tribunales militares y las inevitables condenas, muchas de las cuales eran a muerte. Indudablemente, una guerra civil es una forma muy especial de guerra, en la que los acuerdos de Ginebra normalmente no eran respetados. Los italianos se comportaban de forma bastante aséptica, pudiera decirse que profesional, pero los militares españoles habían decidido actuar con mano dura, como había ocurrido en Sevilla o en Córdoba o en otras ciudades que fueron controlada enseguida tras la sublevación de julio. Se esperaban por tanto miles de fusilamientos, y un miedo generalizado azotaba los barrios populares, donde lucían banderas e insignias blancas en las ventanas y balcones.

Yo decidí quedarme algunos días en casa de María Luisa. Me sentía cómodo allí, a veces acompañaba al señor Townshend en sus visitas de inspección de las instalaciones ferroviarias, en ocasiones iba a buscar

viveres aprovechando algunas amistades entre los militares con los que había entrado en la ciudad. La vida iba volviendo lentamente a la normalidad, aunque era una normalidad más aparente que real, porque la guerra y la represión flotaban en el ambiente. Muchas noches María Luisa, de madrugada, me visitaba en mi habitación sin que sus padres se enteraran, y nos llevábamos las horas entregados a nuestras efusiones amorosas

-Eres inagotable Kevin - me decía.

-No lo creo, lo que pasa es que tengo sólo veintiún años y hambre de ti, hambre atrasada de años, hambre de tenerte, de poseerte, de penetrarte, de fundirnos formando un solo ser con un solo latido.

Ella, que era una chica culta y aficionada a la poesía, me enseñó un día un fragmento de un poema que había escrito y que terminaba diciendo

*...los dos estamos junto aunque sea un momento,
más allá de las cosas, del mal y de la muerte*

Esos dos versos se me quedaron grabado, el resto del poema lo olvidé, me acordaría por siempre de ellos porque reflejaba en realidad lo que nos ocurría: nos amábamos apasionadamente, disfrutábamos del sexo a tope, no pensábamos en el mañana, vivíamos sólo un intenso presente en aquel oasis que era la habitación que me habían dejado en aquella casa silenciosa y con un jardín primorosamente cuidado, aunque las ratas grises de la guerra pasaban cerca de nosotros, y algunos amaneceres nos sobresaltábamos al oír las descargas lejanas de los pelotones de fusilamiento que ejecutaban las sentencias dictadas por los tribunales militares en sus consejos sumarísimos contra aquellos acusados de tomar parte en los sucesos revolucionarios o simplemente

por tener alguna relación más o menos próxima a los partidos y asociaciones afines a los republicanos.

La primavera comenzaba a anunciarse en las pequeñas hojitas que brotaban en los plátanos de sombra de la calle donde vivía María Luisa, y también en las plantas de su jardín. Nosotros continuábamos con nuestras relaciones en secreto, y de día paseábamos por la ciudad o cogíamos el tren de cercanías y nos llegábamos a los pueblos de los alrededores. El agua del mar todavía estaba fría, pero con una buena dosis de entusiasmo podíamos bañarnos sin problemas. Uno de los lugares donde fuimos varias veces fue a Benajárfes, una aldea situada a unas quince millas al este de Málaga, en la que la población se dedicaba a la pesca y a la agricultura; tenía una playa de más de media milla de largo con arena abundante, que en aquella época del año estaba desierta; después del baño almorzábamos en un chiringuito pescado recién cogido, y más tarde regresábamos en el tren a la ciudad. Yo pensaba que estaba haciendo un poco el vago, que mi puesto, si ya no ejercía como periodista, estaba en el *Imperial College*, pero vivía en un sueño, en una nube, en un paraíso del que no quería salir, pero que yo sabía que no podría durar mucho tiempo, como ocurre con aquellas cosas que nos hacen inmensamente felices; vivía una sensación parecida a la que había experimentado cuando estuve en Sevilla con Reyes.

María Luisa y yo planeamos casarnos y trasladarnos a Inglaterra mientras yo terminaba la carrera, ella consideraba que no debía abandonar mis estudios. Sus padres, para no variar, opinaban que no debíamos precipitarnos, a pesar del tiempo que ambos llevábamos ya esperando. Claro, yo no podía ofrecerle a mi novia, al menos de momento, el bienestar económico que ella tenía en Málaga, pero a ninguno de los dos nos importaba mucho. Sin embargo, sus padres

seguían reticentes, y ella estaba cogida , dividida, entre su amor por mi y su preocupación, como buena hija, por sus progenitores. Es decir, todo seguía igual, aunque las cosas ya no fueran lo mismo. Yo deseaba incluso que ella se quedara embarazada, situación que irritaría a sus padres, pero que provocaría la rotura del *impasse*, del dulce *impasse* que vivíamos, y obligaría a nuestro matrimonio apresurado. Pero esta situación no se produjo.

Sin embargo, nuestra vida se vio bruscamente alterada una mañana, yo acababa de levantarme y estaba desayunando con María Luisa y su madre en el comedor. Llamaron a la puerta y entraron dos policías de paisano que hablaban ásperamente, aunque procuraran aparentar una fingida cortesía.

-¿Kevin Hayward? – me dijo.

- Si, soy yo.

- Tenemos orden de deportarle a Gibraltar enseguida.

-¿Y eso? Tengo mis papeles en regla.

Les enseñé mi pasaporte, mi carnet de periodista, mis salvoconductos, que estuvieron examinando detenidamente.

-Si, está todo en regla, pero se han cancelado la mayor parte de los permisos de residencia a bastantes periodistas extranjeros y usted está en dicha lista. Tenemos orden de llevarle en nuestro coche a Gibraltar; desde allí puede usted pedir una nueva autorización.

-¿Y no puedo solicitarla aquí, a las autoridades militares?

-No es posible, la orden que tenemos es la de deportación inmediata. Claro, que si usted se niega se le detendrá y podrá ser sometido a un consejo de guerra, en el que le podrían acusar de espionaje o algo así.

-Es mejor que se vaya a Gibraltar –dijo el otro policía-, si no, las cosas pueden complicarse para usted y para la familia que le acoge.

No había opción. María Luisa estaba asustada y me dijo que no opusiera resistencia, que me marchara y que desde Gibraltar le pusiera un telegrama para notificarle que había llegado bien. En consecuencia, preparé rápidamente mi equipaje y ella me regaló una fotografía enmarcada y un vestido suyo que yo le pedí como un talismán, un vestido en el que yo sabía que había estado su cuerpo. Luego subí al vehículo con los policías, nos pasamos un momento por una comisaría para que recogieran unos documentos y continuamos por la carretera de la costa hasta la frontera de Gibraltar, a la que llegamos a primera hora de la tarde. No conseguí que los policías me dieran información suplementaria sobre mi expulsión, aunque uno de ellos aludió veladamente a que el gobierno nacionalista quería prevenir el espionaje. Yo les dije que se habían confundido, porque lo único que hacía en Málaga desde la toma de la ciudad era pasear con mi novia, a la que conocía desde que ambos éramos niños, y todo lo más bañarnos y tomar el sol en una playa. No hicieron ningún comentario, pero me insinuaron que no pusiera en compromiso al señor Townshend, que –recalcaron– era una buena persona.

En Gibraltar, tras enviarle un telegrama a María Luisa y otro a mis padres, fui a ver a Jim Collins, que estaba destinado provisionalmente en una oficina relacionada con los asuntos extranjeros y cuya principal actividad en aquellos días era la de controlar de alguna manera a los centenares de refugiados de uno y otro signo que recalaban por la Roca. Jim me dijo que dejara pasar el tiempo antes de intentar entrar de nuevo en España, ‘ten en cuenta Kevin que nuestro Gobierno no reconoce en teoría al régimen de Franco, sino a los republicanos, es decir, no tenemos relaciones diplomáticas oficiales con los franquistas, simplemente las inevitables relaciones de buena vecindad’. Mi amigo no veía factible que pudiera conseguir pronto un nuevo permiso, a lo mejor

los franquistas pensaban seriamente que era un espía, la gente que está metida en una guerra muchas veces ve gigantes donde sólo hay molinos de viento, por usar una imagen de la literatura española.

En consecuencia, y tras pasarme dando vueltas por la ciudad varios días, decidí regresar a la vieja Inglaterra, para lo cual tomé un buque de pasajeros que zarpó una tarde de finales de marzo y que dos días y medio después me dejó en Plymouth, ciudad en la que permanecí el tiempo necesario para tomar el tren que me dejó en la estación de Paddington, donde mi hermano Tony, previamente avisado, vino a recogerme. –‘Estás más delgado, me dijo, menudas juergas te habrás tirado, y luego yo soy el calentón’, me dijo con su habitual tono burlón. Lo cierto es que la guerra civil española había terminado prematuramente para mí y mi aventura con María Luisa se había visto cortada en su mejor momento.

Angel Castro llamó a Guillermo Acosta a fines de septiembre, una vez que terminó de leer la primera parte del texto con las memorias de Kevin Hayward y de concluir la realización de los exámenes a los alumnos de la asignatura que impartía. La lectura le había interesado; aunque Hayward no aportaba datos históricos nuevos, sus opiniones, su distanciamiento de los hechos (algo típicamente británico, por otra parte) y la interpretación que daba a los acontecimientos que había vivido tan de cerca le parecían interesantes. Aún tenía que leer el texto restante que todavía no le había dado Guillermo para conocer el final de la historia. Pero ya se había situado, por decirlo de alguna forma, en el cogollo del relato y se había metido en la piel del narrador.

-Bien ¿qué te ha parecido?- le dijo Guillermo.

-Has hecho un buen trabajo, evidentemente.

-Gracias, pero el estilo sencillo de Hayward me ha facilitado la labor. Bueno, ya que te has enterado de la historia, o mejor de la primera parte

de la misma, tengo que ampliarte determinadas cuestiones que han ido surgiendo en estos meses, mientras la traducía y la reformaba.

-Tu dirás.

-Verás, una cosa que la hija de Hayward no tenía, creo que te lo dije, eran las crónicas que éste enviaba periódicamente al semanario “Weekly Magazine”, del que según dice fue corresponsal entre 1935 y 1937. Obviamente, debían encontrarse en los números de esta revista correspondientes a este periodo conservados en las hemerotecas. Por eso me fui una mañana a Londres, a la British Library, con la idea de localizar las crónicas y obtener las copias correspondientes. Sin embargo, me llevé una gran sorpresa.

-(¿...?)

-Resulta que no encontré nada de dicha revista. Fui al departamento de información bibliográfica donde, tras las consultas pertinentes, me dijeron que esa revista nunca había existido, sólo se publicó durante parte del siglo XIX un “London Weekly Magazine”; dicho en otras palabras, que en la primera mitad del siglo XX no se había publicado en Gran Bretaña una revista con ese nombre.

-¡Sorprendente! ¿Es que acaso Kevin Hayward mentía?

-Posiblemente. Si encontré en cambio varios ejemplares de su libro “The current face of Spain”, obra que ya te dejé. Allí expone ideas muy personales y muy clarividentes sobre la situación de España en los años treinta; aunque Hayward –que no era historiador, como ya sabemos– comete algunos errores, éstos no invalidan su libro.

-Entonces ¿no estaba en España como periodista?

-No, Ángel, Al parecer –y eso me lo han confirmado algunos profesores de la Universidad de Cambridge–, seguramente Hayward trabajaría ya entonces, y a pesar de su juventud, para los servicios

secretos británicos, para el MI6. El periodismo era seguramente una tapadera muy adecuada para no levantar sospechas.

-Pero, a pesar del tiempo transcurrido, en sus manuscritos no dice nada sobre esa actividad.

-Me comentó la gente de Cambridge que posiblemente cuando fue escrito el relato los documentos correspondientes a sus actividades en el MI6 aún no estarían desclasificados y él, hombre de principios, seguía manteniendo el secreto profesional, si queremos llamarlo de este modo.

-¿Y estará ya desclasificada esa documentación?

-No lo se aún, los colegas de Cambridge me han prometido averiguarlo pronto.

-Y entonces ¿qué cosas crees que enviaba a ese falsamente supuesto "Weekly Magazine"?

-Posiblemente información sobre los acontecimientos políticos, no creo que en la España de entonces hubiera otras cosas que contar.

-¡Vaya, vaya! Ahora resulta que el amigo Kevin era un taimado espía.

-Taimado no, más bien yo diría que estaba haciendo prácticas por aquí.

-¿Has comentado esto con su hija?

-Si, y me dijo que su padre apenas hablaba de esas cuestiones, sólo alusiones veladas. Parece que su estancia en la Universidad de Berlín en 1934 fue determinante, porque hasta entonces había sido un muchacho apolítico. Allí se dio cuenta del peligro nazi y –es una suposición mía, claro- ofreció su colaboración a los servicios de información de su país. Ten en cuenta que hablaba español correctamente, tanto que en alguna ocasión lo llegaron a tomar por andaluz, y que conocía la realidad de España, puesta de manifiesto en el libro que publicó. Ya sabes, por otra

parte, que para un espía que se precie el conocimiento de idiomas es tan importante como para los guías turísticos.

-Entonces, ese cambio desde la zona republicana a la nacionalista debió hacerlo siguiendo las órdenes del MI6.

-Indudablemente. Y también su expulsión de Málaga en 1937 pudo deberse a que había sido descubierto.

-¿Y tu crees que los servicios secretos españoles de entonces eran tan eficientes?.

-No, pero la información pudo provenir de la inteligencia alemana, es decir, de la Abwehr que dirigía el almirante Canaris, o de la misma Gestapo, aunque esto es una suposición sin confirmar.

-Y su hermano Tony ¿también era espía?.

-No lo creo, Tony ingresó en la RAF, era piloto de caza y murió en combate en la batalla de Inglaterra en septiembre de 1940, cuando su Spitfire fue derribado. Fue un golpe duro para Kevin, aunque tuvo poco tiempo para llorarle, porque enseguida le enviaron a una nueva misión en España, bueno, es lo que me imagino, porque lo cierto es que estuvo aquí a fines de ese mismo año, al parecer accidentalmente, cosa que ya pongo en duda. Bien, te voy a enviar un correo electrónico con la segunda parte del texto, que es más breve y corresponde a los años cuarenta.

-Esto parece una novela por entregas, Guillermo.

-En cierto modo lo es. A la luz de esta información podrás entender el texto de Hayward, verlo de otra manera.

-Bien, espero tu envío.

-Hoy mismo te lo mando, Ángel.

-Vale, Guillermo, me lo leeré de un tirón.

TERCERA PARTE
(1940-1943)

1

Nuestro avión volaba en una formación de bombarderos que había despegado con la última luz de la tarde de las bases situadas cerca de Ipswich. El destino que no habían asignado era Colonia, y más concretamente un conjunto de instalaciones industriales situadas entre esta ciudad y Leverkusen, al parecer eran fábricas auxiliares del gigante químico Bayer. En aquel momento, cuando la batalla de Inglaterra estaba dando sus últimos estertores, nuestros mandos habían decidido demostrarles a los alemanes que seguíamos en pie, y que nuestros bombarderos podían replicar en cualquier lugar y en cualquier momento a la Luftwaffe, que durante más de dos meses nos había estado atacando de día y de noche, a pesar de las enormes pérdidas que sufría. Y es que cualquier avión alemán que resultara derribado suponía la pérdida completa de la tripulación, ya que aunque ésta se arrojara en

paracaídas, su destino final era el campo de prisioneros. Cogimos a tantos alemanes que las autoridades británicas, para mayor seguridad, enviaron a gran número de ellos a Canadá.

La batalla de Inglaterra, independientemente de su importancia histórica, tuvo para mi familia una connotación triste; mi hermano Tony, con el que había compartido tantas vivencias, incluyendo nuestra conjunta iniciación sexual, perdió la vida en el mes de septiembre, cuando su *Spitfire* fue alcanzado, se incendió y terminó estrellándose, paradójicamente a pocas millas de Beult River, la aldea del condado de Kent donde pasamos nuestra infancia. Al parecer, Tony resultó herido gravemente al mismo tiempo que el avión fue alcanzado, y no pudo – quizás perdió el conocimiento- saltar a tiempo. Era ya teniente desde agosto, y antes de caer ese malhadado día había intervenido en varios combates aéreos, derribando dos cazas y cuatro bombarderos. Se le concedió una condecoración a título póstumo. Mi padre, que era una persona impregnada de un cierto estoicismo, acogió la noticia como algo inevitable, como la contribución de sangre de nuestra familia a la lucha contra los alemanes, pero mi madre, más frágil, no consiguió superar la pérdida de su segundo hijo, el alegre, extrovertido y travieso Tony. Eso, los bombardeos –aunque nuestra casa no llegó a sufrir daños, salvo la inevitable rotura de cristales- y la incertidumbre por Andrews y por mi (los dos alistados), fueron minando su resistencia y con el tiempo se generó en ella un estado demencial presenil que amargó la vejez de mi padre.

Yo también había ingresado en la RAF a fines de 1939; durante los primeros meses de la guerra estuve, tras terminar mi carrera en el *Imperial College*, participando en proyectos de construcción acelerada de fábricas de municiones, algo que cuadraba bien con mis estudios de ingeniería química. Había regresado de España en marzo de 1937, cuando la policía franquista decidió deportarme, algo de lo que nunca

recibí una explicación, aunque todo giró posiblemente en torno a presiones de los alemanes o de los italianos para disminuir el número de periodistas extranjeros que trabajábamos en la zona nacionalista y que éramos testigos inevitables de las continuas violaciones de los acuerdos de no intervención, acuerdos que desde el principio fueron papeles mojados, especialmente por parte de Alemania, Italia y la Unión Soviética, y es que en España, además de una guerra civil, se enfrentaban dos concepciones políticas antagónicas: el fascismo por un lado y el comunismo por el otro; las otras posibles opciones, como el liberalismo o el socialismo de corte humanista no contaban en el juego. Y tanto los republicanos como los franquistas habían arrinconado cualquier principio democrático, aunque aún siguiera funcionando en la zona controlada por la República el Congreso de los Diputados, pero era un Congreso en el que sólo intervenían los diputados de izquierda que habían sobrevivido. Y según se decía en Gran Bretaña, tanto si el triunfo se decantaba por unos u otros, nunca se iba a volver –al menos a corto y medio plazo- a un régimen normalmente democrático.

María Luisa y yo continuábamos escribiéndonos, y lamentándonos de que los avatares de la política y de la guerra se hubieran interpuesto tan bruscamente entre ambos. Nos prometimos nuevamente fidelidad y casarnos sin más dilaciones en cuanto terminara la guerra, quisiera su familia o no, en España o en Inglaterra o quizás en Gibraltar, donde al parecer los trámites eran más fáciles.

Al llegar a Londres en 1937 reanudé con ahínco mis estudios, quería terminar y reunirme con María Luisa lo antes posible. Pero la guerra española se alargaba, era una guerra lenta en la que Franco demostró –a juicio de los militares con los que hablé- sus carencias en la forma de llevar las operaciones. Insistió en atacar por el frente de Madrid, que era el mejor defendido, y sus ataques se estrellaron en las sólidas

defensas montadas por los republicanos. Luego, en la primavera de 1937 cambió de táctica y se lanzó a conquistar la zona norte, operación que por diversas causas –especialmente por contraataques republicanos en los frentes de Madrid y Aragón- se prolongó nada menos que hasta finales de octubre. En el momento en que se completó la conquista de la zona norte la guerra estaba estratégicamente ganada por los franquistas, ya que la industria pesada, las minas de carbón y un conjunto de puertos importantes cayeron prácticamente intactos en sus manos. Además, la desaparición del frente norte dejó disponibles ciento cincuenta batallones que fueron trasladados a otros lugares, junto con la aviación alemana y las divisiones de camisas negras italianas, tropas que estaban bastante mecanizadas y contaban con una buena artillería.

Lo lógico entonces hubiera sido que los republicanos se inclinaran por una paz negociada, esa posibilidad circuló por mi país, una paz en la que se garantizaran la vida y hacienda de los combatientes de izquierda, aunque los políticos más significativos se tuvieran que exiliar en países extranjeros. Pero fue un espejismo: ni los dirigentes de izquierda se dieron por vencidos ni los franquistas les plantearon esa salida. Franco buscaba la destrucción total de sus oponentes, la *unconditional surrender* que años después plantearían los aliados a los alemanes. Y la guerra, para desesperación mía, continuó, y la posibilidad de abrazar pronto a María Luisa se fue desvaneciendo. Franco, por otra parte, no supo aprovechar su aplastante superioridad, se lanzó a realizar avances por territorios de difícil orografía y fue retrasando la conquista de Cataluña que era una operación clave para la victoria final. Una reacción excesivamente optimista de la República en julio de 1938 provocó una sangrienta batalla de desgaste a orillas del Ebro.

María Luisa me escribía –normalmente en español, para no desatar la ira de los censores- y entre líneas, con frases veladas, me explicó que

la situación en España estaba marcada por el cansancio a causa del alargamiento de la guerra y por la feroz represión. En Málaga, ciudad tradicionalmente alegre, había una tristeza generalizada, casi todas las familias de derechas o de izquierdas habían perdido alguno de sus miembros; una ola de fervor religioso, en parte fingido, en parte real, se había extendido por todos los sitios. Los clérigos predicaban que toda aquella catástrofe había sido como consecuencia de los pecados de los hombres y por ello había que hacer penitencia, había que arrepentirse, rezar, cambiar las formas de vida. Se había llegado a impedir en las playas el baño simultáneo de hombres y mujeres, y aquella incipiente libertad de los años treinta había desaparecido. Las manifestaciones públicas de la religión habían proliferado de forma espectacular, en una especie de contrición colectiva, que admitía que la irreligiosidad había traído aquella catástrofe bíblica que se había abatido sobre el país.

Por fin, en diciembre de 1938, se decidió Franco el Prudente a lanzar una ofensiva en Cataluña, que hizo que en poco más de un mes todo el territorio catalán fuera conquistado, produciéndose un éxodo de miles de refugiados que marchó a Francia en unas condiciones penosas. Yo pensé que las autoridades de la República podían haber evitado en parte aquella tragedia, en realidad salvo los políticos, los dirigentes de los sindicatos, los jefes militares y algunas personas especialmente comprometidas, el resto de los miles de huidos era gente sencilla y gris que no se había destacado en nada, gente que se podía haber quedado en sus casas o en los refugios de Barcelona antes que lanzarse en pleno invierno a una azarosa huida. Yo odiaba a Franco, pero también a los dirigentes republicanos como Negrín, que no se daban cuenta de la realidad y que preferían seguir con su cada vez más reducido poder sin importarles el sacrificio de la gente.

La guerra terminó en abril de 1939, después que Gran Bretaña y Francia reconocieran al gobierno de Franco. Pensé entonces en regresar a Málaga, pero tenía que terminar mis estudios antes del verano, y por otra parte las comunicaciones en España -según me decía María Luisa- estaban colapsadas por la gran masa de desplazados que retornaban a sus lugares de origen. Retrasé mi viaje para septiembre de ese año, 1939, sin sospechar que los acontecimientos –una vez más- se adelantarían a mis proyectos. El 1 de septiembre los alemanes invadieron Polonia y dos días más tarde Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Hitler. España se mantuvo neutral, pero entre las autoridades franquistas las simpatías se decantaban –como no podía ser menos- por los nazis. En los primeros meses de la guerra estuve adscrito a una industria de explosivos, pero yo quería jugar un papel más activo.

A pesar de que posiblemente mis servicios en la industria hubieran sido más útiles para mi país, me incorporé a la RAF tras conseguir la correspondiente autorización de mis superiores. Después de unos meses de instrucción aprendí a pilotar aviones de bombardeo, algo que se adaptaba mejor a mis aptitudes, al ser un poco lento de reflejos, al contrario que mi hermano Tony, que era nervioso como un felino y que consiguió que le destinaran a pilotar cazas. Obtuve pronto el grado de teniente de la RAF, y a pesar de que mis superiores me presionaron para que realizara servicios en tierra, poniendo a punto las bombas y verificando la calidad de los explosivos y los ajustes de las espoletas, conseguí que me asignaran a misiones de bombardeo, ya que mi mayor deseo era combatir, devolverle a los alemanes las bombas que ellos nos habían arrojado en los meses anteriores. Y como consecuencia de aquello había participado ya en varias misiones para destruir las barcasas que los alemanes habían reunido en las costas francesas,

belgas y holandesas para invadir nuestras islas. Después los bombardeos se extendieron, un poco aleatoriamente, a objetivos en la cuenca industrial del Rhur. Y por este motivo, por mis ganas de ser útil a mi país, volaba en un bombardero para dejar caer nuestra mortífera carga sobre las fábricas germanas.

El ataque comenzó a la hora prevista con el lanzamiento de bengalas para delimitar los objetivos; fuimos recibido por un nutrido fuego antiaéreo. Dos de nuestros aviones volaron en pedazos tras ser alcanzados, pero nosotros conseguimos arrojar todas las bombas. Luego iniciamos la maniobra de regreso, momento en el cual un caza nos alcanzó con sus disparos; uno de nuestros ametralladores, un chaval pelirrojo que se apellidaba Smith, murió en el acto, y el avión resultó bastante dañado. Perdíamos algo de combustible, teníamos un incendio que a duras penas controlábamos y uno de nuestros motores se paraba intermitentemente. Volábamos más bajo y nos separamos de la formación. Nuestro jefe, el capitán Chalmers, decidió que nos dirigiéramos hacia la Francia de Vichy, consciente de que en nuestras condiciones el avión no podría sobrepasar con éxito, volando tan bajo, la artillería antiaérea de la línea de costa, donde nos estarían esperando. Nos dirigimos pues hacia el sudoeste hasta avistar el curso del Ródano; entonces nos fuimos lanzando en paracaídas, yo fui el penúltimo, y a los pocos segundos de tirarme el avión explotó, llevando a la muerte a nuestro capitán.

Habíamos tardado demasiado tiempo en abandonar el avión. No se lo que pensé, estaba como alucinado con una mezcla de dolor, de miedo y de rabia. El descenso fue rápido, y terminé aterrizando sobre un prado, no lejos de una hilera de árboles. La luna llena que aparecía intermitentemente entre las nubes me permitió orientarme y dirigirme a una casa situada cerca de una carretera, teniendo la precaución de llevar

mi pistola en la mano. Ladraron los perros, y se asomaron los campesinos que vivían allí; ellos estaban más excitados que yo. En mi mediocre francés les conté quien era y de donde venía, y les expuse mi intención de que me pusieran en contacto con gentes comprometidas con la causa de los aliados, para que me ayudaran primero a evitar a los alemanes y a sus colaboradores, y luego a huir a Inglaterra. Tuve suerte, porque el hijo mayor era obrero en una fábrica próxima (luego me enteré que estábamos a unos quince kilómetros de Lyon) y simpatizante socialista, y me prometió que haría lo posible por ayudarme. Me quedé tres días en aquella casa, temiendo siempre –luego vi que mis temores no tenían fundamento- que me entregaran a las autoridades de Vichy, con lo que las cosas se me complicarían por las vinculaciones de éstos con los alemanes. A los tres días se presentó en la casa un obrero joven que montaba una bicicleta, no me dijo su nombre –posiblemente por motivos de seguridad-, y me aseguró que la organización a la que pertenecía (luego averigüé que era el partido comunista), iba a intentar que saliera de Francia por los Pirineos; una vez en España el personal diplomático de mi país tratarían de hacerme llegar a Gibraltar.

Al día siguiente, tras despedirme de la familia de campesinos que me habían ayudado, me fui a un punto convenido en la carretera y allí me recogió un camión de mudanzas que iba hacia el sur. Lo conducían dos hombres que me dieron una botella de vino y una cesta de comida y me alojaron entre la carga; hice casi todo el viaje sentado en un sofá estilo Luís XVI. Llegamos a Toulouse, paramos en un almacén de las afueras y tras varias horas de descanso me subieron a un camión más pequeño que llevaba sacos de trigo. Tras un largo recorrido por carreteras secundarias llegamos a una población próxima a los Pirineos, llamada Prats de Molló. Allí me pusieron en contacto con unos españoles antifranquistas que conocían bien la zona y entraban con frecuencia en

España. A partir de ese momento empezó la parte más dura de mi viaje. Con tres excombatientes de la guerra civil española pertenecientes al partido comunista comencé un largo camino a pié; nos movíamos de noche, procurando evitar los caseríos, y de día nos escondíamos en los bosques; en una ocasión casi nos damos de bruces con una patrulla de la guardia civil española. Al cabo de varios días llegamos a una población importante llamada Camprodón. Allí me separé de mis compañeros y en autobús primero y más tarde en tren llegué a Barcelona sin contratiempos. Me dirigí al consulado británico, donde me atendieron con amabilidad, y me dieron una documentación para que pudiera moverme sin muchas dificultades por España. Aunque era un país neutral, que estaba al margen de la guerra, la influencia de Alemania era manifiesta. En todo caso, debía extremar las precauciones, y no pasar por determinados lugares donde la presencia policial era mayor. Me alojaron en un piso que estaba bajo la jurisdicción del consulado y me dijeron que esperara instrucciones.

Dos días más tarde un funcionario del consulado me dio algo de ropa, una maleta, una pequeña suma de dinero español y documentación que acreditaba mi pertenencia a una compañía financiera radicada en Gibraltar. Con estos papeles conseguí llegar en tren a Madrid y luego tomar por la tarde el expreso para Málaga; viajé en primera clase, donde –según me dijeron– los controles eran menores. En Madrid estuve unas horas, y pude palpar el ambiente soterrado de tristeza y las cicatrices materiales de la guerra, que aún no habían sido reparadas. Hacía frío por las calles medio desiertas, sólo en los cafés se estaba relativamente a gusto. En los restaurantes la comida era mala y escasa.

En Madrid, pocas horas antes de coger el tren, me encontré inesperadamente con mi antiguo amigo Luis Serrano. Fue en el metro, en la estación de Sol. De pronto, en el andén, lo vi a mi lado; en él se

notaban los estragos de las penalidades que había pasado. Me reconoció en seguida, nos abrazamos, nos sentamos en un banco y brevemente nos contamos nuestras peripecias desde la última vez que nos vimos, en julio de 1936. Su hermano Jorge había muerto en la batalla de Brunete, su padre había conseguido superar el expediente de depuración a duras penas y trabajaba aún en el Ministerio de Hacienda. Él había estado escondido la mayor parte de la guerra para evitar ser movilizado, y había colaborado en los últimos meses con los quintacolumnistas franquistas, pensando más en el futuro que en motivaciones políticas, motivaciones por las que seguía teniendo un marcado escepticismo. Hacía poco había sacado unas oposiciones de administrativo en el mismo Ministerio donde trabajaba su padre. Yo le rogué que no comentara con nadie que me había visto, le conté mi experiencia en la RAF, la muerte de Tony y como en aquellos momentos intentaba alcanzar Gibraltar, algo que por lo visto no era muy difícil. Pero los servicios secretos alemanes controlaban bastante a la policía española y podían detenerme en cualquier momento y asesinar me en silencio: nadie se iba a enterar. Estuvimos hablando como media hora, luego cogimos el metro hasta Atocha y nos separamos cerca de la estación deseándonos suerte.

Llegué a Málaga a mediodía. No me atreví a acercarme a casa de María Luisa con la luz del día, por lo que dejé la maleta en la estación, me fui a comer a un restaurante discreto y luego estuve en el cine hasta que se hizo de noche. Retorné a la estación, recogí mi equipaje y me dirigí en un taxi a la entrada del barrio del Limonar. Subí por el paseo arbolado, mientras caía una lluvia fina que le daba al barrio un aspecto inusual, al menos no era el que yo estaba acostumbrado a ver. Llegué a la altura de la casa de María Luisa y llamé al timbre de la cancela. El señor Townshend vino a abrirme y se sorprendió enormemente de mi

llegada, tanto que durante un momento no pareció reconocermme. Luego me saludó y me hizo pasar dentro. María Luisa me abrazó y me besó apasionadamente, sin importarle la presencia de sus padres. La noté con un cierto aire de mujer mayor, aunque en aquel momento tenía veinticinco años como yo ¿cómo me notaría ella a mí?. Me dijo que habían sentido mucho la muerte de Tony.

-Al menos ha sido por un noble ideal - dijo el señor Townshend con un brillo en los ojos.

-Ha muerto defendiendo a Inglaterra, a su patria – le contesté.

Estuvimos hablando un buen rato de los asuntos familiares y del curso de la guerra; no me preguntaron el motivo de mi presencia allí, hasta que yo les conté mi aventura y mi intención de, cuando pudiera, pasar a Gibraltar para reincorporarme a la RAF. El señor Townshend me dijo que vería la forma de llevarme a la Roca, pero que de momento descansara allí unos días, “en tu habitación de siempre, Kevin”.

Durante la cena y hasta bien entrada la madrugada estuve hablando con María Luisa y su padre sobre la situación de la guerra; su madre, un poco ajena a nosotros se acostó pretextando dolor de cabeza. A Townshend le había tocado la fibra patriótica la negativa de Churchill a firmar la paz con Hitler, a pesar de la oferta de éste de no atacarnos ni inmiscuirse en los asuntos del Imperio Británico a cambio de poder aplicar su *lebensraum* hacia el este.

-Inglaterra está sola –decía-, sola frente a los nazis, y no ha claudicado ni claudicará, cualquier otro país se habría rajado, habría buscado una salida honrosa, pero nuestro país, Kevin, no se va a rendir y un día, seguramente dentro de varios años, Alemania será arrasada y pagará por sus crímenes.

Hablamos luego de España, yo le manifesté la preocupación que existía en Londres por la posible entrada en la guerra del Estado

franquista a favor del Eje, con lo cual el acceso al Mediterráneo por Gibraltar quedaría cerrado. Townshend manifestó que desde su punto de vista, y a pesar de su entrevista con Hitler en Hendaya unos días antes, el astuto y prudente Franco no se atrevería a meterse en el berenjenal.

-Ese no pone un pie en el suelo hasta que no ha puesto el otro -me dijo-, quizás Serrano Suñer sea partidario de la guerra, pero seguro que Franco no se dejará arrastrar, ahora está muy amistoso con los alemanes, que están al otro lado de los Pirineos, y hay gente del *Abwehr* y de la Gestapo por todas partes, pero en cuanto la guerra cambie de rumbo se volcará hacia nosotros, recuerda esta profecía, Kevin, verás entonces que yo tenía razón'.

2

Aquella noche dormí profundamente, cansado tras mi peripecia y el largo viaje. María Luisa no apareció por mi habitación, ni tampoco la siguiente noche. Yo le escribí a mis padres, con mi letra, aunque la remitente oficial era mi novia, dándoles cuenta de que estaba bien; había que tener cuidado con la censura española, que seguía su implacable vigilancia sobre la población y sobre los potenciales enemigos del régimen franquista.

El señor Townshend disponía en su casa de un buen equipo radiotransmisor, que él mismo había perfeccionado a partir de un instrumento anticuado que consiguió a buen precio. Con el equipo establecíamos a veces contacto con diversas personas, por lo general compañeros de la RAF, a los que relaté someramente mis peripecias. También les enviaba con frecuencia noticias acerca de la situación en España. María Luisa no era partidaria de que usáramos el aparato

transmisor, comprendía que su padre y yo aportáramos nuestro esfuerzo para ayudar a Gran Bretaña en la difícil lucha que había emprendido, pero ella consideraba que su casa debía ser neutral.

-Nos estás arrastrando a la causa británica que yo también defiende -me decía- pero nuestra neutralidad que es en cierto modo la de España debe ser respetada, Kevin.

Ella tenía miedo de las represalias de la Gestapo y de la policía española, y en la medida de lo posible trataba de que no utilizáramos el radiotransmisor; había oído que los alemanes tenían sistemas eficaces de detección de estas emisoras clandestinas, aunque no sabía si en Málaga disponían de alguno. En ella chocaba el amor que nos teníamos y la preocupación por su familia, y consideraba que yo a veces me extralimitaba en mis actividades.

Al jardín sólo salía por la noche y sin encender las luces exteriores; me tumbaba en el viejo banco verde y contemplaba las estrellas o el paso veloz de las nubes que arrastraba el viento de Levante. María Luisa se sentaba a veces a mi lado y en voz queda hablábamos de nuestras intimidades. Yo le dije que la veía fría conmigo, algo con lo que no estuvo de acuerdo:

-No es eso Kevin, te quiero como siempre, a lo mejor me notas más inaccesible, pero hace ya doce o trece años que nos conocemos y nuestras relaciones no se estabilizan, me dolió mucho tu expulsión en 1937, a mi padre le dijeron que hacías actividades de espionaje, no sé lo que habrá de cierto en todo eso, pero no quiero entusiasmarme otra vez contigo, eres como un viento cálido y sensual, pero al poco rato dejas de soplar, llevo mucho tiempo esperándote, si, ya sé que yo he tenido mi parte de culpa, pero no quiero volver a esperarte otra vez durante años, mi vida se reduce a esperar perpetuamente una carta que sólo llega muy de tarde en tarde.

Yo no sabía que decirle, ella tenía razón, pero una serie de dificultades ajenas a nosotros nos habían ido envolviendo, éramos como hojas volanderas, chocábamos y nos separábamos, siempre los acontecimientos de aquellos años podían más que nosotros. Le propuse que nos casáramos en Gibraltar, aunque bien mirado el momento no era el más idóneo. Yo era oficial de la RAF y dependía de las órdenes de mis superiores. Podía tal vez llevármela a Inglaterra, pero allí seguramente se quedaría sola bastante tiempo; tampoco podíamos irnos a vivir a Gibraltar, primero porque yo no estaba destinado allí, y en segundo lugar porque la base podía ser atacada –de hecho ya lo había sido- e incluso parte de la población civil había sido evacuada. Otra alternativa era que nos casáramos y que ella retornara de nuevo a casa de sus padres, pero eso no solucionaba en nada el problema de nuestro alejamiento.

La conclusión de todo era que nuestras relaciones, al menos en el plano formal, habían llegado a un callejón sin salida. Nos queríamos, era cierto, pero no podíamos institucionalizar nuestro amor; había que esperar que la guerra terminara, pero ¿cuándo terminaría? ¿viviríamos para verlo?. Estábamos a primeros de noviembre de 1940, Europa estaba ocupada o controlada por los alemanes y España giraba además alrededor del Eje. Inglaterra y su disperso Imperio estaban solos frente a los nazis. Tendría que pasar mucho tiempo para que los alemanes fueran derrotados y seguramente antes se tendría que formar una gran alianza en la que posiblemente entrarían los Estados Unidos de alguna manera, algo que en aquel momento era impensable, porque los no intervencionistas eran allí mayoría. Yo le daba vueltas a nuestra situación y lo único que se me ocurría era esperar un tiempo para ver la evolución de los acontecimientos, y si ésta era favorable a nosotros movería cielo y tierra para conseguir un destino en Gibraltar, siempre que al mismo tiempo María Luisa consiguiera trasladarse allí, lo cual podría ser

facilitado por nuestro matrimonio. Pero todo eran suposiciones basadas en una evolución de los hechos que ni ella ni yo podíamos controlar.

Sin embargo, nuestro amor terminó por ignorar los problemas que nos envolvían y una noche volvimos a nuestras relaciones sexuales interrumpidas bruscamente casi cuatro años antes, aunque ahora de forma más espaciada, entonces éramos unos locos y ahora, con el paso del tiempo las pasiones se iban remansando. Y por un tiempo el paraíso del que fui arrojado en marzo de 1937 volvió a manifestarse en toda su plenitud. Pasábamos gran parte de las madrugadas en mi habitación, uno al lado del otro, hablábamos, nos besábamos, nos acariciábamos, no queríamos pensar ni siquiera en el día siguiente, nuevamente conscientes de la fugacidad de nuestra dicha y de su difícil continuación. En ocasiones yo le recitaba el poema que ella había escrito tiempo atrás, en realidad le repetía las últimas estrofas que siempre recordaba:

*Los dos estamos juntos, aunque sea un momento,
más allá de las cosas, del mal y de la muerte.*

Luego, cuando las primeras luces del alba se filtraban a través de las rendijas de la ventana, María Luisa desaparecía discretamente, y yo quedaba en una ingravidez de la que poco a poco iba saliendo mientras caía en un sueño profundo.

Así pasaron dos meses. Llegamos a enero de 1941, los rumores que circulaban sobre la entrada de España en la guerra se iban disipando ¿qué esperaba Hitler?. Quizás iniciar su expansión hacia el este cuando llegara la primavera o reiniciar el ataque a Gran Bretaña, algo que ya lo tenía más difícil, porque la RAF se había hecho mucho más fuerte. Por otra parte, las derrotas de los italianos en el norte de África tendrían que obligar a intervenir a los alemanes, si no querían

perder el Mediterráneo y que nuestro ejército amenazara Italia, donde el espíritu bélico había disminuido notoriamente tras los desastres sufridos en el mar y en los desiertos africanos.

Llevaba yo casi dos meses y medio en aquella casa y allí hubiera permanecido hasta que la guerra hubiera terminado, si no hubiera sido porque mi conciencia patriótica me recriminaba mi pasividad. Hablé repetidamente con Townshend, que convino conmigo en que ya debería irme, él me llevaría en su coche hasta Gibraltar. Por otra parte me confesó sus temores, ya que se sentía vigilado, en alguna ocasión un desconocido le había seguido y, según pudo comprobar, a determinadas horas del día y de la noche una pareja de guardias civiles –cuyo cuartel no estaba muy lejos de su casa- se apostaba en la esquina próxima y –posiblemente- tomaban nota de la gente que entraba y salía de la vivienda. Podía ocurrir que vinieran a registrar la casa y me pillaran *in fraganti*. Para prevenir esto habíamos preparado un escondite en el sótano, en una especie de bodega y cuarto trastero. Mi ropa la guardamos en el armario de la habitación del matrimonio, mezclada con la del señor Townshend.

Por las noches escuchábamos la BBC o establecíamos contacto con el radiotransmisor, pocos, porque María Luisa y su madre estaban en contra, y confrontábamos los datos con los de las emisoras españolas, que en gran medida recogían las noticias que suministraba Radio Berlín. Townshend me dijo que los alemanes estaban transportando tropas y material en abundancia al norte de África, a Libia, para echarles una mano a las maltrechas tropas de Mussolini, acosadas por el ejército británico de Wavell.

Por fin, en los primeros días de febrero decidimos mi traslado a la Roca. Iría con el matrimonio y con María Luisa en el coche de la familia. Salimos muy temprano. Yo fui casi todo el tiempo recostado en el asiento

trasero para no ser visto; aunque tenía mis papeles en regla, los tiempos que corrían hacía que las reglas y las normas fueran variablemente interpretadas por unos y otros. Antes de llegar a La Línea me metí dentro del maletero y así cruzamos la frontera. En Gibraltar almorzamos en silencio, conscientes de nuestra separación; fue una comida triste. Después nos despedimos, María Luisa y yo fundidos en un fuerte abrazo, quizás ambos presentíamos que nuestra separación iba a ser larga o a lo peor definitiva.

La imagen de María Luisa, con un traje azul marino, se me quedó grabada, mientras yo soltaba sus manos y ella subía al vehículo que poco después se fue alejando hacia la frontera, cruzando la pista de aterrizaje construida muy pocos años antes. Por precaución, habían comprado principalmente alimentos en latas, a fin de justificar su visita a la colonia.

En Gibraltar me presenté a las autoridades de la RAF, que me asignaron provisionalmente a una escuadrilla de vigilancia mientras zarpaba algún buque militar con destino a Gran Bretaña. Volví a encontrarme con Jim Collins, que había sido militarizado y ejercía como subteniente de artillería, adscrito a una de las baterías de la Roca, en la que había cañones para el tiro naval con otros antiaéreos.

Partí en un destructor para Liverpool a mediados de marzo, y ya en Gran Bretaña me destinaron a servicios en tierra en diversas dependencias de la RAF. No sé si mi padre movió algunos hilos para que yo no participara en acciones de bombardeo; él había perdido un hijo, muerto heroicamente, uno de aquellos de los que Churchill dijo que nunca tanta gente ha debido tanto a tan pocos, y ese hecho le abría muchas puertas. Por otra parte, y a pesar de su edad, había vuelto a formar parte del RAMC, ahora con el grado de coronel médico, aunque en realidad seguía realizando su trabajo de siempre en el hospital de St

Mary; en cierto modo su puesto era más bien honorífico, aunque él se sentía muy a gusto con su uniforme.

En el mes de junio Jim Collins me envió un telegrama en el que me comunicó algo terrible: el padre de María Luisa había muerto atropellado en extrañas circunstancias; la embajada británica estaba haciendo averiguaciones. La noticia me afectó profundamente, pensé en el dolor de aquella familia que de la noche a la mañana había quedado como desvalida por un golpe fatal. Antes de que pudiera escribirle a María Luisa recibí una carta de ésta, en la que me comunicaba la desgracia; según pude leer entre líneas, el accidente había sido provocado, con lo que se trataría de un asesinato, aunque no me daba datos sobre sus posibles autores, por lo que pensé que detrás del mismo habría alguna motivación política, quizá debido a mi presencia en su casa en diversas ocasiones. Al parecer, el hecho ocurrió a finales de mayo, al oscurecer, su padre regresaba andando desde el centro, algo que hacía habitualmente –era un hombre muy estricto en sus horarios y en su rutina-, venía por el paseo de Reding y al cruzar una de las callejas perpendiculares que bajan del monte de Sancha, la llamada Cañada de los Ingleses, un automóvil que descendía por ella a gran velocidad lo arrolló violentamente y se dio a la fuga. Algunas personas lo recogieron y lo llevaron al Hospital Noble, a unos trescientos metros, donde falleció al poco de ingresar. Me envió la escueta noticia que publicó la prensa. El comentario de las personas que presenciaron lo ocurrido insistían, según María Luisa, en la premeditación del atropello. El Ayuntamiento le concedió una condecoración póstuma y su entierro, en el cementerio inglés, al lado del lugar donde fue atropellado, fue muy concurrido. Las noticias que consiguió mi padre en el *Foreign Office* no descartaban que hubiera sido asesinado por la policía española o por el *Abwehr* alemán, que lo consideraba –sin fundamento- un posible enlace con los servicios

secretos británicos o en todo caso una posible fuente de información, dada sus relaciones con la sociedad malagueña. En consecuencia, Townshend había sacrificado su vida por su patria, igual que mi hermano Tony. En otras cartas que recibí posteriormente de María Luisa creí ver que me recriminaba que yo hubiera sido indirectamente el desencadenante de la muerte de su padre, que no había tenido ningún tipo de actividad política, salvo la derivada de mi presencia en su casa y mi traslado a Gibraltar. Según ella, su padre se consideraba ya más español que inglés, algo con lo que yo no estaba de acuerdo, porque hablé muchas veces con él y, en el fondo, añoraba Inglaterra y deseaba regresar de España, huyendo de un ambiente que tras la guerra civil se había hecho más cerrado, un país más pobre y más difícil.

-A veces resulta duro estar aquí –me dijo un día, poco antes de mi marcha- a veces me parece que estoy en otro planeta o tal vez en la Luna.

Y la guerra siguió. Pero cuando Hitler desencadenó la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética el 22 de junio de 1941 muchos pensamos que había comenzado la cuenta atrás de su fin, aunque consiguiera derrotar a los rusos –cosa algo complicada- los alemanes perderían la mayor parte de sus divisiones y miles de aviones, y entonces un ataque por el oeste, un gran desembarco, señalaría su final. Nuestras esperanzas se confirmaron cuando, a pesar de las grandes victorias de los nazis, llegó el invierno y los soviéticos seguían en pie de guerra y con su industria en plena producción. Luego, en diciembre, la suerte volvió a sonreírnos cuando tras el absurdo ataque japonés a Pearl Harbour (quizás uno de los más grandes errores estratégicos de la Historia), los Estados Unidos se incorporaron a la lucha. Alemania estaba perdida y Gran Bretaña se había salvado definitivamente.

Yo seguía escribiéndome con María Luisa, pero sus cartas llegaban cada vez más espaciadamente; la situación económica de su casa iba mal, privada del sueldo de su padre. Por otra parte, mis gestiones para conseguir un destino en la Roca no tuvieron éxito. Sentía que todo se ponía en contra entre nosotros y maldije el año en que nací y la época que me había tocado vivir.

En marzo de 1943, después de dos meses sin noticias, recibí la última carta de María Luisa. Era una carta desgarrada que llevé conmigo durante mucho tiempo. En ella me comunicaba que se iba a casar con un joven de la burguesía malagueña, me daba a entender que su boda era por amor, pero detrás de ese amor anidaba con toda probabilidad la necesidad económica de su familia, cada vez más apremiante. Al final me decía que yo había sido su amor más grande y que nadie podría sustituirme, ni entonces ni nunca.

Yo me deprimí bastante y, según me pedía ella en su carta, no volví a escribirle más. Malditas guerras, maldita distancia, generadora de desencuentros y soledades sin límite. Me refugié en mi trabajo, quería olvidar, durante bastante tiempo no tuve relación con ninguna otra mujer. Sólo le confíé a Jim Collins lo que había pasado y éste me confesó que me comprendía y que se consideraba incapaz de consolarme en mi infortunio.

Al final de la guerra, y ya desmilitarizado, entré con un cargo importante en una fábrica de productos químicos de Leicester; en 1946, tras un breve noviazgo, me casé con mi actual esposa, Rose. Mi vida, a partir de ese momento, transcurrió por los senderos de la normalidad, mientras el mundo evolucionaba, arrastrándonos de una época a otra casi sin darnos cuenta. Nunca dejé de recordar a María Luisa, pero jamás volví a intentar ponerme en contacto con ella, siguiendo su deseo. Sin embargo, en 1990, ya jubilado, y pasando una larga temporada cerca

de Málaga, quebranté mi propósito por razones que nunca he conseguido explicarme, quizás fuera un impulso senil, el caso es que una mañana me levanté muy temprano y fui en su búsqueda.

Ángel Castro leyó con rapidez la segunda entrega del texto que Guillermo le envió, luego volvió a releerlo, haciendo algunas anotaciones sobre aquellas cosas que no veía demasiado claras. Pensó que Guillermo se había dejado influir en su traducción por la prosa científica del manuscrito de Kevin Hayward, y quizás por ello a veces resultaba muy escueto. Había algunos puntos oscuros: ¿cómo era posible que el teniente Kevin Hayward, impregnado de ardor patriótico, hubiera estado más de tres meses escondido en casa de su novia, desde octubre a febrero, cuando su obligación era la de presentarse cuanto antes a las autoridades de la RAF en Gibraltar?. Por otra parte, y según los datos de que disponía, la RAF, en 1940, maltrecha por la batalla de Inglaterra, apenas atacaba por entonces objetivos en Alemania. Pues ¿y el hecho de que el avión británico, averiado, se desplazara hacia Lyon? ¿Y el asunto de la muerte de Townshend, posiblemente asesinado?. Muchos interrogantes, sin duda. Llamó por eso a Guillermo, aunque infructuosamente; por fin pudo hablar con Alicia, una compañera del departamento de su amigo, que le dijo que Guillermo estaba en Inglaterra

para recoger información sobre un libro que estaba escribiendo – indudablemente, el de Hayward, pensó Ángel-, pero que seguramente regresaría a final de semana, el domingo, ya que así cogía mejores tarifas de avión.

-Bueno, pues el lunes volveré a llamar, se dijo Ángel, debe haber cosas importantes para que Guillermo se haya tenido que desplazar a Gran Bretaña. Luego el lunes no pudo llamarle en todo el día y fue Guillermo el que lo llamó a él el martes a media mañana.

- Ángel, me han dicho que intentaste localizarme la semana pasada. Como te dijo mi compañera Alicia, he estado en Londres y en Cambridge con el asunto de Hayward. He traído copias de documentos que quiero enseñarte, son de gran interés

Quedaron para el día siguiente en la puerta del edificio renacentista construido por orden del Cardenal Cisneros para la Universidad de Alcalá de Henares, en una tranquila plaza rectangular, uno de cuyos extremos cerraba un antiguo cuartel de aires decimonónicos que estaba siendo reconvertido para uso docente y cultural. Guillermo, siempre que veía de tarde en tarde aquel antiguo cuartel, pensaba en la gran cantidad de historias que se habrían desarrollado entre sus muros, historias de soledades, de aburrimiento, de sacrificios, de humillaciones, en las que los soldados anónimos, venidos de todos los lugares de España, habían sido los protagonistas, seguramente involuntarios. Alcalá, por otra parte, era una población que le encantaba, especialmente su porticada calle Mayor y la gran cantidad de antiguos colegios universitarios en los que se había cultivado preferentemente la filosofía aristotélica y la teología más tridentina.

Los dos amigos se saludaron efusivamente y Guillermo le dijo a Ángel que había reservado una mesa en la cercana Hostería del Estudiante.

-Ahora es poco más de la una, tenemos tiempo de almorzar tranquilamente y de paso explicarte lo que he encontrado, en realidad lo que han localizado mis amigos ingleses, yo me he limitado a fotocopiar documentos, hacer algunas búsquedas complementarias y hablar con la hija de Hayward.

Llegaron al restaurante y ocuparon una de las mesas del fondo. Guillermo tras saborear una copa de tinto de Colmenar de Oreja, sacó de su portafolios una carpeta con documentos, fruto de su viaje a las Islas Británicas.

-Bien – dijo Guillermo- el relato de Kevin Hayward no se ciñe completamente a la verdad, especialmente en su parte final. Si parece cierto lo de sus relaciones apasionadas con María Luisa. Hemos confirmado que Kevin vino a España a partir de 1935 por orden del MI6, lo de periodista, como ya te dije, era una tapadera, su periódico no existió. Y su expulsión en 1937 fue debida a que el Abwehr alemán descubrió sus actividades –no sabemos de que manera- y presionaron a las autoridades españolas para que lo deportaran a Gibraltar. Lo de la RAF es cierto, al final de la guerra mundial era capitán, pero aunque hizo los cursillos de piloto nunca llegó a volar, al contrario que su hermano Tony, que está incluido en la lista de los héroes caídos en la batalla de Inglaterra. Bien, las actividades de nuestro protagonista no se desarrollaron en el seno de la RAF, sino en el MI6, así como en asuntos relacionados con la producción industrial.

-Entonces, la historia del bombardeo de las fábricas químicas en la zona de Colonia y el extraño rumbo de retorno del avión deben ser falsos, como yo me he imaginado.

-Completamente. En los días en que Hayward sitúa ese supuesto bombardeo la RAF no realizó ninguna misión en esa zona, ni consta nada de la muerte de ese supuesto capitán Chalmers que mandaba el

avión. También es falso su extraño viaje por la Francia de Vichy, el cruce de los Pirineos y demás, todo está escrito de forma convincente, pero Hayward se lo inventó, seguramente tomando como base historias reales vividas por compatriotas suyos; lo que cuenta era una de las formas usadas por los aviadores derribados para entrar de tapadillo en España. Kevin fue a Gibraltar en barco, y luego los del MI6 lo dejaron en Málaga, y él estuvo en casa de María Luisa esperando intervenir.

-¿Intervenir? ¿En qué?.

-Bien, es un asunto largo. En octubre de 1940 parecía que España iba a entrar en la guerra junto a Alemania. Incluso Franco se entrevistó, como sabes, con Hitler en la estación de Hendaya. Obviamente, a los ingleses no les convenía que España entrara en guerra y que Gibraltar fuera tomado. Entonces se preparó una acción a la desesperada, la llamada Operación Family, en la cual se proyectó el asesinato de Serrano Suñer, el personaje más influyente en aquel tiempo del régimen de Franco. Con la eliminación de Serrano Suñer, considerado bastante germanófilo, se pensaba que Franco daría marcha atrás, suponiendo que realmente pensara intervenir en la guerra. Yo creo que nunca se lo planteó en serio. El MI6 distribuyó varios agentes por España, fácilmente localizables en un momento dado, uno de ellos era Kevin Hayward; estos agentes deberían recibir, si las circunstancias lo hacían necesario, la orden de ir a Madrid a asesinar a Serrano Suñer. El coordinador de la operación era Jim Collins, desde un despacho de la embajada británica en Madrid. Está confirmado que Kevin estuvo en Madrid en octubre de 1940, en su relato cuenta que se encontró en el metro con su antiguo amigo de San Roque, Luis Serrano; pues bien, este Luis Serrano vive todavía, se conserva en buena forma, tiene un piso en Moratalaz, estuve hablando con él antes de salir para Londres y me confirmó que vio y habló con Kevin en 1940, pero no recuerda nada de que éste le dijera

algo sobre la historia del falso bombardero que se estrelló cerca de Lyon; le refirió que venía a hacer una gestión en la embajada y que pertenecía al cuerpo diplomático, algo que era falso. Parece ser también que en la Operación Family había implicado alguien próximo al entorno de Franco, aunque no hemos conseguido saber de quien podría tratarse; seguramente algún enemigo político de Serrano Suñer de tendencias antialemanas. ¿Beigbeder? Es una suposición sin confirmar. El caso es que a la vista de la evolución de los acontecimientos las autoridades del MI6, o el mismo Churchill quizá, cancelaron la Operación Family, seguramente cuando se convencieron de la actitud neutral de Franco y tuvieron noticias de los preparativos de los alemanes para lanzar sus fuerzas en los Balcanes y en Libia, es decir, cuando la línea estratégica alemana se orientó hacia el este. Entonces Kevin recibió orden de regresar a su base.

-¿Y el padre de María Luisa, Michael Townshend, era también agente del MI6?.

-No, aunque colaborara en la Operación Family y en otros asuntos menores. Seguramente Kevin, en 1937, lo convenció para que les ayudara en las operaciones cuando fuera necesario. Y quizás convenció también a María Luisa, aunque esto es una suposición. Por otra parte, la colaboración de Townshend no pasó desapercibida al espionaje alemán, por lo que decidieron eliminarlo simulando un atropello. Esta muerte, este asesinato, está registrado en los documentos desclasificados del MI6, que recogen informaciones interceptadas a algunos agentes alemanes. Al parecer las cosas llegaron más lejos de lo que podría pensarse. A comienzos de diciembre de 1940 un comando de tres hombres del MI6 desembarcó de noche en un punto de la costa, al este de Málaga, al parecer en la pequeña cala de Benajárfes. Los llevó un submarino, y Kevin, y con toda probabilidad el mismo Townshend, fue a recogerlos

en su automóvil de éste. El grupo se alojó unos días, no sabemos cuantos en realidad, en la casa de María Luisa; estuvieron esperando la ocasión de trasladarse a Madrid, cosa que hicieron después en un camión de pescado, y en Madrid Collins les proporcionó un alojamiento discreto. El comando planificó el atentado contra Serrano Súñer, evaluando los lugares mejores, las vías de escape y demás; en una ocasión tuvieron que eliminar a un agente de la Gestapo que les siguió los pasos. Luego, en la primavera de 1941, con Alemania orientada hacia el este de Europa, el comando abandonó España a través de Gibraltar. Por otra parte, en casa de María Luisa Kevin disponía de un equipo radiotransmisor de buena calidad, es falso lo que dice en sus memorias de que Townshend lo hubiera construido artesanalmente; él lo trajo desde Gibraltar cuando se presentó en casa de María Luisa, lo que anula aún más la historia del bombardero del cual tuvo que saltar en llamas. Kevin era un agente del MI6 y actuaba defendiendo a su país, cosa perfectamente lógica, lo que pasa es que involucró a la familia de su novia, a sabiendas del riesgo que iban a correr.

-Townshend fue por tanto una víctima más de la guerra, y su muerte afectó al parecer a la economía de su familia.

-No tanto como dice el relato de Kevin, en realidad apenas la afectó, porque la madre de María Luisa pertenecía a una de las familias más acomodadas por entonces de Málaga, que tenían propiedades agrícolas y participaciones industriales bastante importantes.

-Pero del manuscrito parece deducirse que María Luisa terminó casándose con otro –cuyo nombre no menciona- obligada en cierto modo por las necesidades económicas.

-Esa historia puede quedar bien para el libro, pero no se corresponde con la realidad. De las cartas de María Luisa que conserva la hija de Kevin se deduce otra cosa: que ésta le recriminó a su novio que

los utilizara, que convirtiera a su padre en colaborador más o menos forzoso del MI6, que su casa se transformara en una base de operaciones, con el riesgo que eso conllevaba. O dicho en otros términos, ella pensó –con razón, por otra parte- que el asesinato de su padre fue consecuencia de todo eso, y que el culpable en último extremo fue su adorado Kevin. En la última carta que le escribió, donde le anunciaba su boda, confesaba que le había querido con locura desde mucho tiempo atrás, como seguramente no iba a querer a otro, pero que no podía olvidar que los hubiera utilizado en sus actividades, y le decía que no quería volver a saber más de él.

-Una historia triste, un amor imposible.

-Pero Kevin no la olvidó, fue su primer amor y seguramente el más intenso. En sus papeles, y especialmente en sus agendas, hay algunas anotaciones, de esas que se escriben distraídamente durante las reuniones de trabajo con otros colegas, en la que aparece a veces el nombre de María Luisa, escrito es español. Sin embargo, y aunque no lo dice en sus escritos, también estuvo muy enamorado de Reyes, la chica sevillana. He averiguado cosas interesantes: Reyes tuvo en septiembre de 1937 un hijo de Kevin, al que llamaron Joaquín. Kevin lo supo, pero entonces no hizo nada para reconocerlo, al parecer porque su situación, al estar fichado como espía británico podía ocasionarle molestias a su antigua amante. Luego, ya se sabe, la guerra mundial, su matrimonio con Rose y demás hicieron que este reconocimiento se fuera demorando. Sin embargo, él envió en diversas ocasiones ciertas cantidades de dinero a Reyes, a la que también escribió de vez en cuando: Reyes trabajó como costurera y no contrajo matrimonio; en aquellos tiempos era difícil que una madre soltera, mal vista por la sociedad, se llegara a casar. Con su trabajo y las ayudas esporádicas de Kevin salió adelante; su hijo estuvo empleado desde su juventud en una entidad bancaria y hace poco se ha

jubilado; Reyes vive todavía. Cuando murió en 1992 Rose, la esposa de Kevin, éste hizo los trámites legales y reconoció a su hijo, que ahora se apellida Hayward; los hijos ingleses de Kevin no estuvieron muy de acuerdo, pero no se opusieron a la voluntad de su padre, el cual incluso exigió que se reafirmara este vínculo legalmente a través de la prueba del ADN, a fin de evitar que hubiera problemas tras su muerte. En consecuencia, se portó como un caballero, quería resarcir a Reyes de los sinsabores que pasó como madre soltera. Llegó a hacer hasta una pequeña fiesta en casa de Reyes el día que reconoció a éste. Joaquín se parece físicamente mucho a su padre inglés.

-En el último texto que me enviaste, que corresponde a la tercera parte de sus memorias, dice que durante muchos años no volvió a contactar con María Luisa, pero que este propósito lo rompió en 1990.

-En efecto, fue una búsqueda crepuscular de su antigua novia, cuando ambos se hallaban en la ancianidad. Hayward reflejó este encuentro en unas bellas páginas que su hija encontró entre sus papeles póstumos, los que dejó en su casa de Benalmádena. Las estoy terminando de traducir y espero enviártelas a comienzos de la semana próxima por correo electrónico. Kevin no sólo estuvo enamorado siempre de María Luisa, sino que se sentía también culpable de la muerte del padre de ésta y del alejamiento de su amada. Hay un detalle significativo: antes de morir donó su cuerpo a la Facultad de Medicina de Málaga, con la única condición de que cuando sus restos dejaran de ser útiles, fueran incinerados y enterrados en el cementerio inglés de Málaga, cerca del panteón de los Townshend. Y parece, por lo que me han dicho en el departamento de Anatomía de aquella Universidad, que las cosas ocurrieron realmente así; se respetó su voluntad póstuma.

-Un final romántico, más allá de la muerte.

-Sin duda, Ángel.

Terminaron de almorzar, excelentemente por cierto, y luego estuvieron paseando por la plaza de Cervantes. Después se separaron. Tal como habían acordado, Ángel recibió a la semana siguiente la última parte del manuscrito de Kevin Hayward, donde relataba su postrer encuentro con María Luisa Townshend.

EPÍLOGO (1990)

Aquel día me levanté temprano, más quizás que otras veces, aunque eso en mí no es raro, porque desde niño he estado acostumbrado a madrugar, por afición y también por la lejanía de mi casa al colegio, primero en Kent y luego en Gibraltar, y más tarde ya trabajando por mis obligaciones laborales en la fábrica en la que he pasado gran parte de mi vida, una compañía de productos químicos en las afueras de Leicester, ciudad situada casi en el centro de Inglaterra. Y después de mi jubilación he continuado con esta costumbre, como los mecanismos que siguen funcionando por pura inercia aun cuando el motor que los impulsa se pare. Siempre me ha fascinado la salida del sol, el paso de la quietud de la noche al paulatino ajetreo del día, que se abre con sus posibilidades y sus interrogantes. Desayuné frugalmente siguiendo la costumbre española y cogí el tren de cercanías que arranca en Fuengirola y te deja casi en el centro de Málaga, a esa hora iba bastante lleno, con estudiantes y trabajadores que se dirigían a la ciudad. Quería aprovechar el día al máximo, y a Rose, mi mujer, le expliqué que deseaba localizar a un amigo de cuando la guerra, que yo creía que vivía en Málaga. La verdad era que no sabía por donde empezar, buscaba a

una mujer que en sus tiempos era guapa y decidida, pero que ahora, si aún vivía, debía ser una anciana, que no sabía como me recibiría, en el supuesto que se acordara todavía de mí. Y es que lo nuestro fue algo especial, aunque intenso, un episodio amoroso que se fue gestando durante años y que se desbordó luego intensamente en medio de dos guerras, en un ambiente peligroso, en un país extraño que no era el mío, aunque lo conocía profundamente. Pero aunque breve, mi relación con esa mujer, María Luisa, mitad española y mitad británica, iniciada cuando ambos éramos casi niños, durante una fiesta en el palacio del gobernador de Gibraltar en 1928, había sido imborrable para mí. Fue la primera experiencia amorosa en serio que tuve –las anteriores habían sido en realidad aventuras- y ese tipo de sucesos dejan huella y se van idealizando con el paso del tiempo.

Mi mujer y yo llevábamos ya casi dos meses en un chalet alquilado en Benalmádena; el lugar nos había gustado tanto que estábamos pensando incluso en la posibilidad de comprar una vivienda y afincarnos allí durante unos años. No teníamos problemas familiares, porque nuestros hijos se habían casado hacía tiempo y tenían trabajos estables. Tampoco nos agobiaban los asuntos económicos. Si no fuera por las limitaciones de la edad podríamos habernos figurado que nuestra situación era inmejorable. Y aunque al principio no me había planteado la idea de buscar a María Luisa, lo cierto es que el paisaje luminoso, o quizás la vegetación exuberante, o el azul del Mediterráneo, no se explicármelo a ciencia cierta, me trajeron el recuerdo no borrado del todo de aquella mujer excepcional, con la que compartí un tiempo importante de mi vida, al mismo tiempo largo y breve, pero de todas formas inolvidable. ¿O fue su recuerdo el que subliminalmente me llevó al lugar donde ambos habíamos disfrutado de una intensa dicha?. Quizás también influyó la brusca ruptura de nuestras relaciones, la sensación de

no haber sabido corresponder a su amor, el sacrificio de este en aras del cumplimiento de mis deberes militares, en realidad tuve que elegir entre ella y mi patria, todo eso me estuvo atormentando durante muchos años, mientras veía pasar y fluir la vida a mi través y me llenaba de arrugas y de canas por dentro y por fuera. Cuando pensaba en María Luisa (y pensaba con mucha frecuencia) me invadía un sentimiento complejo, mezcla de nostalgia y tristeza, recordaba las largas noches con nuestros cuerpos abrazados sin pensar en el difícil mañana que nos esperaba, en la pesadilla de la separación, en la amenaza de la guerra que se interponía entre nosotros. Triste época la que nos tocó vivir, en la que apenas éramos dueños de nuestros actos, en la que el amor y la amistad se subordinaban a una lucha cruel en la que se jugaba la supervivencia de mi país y acaso la libertad –hoy día esta palabra la pronuncio en voz baja- de Europa. En ocasiones había que elegir entre uno mismo y la patria, concepto éste que las nuevas generaciones han ido devaluando irremisiblemente, quizás tal vez con razón. El hecho es que un día decidí hacer algunas indagaciones para dar con su paradero. Lo primero que se me ocurrió fue consultar la guía telefónica, que era lo que tenía más a mano. Pero el resultado fue infructuoso; aunque pasé varias horas buscando a alguien apellidado Townshend Martínez por la capital y los pueblos de toda la provincia, no obtuve resultado. Claro, existía la posibilidad de que mi sueño hecho mujer se hubiera casado –en realidad la última vez que me escribió me habló de su próximo matrimonio- y en la guía figurara el nombre del marido. En este caso, si se caso y tuvo hijos, éstos, siguiendo la costumbre española, tendrían como segundo apellido el de su madre. Consulté también al servicio de información telefónico con resultados infructuosos; más tarde, en los locales de la compañía de teléfonos revisé los listines de Madrid y de diversas provincias con resultados igualmente negativos. No conseguí localizar a nadie que

racionalmente tuviera una relación con María Luisa. No había rastros. ¿Qué habría sido de ella? La recordaba como una mujer bellísima, y me resistía a creer que hubiera desaparecido sin más, o que hubiera muerto. Tenía que haber en algún lugar huellas de sus pasos, pero el problema era como dar con ella al cabo de tantos años y con mi poca experiencia en la burocracia española.

Cuando llegué a Málaga cogí un taxi y le dije que me llevara al barrio del Limonar, el lugar donde estaba la casa de María Luisa y en el que había estado escondido muchos días. Siempre me pareció un barrio excepcional, entre el mar y los montes, con su vegetación lujuriosa, la umbría de sus paseos arbolados, sus lugares recoletos, su río seco que lo dividía en dos, sus mansiones donde vivía una sociedad venida a menos, pero que conservaba su aire de dignidad decadente, la brisa que soplaba desde el mar, todo bajo la mirada vigilante del vecino monte de Sancha. Eso y el silencio que se extendía por aquel lugar, tan diferente de la Málaga popular y abigarrada, a su vez tan próxima y tan lejana. Andando, recorrí el barrio, algunas cosas me sonaban, pero muchos chalets habían desaparecido y en su lugar habían surgido pequeños bloques de pisos. Otros varios con apariencias de ser de esa época aún se conservaban, aunque se notaba en ellos las reformas de los últimos años. Recordaba exactamente el lugar donde estaba o estuvo situada la casa de María Luisa, aunque la última vez que la visité estuve allí casi sin salir, para evitar ser localizado. Me acordaba especialmente del hermoso jardín, donde al caer la noche salía a respirar con ansias el perfume de las flores y de la hierba recién regada. Creía recordar que el chalet estaba situado en una calle recta con árboles frondosos, pregunté en algunos de ellos pero nadie recordaba el nombre de mi vieja amiga; uno de los chalets era un consulado, otro era una guardería, otro estaba abandonado, el caso es que nadie pudo darme una pista en ningún sitio.

Tras dar varias vueltas llegué a situarlo exactamente, pero en su lugar había un bloque de pisos de lujo, con césped y piscina. La casa de María Luisa había desaparecido y el paisaje de nuestro idilio había sido arrasado. Desalentado, sintiendo una tristeza infinita que no quería dejar aflorar, me fui paseando despacio hacia el centro de la ciudad por el paseo marítimo y el frondoso paseo del parque. La ciudad había cambiado mucho con respecto a los vagos recuerdos que yo conservaba de mi paso por ella en diferentes ocasiones. Los bloques de piso en la zona próxima al puerto eran de una época muy posterior, el tráfico era agobiante, pero la luz intensa de la mañana, el aire suave de levante que movía las ramas de los árboles, seguían siendo los mismos.

Algo cansado me senté en un banco, frente a un edificio de agradable traza, pintado en un color amarillento, en el que entraba y salía gente con frecuencia. Era el Ayuntamiento de la ciudad. Un policía vigilaba rutinariamente la entrada y atendía a veces a algunas de las personas que se acercaban para preguntarle algo. Me quedé casi dormido, mientras los recuerdos se iban sucediendo, atropelladamente, en mi momentánea duermevela: mi primer encuentro con María Luisa, mis visitas en los años treinta, mi llegada con las tropas que tomaron la ciudad, mi aparición posterior a fines de 1940, nuestras conversaciones en el jardín, nuestros besos furtivos, nuestra explosión amorosa en la habitación que yo ocupaba, mi alejamiento definitivo, quería recordar cosas agradables y que éstas se superpusieran a aquellas dolorosas despedidas que no pudimos evitar...

Mi ensimismamiento se disipó, porque mirando el edificio del Ayuntamiento me vino de pronto la idea de preguntar allí por mi antiguo amor. Era posible que tuvieran alguna información. Crucé la avenida, y tras preguntar a diversos funcionarios, me condujeron a un pequeño despacho donde expuse sin rodeos lo que buscaba al hombre de

mediana edad que me atendió. Me dijo que iba a hacer algunas gestiones y que volviera un rato después. Así lo hice. Al regresar, el funcionario me dijo que María Luisa vivía, pero que por su estado de salud estaba en un sanatorio, en realidad en una clínica geriátrica. Al preguntarle que si sabía lo que le pasaba, el hombre, tristemente, me dijo sólo una palabra: "Alzheimer". Me dio la dirección y me indicó que, según se había informado, la visita a los enfermos comenzaba a las cinco de la tarde.

Salí del Ayuntamiento en un estado de confusión. No sabía si ir a verla o dejar que su recuerdo juvenil fuera el último que perdurara en mi mente. ¿Se acordaría ella de mí? Pero había algo que me hizo decidirme: mi promesa cuando nos despedimos en 1941 de volver a vernos.

Tras un almuerzo fugaz y un breve paseo por las calles del centro, tomé un taxi que tras un recorrido de pocos minutos me dejó en la puerta de la clínica, un edificio de estilo indefinible e interior limpio y ordenado; crucé un pasillo y llegué a un amplio jardín, al cual daban varios pabellones. Uno de ellos, el destinado a mujeres mayores, era el lugar donde estaba internada María Luisa. Hablé con la enfermera que me pareció la encargada del mismo (luego comprobé que era una monja), la cual me informó que María Luisa llevaba allí dos años; era viuda, madre de dos hijas que iban a visitarla con frecuencia (al parecer con menos frecuencia de la debida) y tenía la cabeza ida, no creía que me reconociera. Me dejó sentado en un banco del jardín y se fue a buscarla. El ambiente era agradable, aunque con un aire de disimulada tristeza; algunos enfermos con expresión curiosa se acercaron para examinarme en silencio. Al cabo de un rato volvió la enfermera llevando del brazo a una anciana con el pelo completamente blanco, que caminaba con cierta dificultad. Emocionado, me acerqué a ella: era María Luisa; la

enfermedad había apagado sus ojos claros, que me miraban con cierta sorpresa, como dos lagos azules de silencio. Estaba muy envejecida, delgada. Era como una imagen erosionada de sí misma. La enfermera nos dejó solo, recomendándome que tuviera cuidado con ella, que era muy frágil, hacia unos meses había tenido una caída sin consecuencias porque perdía a veces el equilibrio. Nos sentamos en el banco pintado de verde, sin que ella opusiera resistencia. Tomé sus manos entre las mías, nuestras manos ahora arrugadas, instrumentos de nuestra dicha hacía un tiempo infinito. Ella me miraba pero no decía nada, a mi me hubiera gustado saber que pensaba en aquel momento y si me habría reconocido. Le hablé en inglés, y pareció sorprenderse. Le dije quien era, que había venido a verla, si se acordaba de mí. Pero ella no hablaba. Sólo me miraba sin apartar sus ojos tenuemente velados.

Yo insistí de nuevo, volví a hablar de los días que pasamos juntos, le repetí mi nombre. Entonces recité parte del poema que ella escribió, el final del cual lo seguía yo recordando al cabo de los años:

*Los dos estamos juntos, aunque sea un momento,
más allá de las cosas, del mal y de la muerte.*

Entonces noté un cambio en su expresión, parecía como si una luz se hubiera encendido en aquel cuerpo tronchado por la enfermedad, aherrojado a un mundo sin sentido y sin objeto. Vi que su mirada se hacía más intensa, que sus manos apretaban las mías con más fuerza, mientras unas lágrimas iban deslizándose lentamente por sus mejillas marchitas y su cabeza se apoyaba dulcemente en mi hombro de anciano.

Así estuvimos largo rato. Ella parecía feliz, pero no hablaba. Sus palabras se habían esfumado por una pendiente sin memoria. A veces me miraba y lloraba sordamente. La tarde iba declinando y una algarabía

de pájaros se escuchaba entre los árboles. Llegó la hora de la despedida. La besé dulcemente y ella apretó con fuerza mis manos. Vino la enfermera y cuando se la llevaba hacia el interior del edificio se volvió para mirarme e hizo un leve gesto de despedida. Me hice el propósito de visitarla nuevamente, pero a estas alturas de la vida nada es ya previsible. Me marché tristemente, de pronto me sentía más viejo, más torpe, casi sin fuerzas. Mientras, en el jardín continuaba la algarabía de los pájaros al ponerse el sol.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Primera parte (1925-1933)	16
Interludio (1933-1935)	82
1934: el rostro de España (fragmentos)	86
Segunda parte (1935-1937)	97
Tercera parte (1940-1943)	194
Epílogo (1990)	223